

EL ATENEO

REVISTA CIENTIFICA, LITERARIA Y ARTISTICA



VI

CUARTA EPOCA

Madrid 1995



EL ATENEO

Revista del Ateneo
Científico, Literario y
Artístico de Madrid
C/ Prado, 21

Cuarta época
Número VI. Diciembre 1995

DIRECTOR

José Luis Abellán

CONSEJO DE REDACCIÓN

Isabel del Castillo
Alejandro R. Díez Torre
Rafael Elórez Díez
Miguel Losada
Tomás Mallo
«Kalikates»
Daniel Pacheco Fernández
Jaime Valentí

COLABORAN EN ESTE NÚMERO

José Luis Aranguren,
Javier Pérez-Castilla Álvarez,
Carlos Gurméndez, Lucía Groves,
Pío Caro Baroja, Ada Salas,
Javier de Zazuar, F. Javier Puerto,
Juan Manuel Reol Tejada,
A. González Bueno,
Juan Esteva de Sagrera,
Benito del Castillo García,
Luis Alamillo Gutiérrez,
Arnoldo Liberman, Paul Estrade,
Antonio Droye.

SECRETARIAS DE REDACCIÓN

Esperanza Nicolás
Mónica Ordaña

Colabora en esta edición el
Centro del Libro y la Lectura
(Ministerio de Cultura)

MAQUETACIÓN Y PRODUCCIÓN GRÁFICA

Antonio Cristo. Palacios, 291.
28791 MADRID

IMPRESIÓN: GRAFISTAFF, S.L.

Deposito Legal: M - 35983 - 1993



Editorial

La revista *El Ateneo* inicia con este número una nueva singladura. Como es sabido, su fundación data de 1888, y la revista ha sufrido desde entonces diversos avatares de acuerdo con las vicisitudes de la docta casa, habiéndose producido alternancias en las que durante algunos años su publicación fue imposible. La cuarta época, que ahora continúa vigente, se inició hace dos años; echamos a andar entonces con mucha ilusión y entusiasmo, aunque quizá sin la experiencia necesaria en estas lides. Estamos contentos con lo emprendido, pero atendiendo al viejo y sabio lema de «renovarse o morir», queremos darle un nuevo impulso.

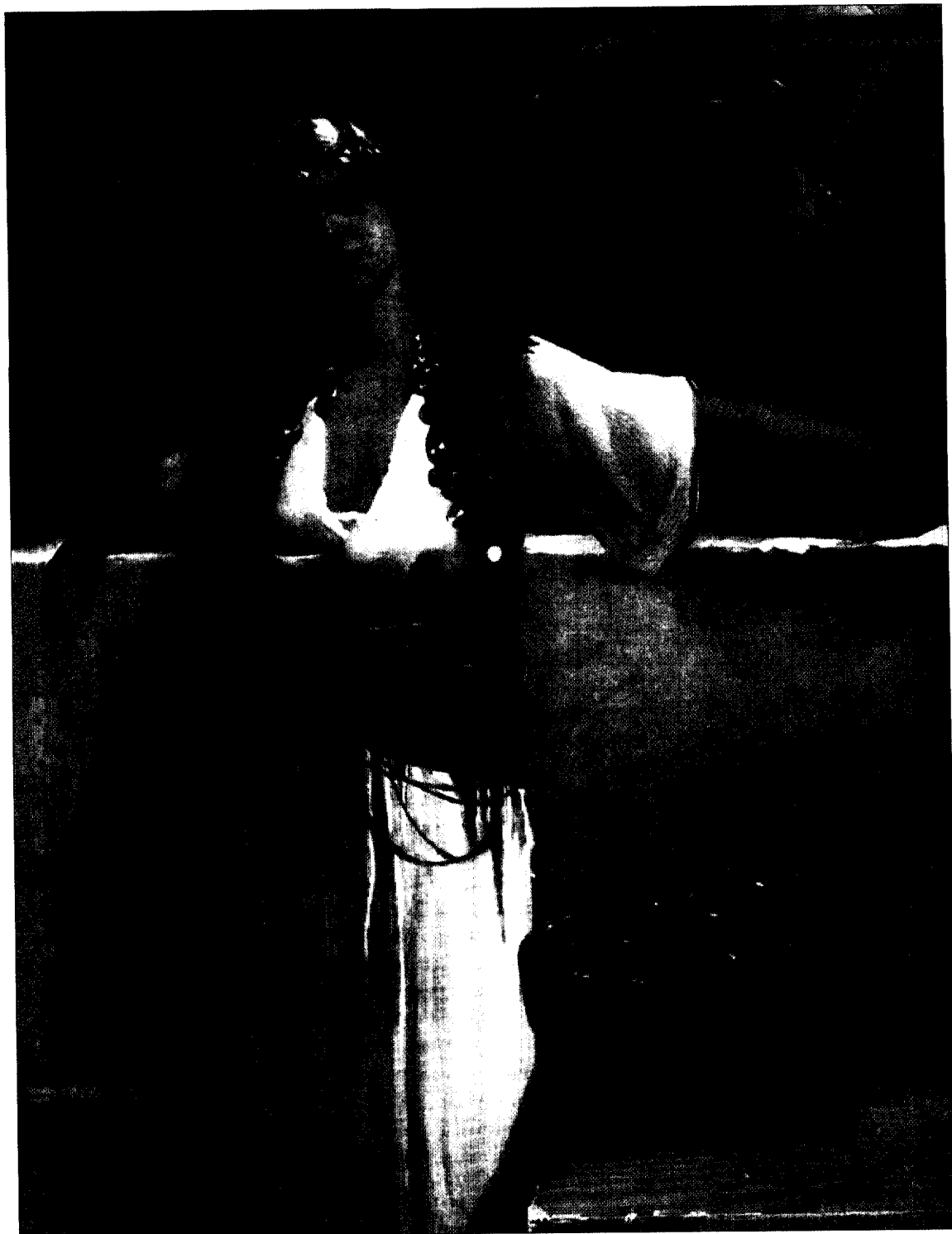
Entre tanto, el tiempo alrededor nuestro no ha pasado en balde. Se ha renovado el Consejo de Redacción y hemos puesto a su frente un director, José Luis Abellán, que ha aceptado con gusto y dedicación la difícil «papeleta». Quizá no esté de más consignar para el avisado lector que esta revista vive y se hace gracias al generoso esfuerzo y la desinteresada dedicación de un grupo de personas que tienen que sacar tiempo y energía de sus habituales ocupaciones. Esperamos que la suerte nos sea a todos propicia en esta nueva etapa para superar los retos y dificultades que tal empresa implica, máxime cuando nuestro presupuesto roza el límite de lo indispensable.

Entre las novedades que el lector podrá encontrar está también la nueva estructura del número, que ahora aparece con secciones nuevas y definidas, como la de «Grandes Temas», que pretende recoger el testimonio de una firma conocida sobre cuestiones de máxima actualidad. A continuación pretendemos dar salida a un asunto de carácter monográfico sobre el que pediremos colaboraciones a las autoridades pertinentes. Junto a las firmas reconocidas pretendemos también dar cabida a los «Nuevos Creadores», llamando a las puertas de autores noveles o incluso inéditos. El número se completa con la sección de «Humor» y en próximos números se incorporará, una sección bibliográfica.

Por supuesto, el Ateneo tendrá protagonismo en nuestras páginas con una «Crónica del Ateneo», en la que se destaque alguna de sus actividades durante el periodo correspondiente; también en la «Miscelánea» pueden ir referencias ateneístas, pero, sobre todo, hemos puesto ilusión en la sección que denominamos «El Ateneísta» y que servirá de marco para hablar de nuestras figuras más destacadas, algunas excesivamente olvidadas hoy, por importantes que pudieran ser -y sin duda lo fueron- en su época.

Los tiempos han cambiado desde que iniciamos nuestro itinerario. Sin duda van a cambiar mucho más, y aspiramos a que en esos cambios el Ateneo ocupe una presencia propia y adquiera el relieve que por su importancia merece, ocupando el lugar de protagonismo intelectual y político que tuvo en otros tiempos. A contribuir en tan honrosa tarea pondrá esta revista su honor.





La Ilustración Española y Americana nº 46 (15/XII/1884) pp. 360

Sumario

Editorial	1
-----------------	---

Grandes Temas

• El intelectual y su compromiso. José Luis ARANGUREN	6
---	---

Colaboraciones

• Ortega y D'ors: Nuevas Meditaciones. Javier PÉREZ-CASTILLA ÁLVAREZ	10
• El pensamiento de José Bergamín. Carlos GURMÉNDEZ	18
• Una forma de ser y de pensar. Lucía GRAVES	22
• La tercera muerte de Jaun. Pío CARO BAROJA	27

Nuevos Creadores

• Ada Salas	32
• Itinerarios. Javier DE ZAZUAR	34

Monografía

La Ciencia farmacéutica en el Ateneo

• El protagonismo del Ateneo en la renovación de la ciencia española. José Luis ABELLÁN	39
• El Ateneo y la Ciencia Farmacéutica. Daniel PACHECO FERNÁNDEZ	43
• Laureano Calderón y Arana (1847-1895). F. Javier PUERTO	53
• José Rodríguez Carracido (1856-1928). Juan Manuel REOL TEJADA	60
• Blas Lázaro Ibiza. (1851-1921). Antonio GONZÁLEZ BUENO	66
• Joaquín Olmedilla y Puig (1842-1914). Juan ESTEVA DE SAGRERA	69
• Semblanza biográfica de José Casares Gil (1866-1961). Benito DEL CASTILLO GARCÍA	74
• Baldomero Bonet (1857-1925). Alejandro Díez TORRE	81

El Ateneísta

• El Ateneísta. José Luis ABELLÁN	101
---	-----

Crónica del Ateneo

• Homenaje a Lázaro Cárdenas en Madrid, España. Luis ALAMILLO GUTIÉRREZ	104
---	-----

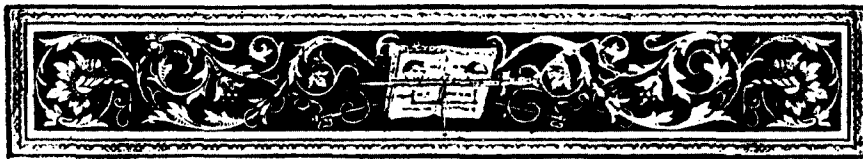
Humor

• Perversiones y petulancias en el homo sapiens. KALIKATRES	108
---	-----

Miscelánea

• Precariedad de la metáfora. Arnoldo LIBERMAN	113
• En el centenario de la muerte de José Martí. Paul ESTRADA	119
• El lenguaje y la identidad. Antonio DROVE	126





Grandes Temas

❖ El intelectual y su compromiso

José Luis ARANGUREN

Grandes Temas

El intelectual y su compromiso



José Luis ARANGUREN

Inventado en el «*Affaire Dreyfus*» el vocablo *Poder* como sustantivación y personalización de una tarea que antes a quienes la efectuaban se les llamaba, y no por casualidad, *clerks*, fue una invención francesa con ocasión de la condena, al militar Dreyfus, injustamente, de espionaje al servicio alemán. El hecho provocó un Manifiesto firmado por escritores a los que, por primera vez, se les aplicó la denominación y personificación de una actividad llevada a cabo ciertamente por escritores y artistas que, en tanto que tales, llevaron a cabo una toma de intervención directamente política. En el siguiente decenio, primero del siglo XX, se realizó la españolización de ese vocablo, con ocasión de una decisión mucho más grave aún, la condena a muerte y ejecución de una persona que nada había tenido que ver con la realización de la denominada «Semana Trágica» de Barcelona.

Naturalmente y aun cuando el vocablo adecuado no hubiese sido inventado aún, la intervención de los literatos, y no digamos filósofos, antes teólogos y en general religiosos, desde muy antiguo habían intervenido en toda clase de asuntos de la sociedad. En general y en especial dentro de nuestra cultu-

ra, los primeros fueron los religiosos que se enfrentaron al Poder político en función de una crítica *moral*, con formación ideal lindando con la utopía y adelantándose así a una «revolución cultural» en tensión con la sociedad establecida y búsqueda de contacto con la juventud y las clases inferiores y de una articulación con la conciencia colectiva.

Progresivamente la sociedad fue haciéndose menos manifiestamente religiosa y más estrictamente eticista o moralista. Las «revoluciones culturales» del Renacimiento de la Edad Moderna en adelante contribuyeron decisivamente en ello. Pero pronto surgió frente al Poder Político establecido, un nuevo poder, el económico. Poder que se establece a través de la Propaganda, la Prensa, la Radio, la Televisión..., el llamado Cuarto Poder.

Pero antes de seguir adelante declaremos qué entendemos por Poder. El Poder que aquí nos incumbe, el Poder con mayúscula, es la sustantivación *política* del Poder como facultad, acción sobre el mundo, que directa o indirectamente afecta a otros hombres. Son muchas las formas y especies de poder humano. Pero la sustantivación del Poder es simultánea a la constitución política de la *polis*, Ciudad, Ciudad-Estado. Se entiende por Poder, con mayúscula y por antonomasia, la



José Luis Aranguren en tertulia con Cristina Almeida

institución que modernamente se ha llamado *Estado y Gobierno*. Existen estos allí donde aparece un Poder levantado por encima de todos los otros poderes, y atribuido a la institución titular de su jefatura.

El Poder, tan pronto como aspira a dejar de ser meramente fáctico, es decir, a ser ejercitado sin necesidad de poner en juego explícitamente la fuerza o, dicho en otros términos, a suscitar obediencia, se reviste de *Autoridad*, que es lo mismo que Poder acatado.

¿Y cuál es el papel del Intelectual? Lo he dicho muchas veces: no todos los que se dedican a tareas intelectuales son, en el sentido estricto del neologismo, *intelectuales*. Lo son, dicho a la vez caricaturalmente y con precisión genético- cronológica, los que firman, los que empezaron a firmar el género, llamémoslo así literario de los *manifiestos* (así como su

base son quienes participan en las *manifestaciones*). Y dicho con un poco más de rigor, quienes gozando ya de un cierto crédito por su labor profesional, intelectual en el amplio sentido de la palabra, toman públicamente posición en los asuntos políticos... sin intervenir activamente en política, sin ocupar cargos públicos, e incluso sin militar en un partido político o haciéndolo, a lo sumo, con independencia no sometida a disciplina. (Los llamados por Gramsci «intelectuales orgánicos», son ideólogos del partido correspondiente más bien que, en mi sentido, *intelectuales*).

El intelectual está siempre en la *crítica*: crítica del Poder sobre todo, pero también de la Oposición en tanto que simple alternativa del Poder. Poseen también, o por lo menos han poseído en los tiempos modernos, aunque escrito con minúscula, un poder. Es obvio, por ejemplo que la autoridad de aquellos Ilustrados del siglo XVIII contribuyó seriamente a debilitar al *Ancien Régime* y parece también indiscutible que la autoridad de fines de los años veinte y comienzos de la década de los treinta, encabezados por Ortega y Gasset contribuyó al advenimiento de la República en España.

Y es que los intelectuales, en principio, estamos mucho más del lado ético que del lado político. Tendemos a sobrevalorar la ética y a subestimar, valga la paradoja, lo político, precisamente en política. Los políticos, dicen ellos, son *realistas* y la política es arte posible. Los intelectuales hemos sido *idealistas*. Mas ¿qué pasa hoy con nosotros? Dejando aparte



Escenificación del juicio de Emile Zola.

a los que, por viejos, nos vamos haciendo o se van haciendo *conformistas* y a los que, por jóvenes, han nacido y se han quedado *lúdicos*, quiero decir desentendidos de la política, importa considerar dos modos diferentes y aun contrapuestos de reaccionar con respecto a la herencia del espíritu de los años sesenta. ¿Qué tiene de extraño que los de, entre ellos, con vocación aparentemente intelectual, en esta época de ocaso de las utopías y las ideologías, se estén convirtiendo en *funcionarios*? Curiosamente contradictorio nuestro país, a la vez que todo se privatiza, todo se funcionaliza en él. En mi época, los catedráticos, funcionarios públicos *de iure*, no lo éramos, por lo general, de mentalidad ni de actitud. Crece de día en día el número de burócratas

de la enseñanza; y por lo general, todo español de profesión más o menos intelectual, se diría que aspira a un *cargo público*. Y eso es lo que está pasando con gran parte de los hasta ayer, jóvenes intelectuales.

Sí, pero no con todos porque la base social real de los intelectuales va felizmente en aumento en virtud de nuestra, por denominarla así, «predicación». Yo creo que puede empezar ya a hablarse de una *democratización* de los *partidos políticos* más vivos y abiertos, que habrán de convertirse en *movimientos*, paralelamente a la sustitución de la que ya se ha hablado en múltiples ocasiones, del *intelectual individual* -por lo que se refiere, claro está, al sentido estrictamente político del vocablo «intelectual»- en *intelectual colectivo*. ■



Colaboraciones

☆ Ortega y D'ors: Nuevas Meditaciones

Javier PÉREZ-CASTILLA ÁLVAREZ

☆ El pensamiento de José Bergamín

Carlos GURMÉNDEZ

☆ Una forma de ser y de pensar

Lucia GRAVES

☆ La terecera muerte de Jaun

Pío CARO BAROJA

Colaboraciones

Ortega y d'Ors: Nuevas Medicaciones

a Juan Pablo d'Ors



Javier PÉREZ-CASTILLA ÁLVAREZ

Mucho se ha especulado acerca de la relación entre los dos más importantes filósofos españoles de este siglo. El breve espacio dedicado a su análisis en las biografías de estos autores nos induce a pensar que un clima frío, cuando no de velada hostilidad y recelo, presidía dicha relación. Sin embargo, en virtud de las aportaciones de serios estudios, así como a la luz de testimonios novedosos puedo afirmar que José Ortega y Gasset y Eugenio d'Ors se profesaban una mutua alta estima.

Sirva de ejemplo, en el plano personal, la llamada telefónica que Miguel Ortega efectuó en nombre de su padre para dar el pésame a Juan Pablo d'Ors por la muerte de Xènius. Naturalmente, debemos remontarnos de la «anécdota a la categoría». Y esta postrera anécdota, recogida gracias a la generosa confesión de uno de los protagonistas, evidencia el respeto intelectual e incluso la sentida aflicción (más allá del convencionalismo social) del pensador madrileño, por la pérdida de su colega catalán. Todo esto ocurrió en 1954.

Algunos años atrás (1913-14) otra muestra de amistad parece rubricar la relación entre los dos eminentes intelectuales. Se trata de la oposición a la Cátedra de Psicología Superior de la Universidad de Barcelona. Como es sabido, en aquella época era perceptivo examinarse en la Universidad Central de Madrid para acceder a los puestos académicos de otras facultades españolas. Merced a la información

suministrada por Rafael Giner, tuve noticia de la composición del tribunal que examinó a Xènius. Entre los miembros del mismo figuraba un nombre que llamó poderosamente mi atención: José Ortega y Gasset. Y fue, además, el padre del perspectivismo el único que votó a favor de la candidatura de Eugenio d'Ors para cubrir la plaza convocada. No obstante, la oposición la ganó su competidor, Cosme Parpal y Marqués, dejando una honda huella en el glosador. En este sentido alguna vez se autodenominó irónicamente d'Ors como «el que no hace oposiciones».

Mayor difusión entre los biógrafos y estudiosos de este periodo histórico tuvo el «acto de desagravio» celebrado en el Ateneo de Madrid aquel año. Utilizo el término «desagravio» porque, en efecto, esa conferencia quería ser un reconocimiento intelectual que evidenciase lo que, según algunos, tuvo de equivocada la no elección de d'Ors. Durante el transcurso del acto, Ortega y Gasset pronunció unas ya célebres palabras elogiosas en favor de la «helio-maquia» o lucha cultural de Eugenio d'Ors en Cataluña, acción cultural canalizada a través de la actividad periodística. «Otro acto de desagravio le fue ofrecido en el Ateneo de Madrid al ser invitado a inaugurar el día 20 de febrero la Sección de Filosofía de la docta casa, que había permanecido inactiva desde su creación, en la primavera de 1913, por parte de José Ortega y Gasset, figura que hizo la presentación de nuestro personaje, al que calificó como uno de los escritores catalanes más eminentes, impregnado de idealismo, que desde su columna de



“La veu” venía dando “cotidianos lanzazos en pro de la Cultura española”. d’Ors leyó la traducción castellana de *Religio est Libertas*¹.»

Cerrada esta introducción biográfica, interesa ahora analizar tres aspectos.

En primer lugar, estudiaremos los caracteres comunes que pudieran existir entre d’Ors y Ortega. Bien es cierto que estos «caracteres» han de ser matizados en distintos niveles: caracteres de época, caracteres generacionales (i.e. novecentistas) y caracteres personales. Como se verá, cada uno de estos apartados apunta a una mayor precisión en el camino hacia el núcleo fundamental de estas páginas.

Por otra parte, las posibles relaciones entre las ideas de ambos autores ofrecen un gran servicio para enmarcar el estudio de los comunes pensamientos en *Meditaciones del Quijote*. Este estudio será el que ponga de relieve unas obvias similitudes, sorprendentemente poco investigadas, entre los dos autores novecentistas.

Sobre los caracteres generales o «de época», baste señalar dos notas distintivas: el «dandysmo intelectual» y la escritura periodística. Denomino dandysmo intelectual² a la atmósfera elegante, cosmopolita, vagamente esteta y «muy siglo XX», que impregnó la prosa y las actitudes externas de numerosos escritores de aquella época. No se trata tan sólo de la pose, más o menos teatral (Eugenio d’Ors concedió una famosa entrevista en una piscina francesa; por no hablar del surtido anecdotario de Ramón Gómez de la Serna o de los postmodernistas), sino de una «pose» en el tratamiento de los temas. Esta actitud, que entraña una dosis imitativa de los usos históricos de la aristocracia ilustrada, hi-

¹ JARDI, Enric. *Eugenio d’Ors*, Ed. Aymá. Barcelona, 1967. p. 151.

² Es preferible el término «dandy» a «lúdico». El ludismo es una característica circunscrita específicamente a la denominada Generación del 14.



zo que nuestros autores se ocupasen de multitud de temas: desde lo metafísico a lo frívolo. Precisamente, la amplitud temática les convirtió en objeto de ciertas invectivas por parte de quienes les tildaban de «dilettantes». Buena culpa de ello la tienen las propias convicciones de destacados escritores. La concepción unamuniana del ensayo «a lo que salga» ilustra cumplidamente este punto.

Sin duda ninguna, el periodismo en España sirvió (¿sirve?) de precioso instrumento para la difusión de ideas³. En efecto, el diario era el foro adecuado para acercar la cultura a aquellos que no leían libros. Asimismo, la actividad periodística supone una nada desdeñable fuente de ingresos en un país donde la producción intelectual no siempre está bien retribuida.

Los rasgos definitorios del grupo que denominamos bajo el rótulo de Generación Novecentista resaltan más las analogías entre nuestros dos autores. Los «novecentistas» (término muy querido por quienes lo acuñaron en su momento, pero que no deja de plantear problemas en la actualidad) se caracteriza por cinco líneas predominantes (J.L. Abellán): europeísmo, racionalismo, científicismo, republicanismo –¿liberalismo?– y ludismo.

Obviamente, aquí importan poco las precisiones a la hora de evaluar si son éstos y no otros los aspectos que singularizan a dicha generación o incluso, si se puede hablar de generación con propiedad. Más fértil sin embargo, es la comparación directa entre d'Ors y Ortega.

Estos dos autores son estrictos coetáneos –n. 1881 y 1882– y, buscando el paralelismo patético que recuerda G. Díaz-Plaja, mueren a la misma edad: 72 años. Siguiendo la magnífica exposición en que el citado Díaz-Plaja detalla este «fiel contraste»⁴:

«Caracterizan este paralelismo:

a/ Análogo vocación de liderazgo cultural y consecuentemente, político.

b/ Una misma actitud anti-ochocentista. Parejo repudio del romanticismo, del positivismo y del modernismo.

c/ Actitud intervencionista, a través del periodismo y de la creación de instituciones culturales.

d/ Estética elitista, uso de vocabulario egregio. Culto a la perfección de la forma.

e/ Influjo personal, a través de una oratoria espléndida.

f/ Gusto por la heliomaquia, que Ortega recoge en los títulos.

g/ Paralelo distanciamiento de Unamuno. Odio al «casticismo».

h/ Análogo sentimiento europeísta, con predominio de lo alemán en Ortega y de lo francés en d'Ors.

i/ Gusto por la palabra «misión».

j/ Pareja devoción por la vida social, culto al salón.

k/ Coincidencia en la actitud de atención hacia el arte plástico; menor estimación del fenómeno musical.

l/ Coincidencia de una valoración del arte como juego o creación arbitraria, repudio del arte natural o espontáneo»⁵.

Pero, como señala Díaz-Plaja, «Frente a Ortega, por otra parte, nuestro Glosador padecía tres formas de debilidad evidente:

a/ No tenía cátedra universitaria “por oposición”, lo que en España es siempre grave no sólo por la solidez social de su postura académica, sino por la ventaja que supone la legión de discípulos que asisten al catedrático...

b/ No tenía, como tenía Ortega, una máquina

³ Sobre el estilo literario y el periodismo de Ortega: J. MARIAS Ortega. *Circunstancia y Vocación*. Alianza Editorial. Madrid, 1983.

⁴ DÍAZ-PLAJA, Guillermo. *El Combate por la Luz*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1981. pp. 198 y ss.

⁵ *Ibidem*. pp. 201-202.



editorial –la “Revista de Occidente” y sus prestigiosas publicaciones–, baza importante en el campo de la producción ensayística.

c/ A pesar de su brillante posición social y de su cultivo de grupos selectos de Madrid, y a pesar de la proverbial hospitalidad madrileña, lo cierto es que d’Ors, frecuentemente instalado en París, sigue siendo un “forastero”, un alejado».

Los sistemas filosóficos de ambos autores también presentan numerosos puntos comunes. Fuera de mi propósito dar pie a cualquier polémica que pudiera fácilmente aflorar en este apartado. Porque no importa tanto la supuesta «originalidad» como la narración aséptica de esas concomitaciones. Dicho esto, conviene hacer una segunda advertencia: no podemos detenernos en una explicación minuciosa de las afirmaciones enunciadas, ya que el «detalle» será objeto de la última parte de estas páginas, concretamente, en el estudio comparativo de la *Meditaciones del Quijote* y la obra orsiana.

Sobejano acuñó una expresión no exenta de verdad y gracia. Se pretendía contraponer al raciovitalismo orteguiano el «vital-racionalismo» del Glosador⁷. En efecto, la filosofía orsiana conserva esa raíz racionalista que preside todo el sistema, bien entendido que dejando espacio a «lo vital».

Otra analogía reside en el ascendente elitista que destaca en la teoría político- antropológica de ambos autores. El elitismo de Eugenio d’Ors es una constante en su obra y a la luz del mismo comprendemos el esquema de su particular Política de Misión. Se trata, pues, de un elitismo que impregna todas las dimensiones del ser humano y por otra parte, se halla en las antípodas del utopismo igualitario ruso-niano. Es tajante afirmación de uno de los mejores expositores del pensamiento orsiano, el Glosador «fue un elitista total⁸». Esa convicción en la superioridad de la minoría selecta se basaba en «las instituciones de Carlyle, en la documentación de Cochin y



Dibujo de Ramón Casas

en la sociología de Pareto (...)»⁹. A través de los citados autores d’Ors descubre «que la Historia la hacen las sociedades de pensamiento, es decir, “minorías conscientes” caracterizadas por “la constancia, la consecuencia, la impertubabilidad hereditaria”. D’Ors rechaza enérgicamente que el sujeto de la Historia sea la masa, el “se” indeterminado.¹⁰»

Por su parte, Ortega y Gasset caracteriza a la vida noble con las notas de esfuerzo y magnanidad, contraponiendo ese tipo de vida a la inercia y resentimiento propios de la existencia vulgar. Pero son en los atributos del hombre selecto donde se eviden-

⁶ *Ibídem*. P. 204,

⁷ SOBEJANO, Gonzalo. *Nietzsche en España*. Ed. Gredos. Madrid, 1967. pp. 565 y ss.

⁸ FERNANDEZ DE LA MORA, Gonzalo. *d’Ors ante el Estado*. Archivo personal Casa-Museo Eugenio d’Ors. P. 20.

⁹ *Ibídem*. p. 19.

¹⁰ *Ibídem*. p. 19.



cian mayores similitudes entre ambos pensadores. Estos pueden ser condensados en cinco puntos: autoexigencia, servidumbre –i.e. sometimiento a la propia meta–, predominio de lo cultural sobre lo espontáneo y natural, predominio de la vida interior sobre lo exterior y por último, soledad ¹¹.

Hallamos en la obra de nuestros autores idénticas denostaciones por corrientes de pensamiento difundidas en el s. XIX. Así, la crítica al historicismo o, principalmente, al positivismo es habitual y recurrente en numerosas páginas. Recordemos las palabras que escribió Ortega en su célebre artículo de 1916 «Nada moderno y muy siglo XX»: «En “El Espectador” aparece como marcada frecuencia cierta hostilidad contra el siglo XIX. No es dudoso que en superar la conducta de este siglo radica nuestro porvenir.¹²»

Comentario adicional, lamentablemente muy escueto, merece la aversión orsiana por el Romanticismo. Según Xènius, este movimiento espiritual fue el causante de gran parte de los males que arrastra nuestro tiempo. Por ceñirnos al terreno filosófico-político, baste señalar dos morbos románticos: el individualismo subjetivista atomizador y el utopismo filantrópico.

Sorprende la común atención por las materias artísticas. Las valiosísimas ideas estéticas expuestas en algunos de sus libros (p.e. *La deshumanización del arte* o *Tres horas en el Museo del Prado*) nos revelan un interés constante hacia el arte en conexión con sus sistemas de pensamiento. Tanto es así que difícilmente serían entendibles sus textos si obviamos esta dimensión. Pero no sólo se trata de una vaga semejanza temática, sino que también observamos paralelismos en niveles más específicos. De este modo, por ejemplo, los dos trazan biografías de pintores famosos españoles. Si Ortega se ocupó de Velázquez y Goya, d'Ors nos legó un magistral estudio de este último. Incluso el método empleado para el análisis

biográfico nos parece similar. El elemento clave y convergente es el descubrimiento de la vocación del biografiado. Este matiz vocacional, tan importante en la obra de Ortega, a veces ha sido olvidado por los especialistas orsianos debido tal vez a la mezcla o interacción con su angelología. «Así como uno empieza a perder la fe ciega en la geometría cuando le muestran que, al lado de la de Euclides, existe la posibilidad perturbadora de infinitas geometrías más, así la superstición de la vocación se debilita por fuerza apenas se ve que la vocación no es una y que en muchos hombres hay, por lo menos, dos: una, consciente y dominante; otra, subterránea y objetadora.¹³»

Restan por exponer numerosos aspectos comunes. Me limito a enunciarlos ya que su comentario corresponde al último punto de este trabajo:

Preocupación por la cultura, desprecio de la erudición, interpretación no-racista de la historia, caracterización de la historia según sexos (épocas masculinas o femeninas), crítica al formulismo vacío de la democracia burguesa del siglo XIX,...

D'Ors cita más veces a Ortega que éste al Xènius. Aparte de la pronta reacción a las *Meditaciones del Quijote*, en obras de madurez el Glosador dialoga con el filósofo madrileño. d'Ors en su libro *Estilos de Pensar*, que recopila escritos de diferentes años entre 1928 y 1944, afirma: «La más leve exigencia en estos capítulos era, al contrario, recibida por el literato como una vejación. Por ser expresada en formas menos pintorescas esta arrogancia no resultó menos que la atribuida legenda-

¹¹ Para análisis más minucioso de este apartado, véase *La Teoría de la Minoría Selecta en el Pensamiento de Ortega y Gasset* de SANCHEZ CÁMARA Ignacio. Ed. Tecnos. Madrid, 1986.

¹² ORTEGA Y GASSET, José. O.C. II. Ed. Alianza. Madrid, 1983, pp. 21-23.

¹³ D'ORS, Eugenio. *Europa*. N.G. 1920. Caro Raggio. Madrid, 1922, p. 94.



riamente al folletista don Manuel Fernández y González o contemporáneamente, al profesor Don José Ortega y Gasset: casos insólitos y con valentía de ejemplar compensación en este país nuestro...¹⁴»

Ortega y Gasset dedica un artículo publicado en «El Sol» el 10 de julio de 1924 a la crítica del pensamiento orsiano. En dicho artículo, «El Sentido Histórico»,¹⁵ se da una alternancia entre el homenaje sincero y la burla intelectual muy propia de aquellos tiempos. Si, en primer término, reconoce el mérito cultural de la actividad periodística de Xènius, por otra parte, Ortega critica abiertamente la metodología arsiiana. He aquí dos breves muestras:

1. Referencia elogiosa: «Es el *Glosario* de Eugenio d'Ors uno de los hechos más importantes de las letras españolas contemporáneas.¹⁶»

2. Crítica: «D'Ors quiere volver a Euclides. Pero éste es, a mi juicio, el gran error de sus hábitos intelectuales. Pensar no es querer que las cosas sean de cierta manera. Pensar es precisamente todo lo contrario: querer que las cosas sean como son.¹⁷»

Riquísimas y poco estudiadas -hasta donde mi conocimiento alcanza- son las conexiones de ideas entre el primer libro de Ortega y el pensamiento de Xènius. En efecto, las *Meditaciones del Quijote* encierran no sólo una apretada síntesis de la filosofía futura de su autor (Marias), sino que transcurren por conductos no ajenos al sistema orsiano. Además, el propio d'Ors se hizo eco de la publicación del libro y polemizó con Ortega sobre el contenido del mismo.

A pocas páginas del inicio de la citada obra, Ortega efectúa un comentario despectivo de la erudición. «La filosofía es idealmente lo contrario de la noticia, de la erudición.¹⁸» En d'Ors también son frecuentes opiniones desfavorables al mero exhibicionismo erudito. «Bajo pretexto de métodos objetivos, gentes sin ninguna imaginación se habían apoderado de la historia y amenazaban acabar con ella.

Estaba entendido que esta institución de las humanidades quedaría como huerto cerrado para los eruditos. Y un erudito, ¿qué es? Un erudito es un hombre que descubre cosas que no existen y aunque existiesen no le importarían a nadie¹⁹». Acaso esta poca estima de la erudición en cuanto a su gratuidad puntillosa hizo que ambos autores no se preocupasen en recoger la referencia bibliográfica concreta. Incluso detectamos algunas veces un gusto por la cita memorística, con pequeñas modificaciones respecto al original introducidas por el olvido.

Nada tiene de particular la lectura coincidente de autores. La etiqueta de «clásicos» parece restar aún más la posible relevancia que tuviera este hecho a los efectos que aquí interesan. Sin embargo, la cita puede devenir valiosa si se efectúa en un mismo sentido y con pareja significación. La referencia a Goethe²⁰ como arquetipo del pensador luminoso tiene su correlato en la versión orsiana del alemán como modelo a imitar tanto desde el punto de vista biográfico como en el plano intelectual. Por otra parte, permítaseme infringir levemente las normas que fijé en el esquema y recoger un texto de Ortega donde se alude a un autor con idéntica valoración que en la obra de d'Ors. Me refiero a Gobineau y sus teorías racistas. Dice Ortega y Gasset: «Mal me parece todo intento de reconstruir la historia sobre la hipótesis de la desigualdad de las razas, pero al menos esta hipótesis tiene grandeza y hondura... El libro del conde de Gobineau convierte la historia en



¹⁴ D'Ors, Eugenio. *Estilos de Pensar*. Ediciones y Publicaciones Españolas. Madrid, 1945 p. 151.

¹⁵ Ortega y Gasset, José. O.C. III pp. 260-264.

¹⁶ *Ibidem*. P. 260.

¹⁷ *Ibidem*. P. 262.

¹⁸ Ortega y Gasset, José. *Meditaciones del Quijote*. Ed. Cátedra. Madrid, 1990. P. 59.

¹⁹ *Europa*. P. 104.

²⁰ *Meditaciones...* P. 138 y ss.



una sorda tragedia fisiológica, mas no es una bufonada... No creo que esta teoría sea cierta...²¹».

D'Ors también se muestra reticente a aceptar las explicaciones de Gobineau: «Otro tipo de explicación, del cual se ha usado y abusado mucho, sobre todo desde los días de Gobineau,... atribuye el sentimiento del honor a una calidad innata en ciertos grupos étnicos, los del tronco ario desde luego y específicamente, los pueblos germánicos. Gran número de hechos -no tantos como pretenden los fanáticos de la misma, pero muchos sin duda- parece abonar este tesis; pero quizá baste una sola consideración para atenuar el valor demostrativo de los mismos: el recuerdo del ideal patriarcal.²²»

La crítica al Romanticismo, aspecto central de la obra de Eugenio d'Ors, también se encuentra presente en las páginas de las *Meditaciones*. «Poético estrictamente era para Grecia sólo lo antiguo, mejor aún, lo primero en el orden del tiempo. No lo antiguo del romanticismo, que se parece demasiado a lo antiguo de los charlatanes y ejerce una atracción morbosa, suscitando pervertidas complacencias por lo que tiene de ruinoso, de carcomido, de fermentado, de caduco.²³» Este fragmento tiene una gran significación dada su doble vertiente de reivindicación del clasicismo genérico atico y, aspecto mas evidente, la denostación del Romanticismo. Los muchos lugares en la obra de Eugenio d'Ors donde aparecen ataques a la estética (y no sólo a la estética) romántica eximen de seleccionar un párrafo ilustrativo.

Paralelo a este poco aprecio por el Romanticismo corren las escasas simpatías hacia las prácticas políticas decimonónicas. Ortega afirma rotundo: «¡Miseros ideales! ¡Democracia burguesa, romanticismo positivista!²⁴» Esa actitud política parece propia de las «palpitaciones del momento», como gustaba decir Xènius. Él mismo, por aquellos años, efectúa una severa y, en cierto medida, bien fundamentada crítica de las viciadas prácticas democráti-

cas en su célebre conferencia de la Residencia de Estudiantes «Aprendizaje y Heroísmo.²⁵»

El sustantivo «héroe» o el adjetivo «heroico», términos tan caros para el joven d'Ors, son utilizados reiteradamente en las *Meditaciones*. Para hallar el equivalente orsiano a la concepción heroica en Ortega, sería preciso sustituir la palabra «héroe» por «ángel». Afirma el filósofo madrileño, «Porque todos llevamos dentro como el muñón de un héroe...más en torno al héroe muñón que dentro conducimos, se agita una caterva de instintos plebeyos.²⁶»

La Psicología orsiana se caracteriza por una recepción del psicoanálisis en lo referente al campo instintivo, que d'Ors rebautiza con el nombre de Bestia -i.e. los «instintos plebeyos» de Ortega-, y una esfera apolínea, superior, en el hombre, es decir, el Ángel. La pugna entre estas dos dimensiones determina el carácter y los actos de cada sujeto²⁷.

Por último, advertimos en las *Meditaciones* una preocupación cultural, una lucha por la claridad que entronca con la heliomaquia orsiana y para ser más explícitos, con toda la actividad intelectual que llevó a cabo Eugenio d'Ors. «La insuficiencia, en una palabra, de la cultura, de cuanto es noble, claro, aspirante. Cervantes reconoce que la cultura es todo eso, pero, ¡ay!, es una ficción. Envolviendo a la cultura yace la bárbara, muda, insignificante realidad de las cosas.²⁸»

En un conjunto de «Glosas» iniciadas en el año14 y publicadas en forma de libro con el título

²¹ O.C. I. P. 83.

²² D'Ors, Eugenio. *La Ciencia de la Cultura*. Ed. Rialp. Madrid, 1964. Pp. 470-471.

²³ *Meditaciones...* p. 191.

²⁴ *Ibidem*. P. 242.

²⁵ D'Ors, Eugenio. *Diálogos*. Ed. Taurus. Madrid, 1981 p. 71.

²⁶ *Meditaciones...* p. 236.

²⁷ Véase: d'Ors, Eugenio. *Introducción a la Vida Evangélica*. Ed. Tecnos. Madrid, 1986.

²⁸ *Meditaciones...* p. 222.



Cartas a Tina, d'Ors enumera sus discrepancias respecto a las ideas expuestas en las *Meditaciones del Quijote*. Esos desacuerdos se centran en tres puntos: la supuesta realción entre Grecia y el Mediterráneo, la interpretación de Vico y la hipotética oscuridad germánica.

a/ Sobre el primer punto transcribo un extenso fragmento ya que, debido a la belleza del estilo orteguiano, no he tenido valor para «meter la tijera» y seleccionar frases aisladas. «Se trata de una ilusión dorada que nos anda por dentro y con la cual queremos consolarnos (franceses, italianos y españoles), en las horas de menoscabo. tenemos la debilidad de creernos hijos de dioses; el latinismo es un acueducto genealógico que tendemos entre nuestras venas y los riñones de Zeus. Nuestra latinidad es un pretexto y una hipocresía; Roma, en el fondo, nos trae sin cuidado. Las siete colinas son las localidades más cómodas que podemos tomar para descubrir a lo lejos el glorioso esplendor puesto sobre el mar Egeo, el centro de las divinas irradiaciones: Grecia. Esta es nuestra ilusión: nos creemos herederos del espíritu helénico».

«Hasta hace cincuenta años solía hablarse indistintamente de Grecia y Roma como de los dos pueblos clásicos. De entonces acá la filosofía ha caminado mucho: ha aprendido a separar delicadamente lo puro y esencial de la limitaciones y mezclas bárbaras.²⁹»

D'Ors vio en este texto un ataque frontal contra su ideal ecuménico y clásico. El Glosador defiende la unidad cultural y califica de negativos esos deslindes orteguianos. «Encontraríamos ejemplo claro de un fuerte empujón negativo, en un libro famoso y en otro libro reciente.

En la obra de Houston Stewart Chamberlain *los fundamentos del siglo XIX*, y en estas *Meditaciones del Quijote*, de nuestro compatriota Ortega y Gasset. En ellos se proclama: Grecia y el Mediterráneo, en la historia de la cultura, poco tienen mutuamente que ver; sino, más bien, Grecia con los germánicos, des-

de el Renacimiento para acá. Y no es cierto que lo mediterráneo tenga más virtud de claridad que lo germánico. Se trata de dos claridades distintas: una, en el sentido de lo profundo; otra, a flor de superficie».

«Yo rechazo la primera proposición, y el instrumento capital de este nuevo rechazo es el nombre de una tendencia: Dinamismo.³⁰»

b/ El segundo punto de fricción entre Ortega y d'Ors, la interpretación de la obra de Giambattista Vico, por su carácter particular no merece mayor comentario que la mera cita.

c/ Las burlas de Ortega acerca de las «nieblas germánicas» y la «claridad latina» asociaciones frecuentes en la obra de Menéndez Pelayo³¹, también tienen su réplica en las *Cartas a Tina*. «Recuerdas que la dificultad era: ¿No habría, en la mente germánica, alguna cosa que resiste a la nuestra? Y la respuesta: Sí, había...Había la oscuridad». Entonces me salía al paso la lección moderna de quienes dicen que no hay tal oscuridad, sino al contrario, plenitud de luz, como la que un día brilló en el cielo de Grecia. Y que, donde hay oscuridad y confusión es justamente en el Mediterráneo; el cual será radicalmente romano o cartaginés...³²»

Estimo que las conclusiones de la relación d'Ors-Ortega no corresponde establecerlas al autor de estas líneas, sino al lector que, a la luz de los datos aportados, contemplará ese cuadro borroso, casi olvidado, donde están, retratados dos hombres que se miran a los ojos y conversan. Sus nombres nos son sobradamente conocidos... Pero, ¿véis el brillo perpetuo de sus ojos? ■

²⁹ *Ibidem*. p. 130.

³⁰ D'Ors, Eugenio. *Cartas a Tina*. Ed. Plaza y Janés. Barcelona, 1967. p. 122.

³¹ *Meditaciones...* p. 126 y ss.

³² *Cartas a Tina...* p. 131.

El pensamiento de José Bergamín



Carlos GURMÉNDEZ

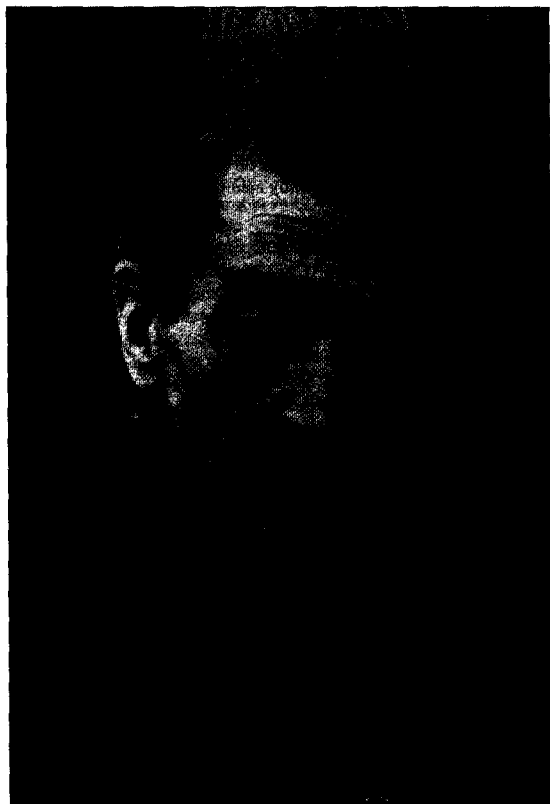
En un espléndido comentario a su primer libro, *EL COHETE Y LA ESTRELLA*, donde Bergamín afirma: «Existir es pensar, y pensar comprometerse», Unamuno dudaba que el joven autor se percatase de la hondura de tal aserto. Pero Bergamín ya sabía que pensar es «le pari». de Pascal, apuesta por una idea, ya que el hombre piensa porque existe. Su pensamiento brota de este mismo hecho y, renunciando a la razón burguesa del orden establecido, se hace dialéctico, revolucionario, convencido de que basta con el despuntar de una idea para obrar sobre el mundo, cambiarlo, trascenderlo. «Bergamín es el pensador preocupado que se juega y se lo juega todo», dice Pedro Salinas. Cada uno de sus pensamientos expresa una concepción de la vida frente a otra, o su opuesta. Y ya en esta primera obra, se pronuncia a través de elípses especulativas, forma de reflexión acuciante, buceadora, dinámica que manifiesta un compromiso con el mundo. Su inquieto pensamiento busca la faz de la verdad, estimulado por una teleología interna que, a veces, se enmascara tras la frase jugosa, el salto imprevisto, la pirueta metafísica.

Y se suceden tres breves y fulgurantes obras de su talento inquisitivo: *CARACTERES*, *LA CABEZA A PÁJAROS* y *EL ARTE DE BIRLIBIRLOQUE*, cuya trascendencia descubre Juan de la

Encina pues, en sus obras, en ellas una teoría del arte, del mundo que se escamotea y oculta. Bergamín dice: «El toreo es un puro juego inteligible, inteligible juego de prestidigitación», dice Bergamín. Pero es necesario llegar a *LA IMPORTANCIA DEL DEMONIO*, para encontrarnos con un ensayo de revolucionaria teología o dialéctica positiva.

Sostiene Bergamín que el Demonio está en todas partes, amanece cada mañana en nuestro mundo de tinieblas luminosas que también es el suyo. Si permanecemos aferrados a la absoluta verdad de la Materia nos haremos conformistas, aceptando el mundo tal cual es, porque Dios es la Ausencia, lo inaccesible en su imperio remoto.

La negación hegeliana es la esencia del Demonio, destrucción de lo establecido, el motor revolucionario, afirma Ernst Bloch en su obra *SUJETO-OBJETO*. «Lógica del Demonio», añade Bergamín, pues sin ella no aparecería lo nuevo. «Si Dios es lo que es y el Demonio no quiere ser Dios, tendrá que ser todo lo contrario». Afirma que para creer en Dios es necesario creer también en el Demonio. Por ello, no caerá en la consternación de los protestantes, asombrados que Dios tolere el mal, la injusticia, y se vuelven contra su Omnipotencia sin aceptar que la desdicha, el no-ser, la temporalidad, la nada, constituyen el mundo. Dios y Demonio se contradicen, son enemigos



José Bergamín

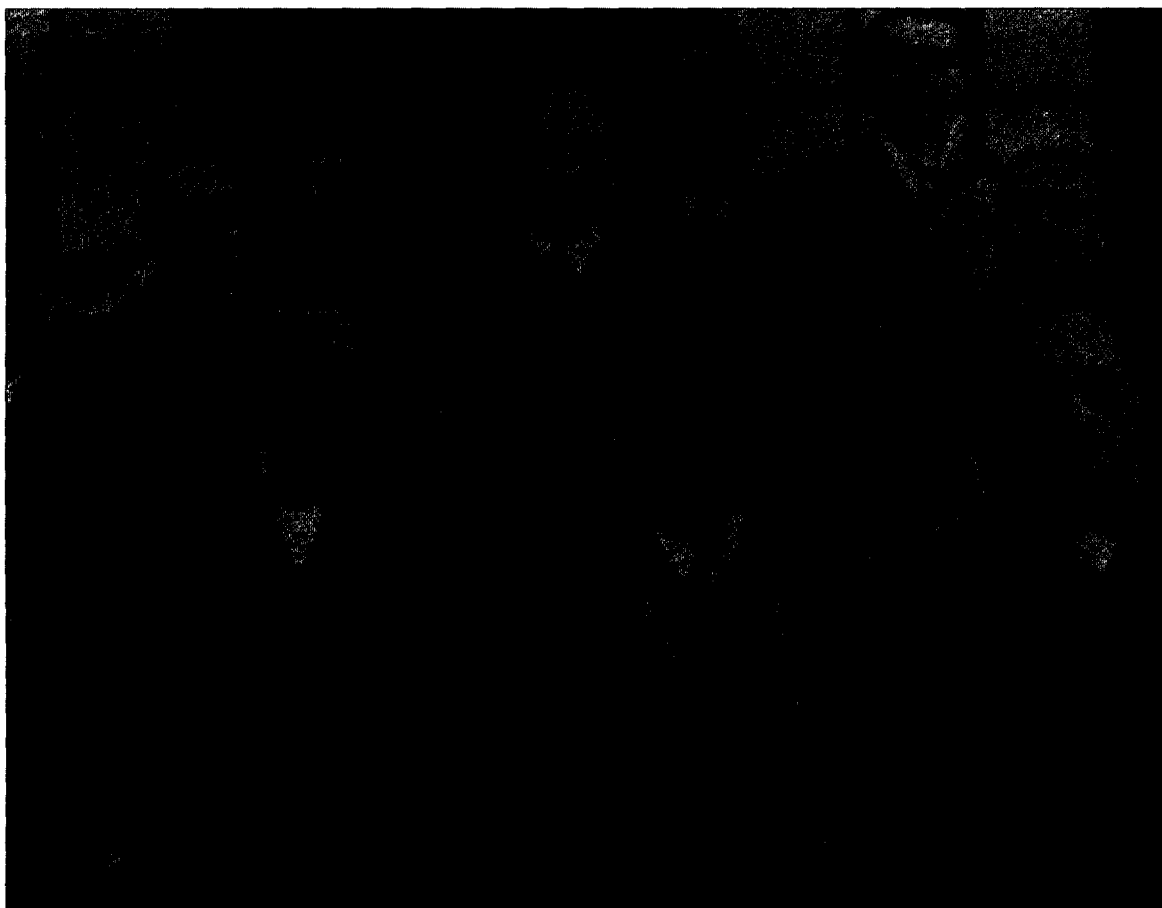
inseparables. El supremo realismo de su teología católica es unirlos sin confundirlos.

El socrático *conócete a ti mismo* dio origen al Demonio, dice Bergamín: «La luz se volvió a sí misma contra sí misma, y para conocerse se volvió sombra». Luz y tinieblas, pues orando a Dios siempre se presentará el Demonio. La dialéctica cualitativa Dios-Demonio que plantea, aún emergiendo uno del otro, los hace enemigos implacables que se combaten sin unirse jamás. Esta contradicción tensa, vuelo del espíritu, deja prisionero de un antagonismo que no se resuelve. Cuando el mundo sea verdaderamente humano, desaparecerán todas la encarnaciones del Diablo y sus testigos. Entonces se comprenderá que el Demonio es una enajenación más del hombre.

DETRÁS DE LA CRUZ es otra obra polémica que denuncia la militancia política de la Iglesia Española, el primer documento de un cristianismo popular, y dice: «En modo alguno me refiero a la total Iglesia cristiana, visible e invisible, en la plenitud de los tiempos; al cuerpo místico y divino de la Iglesia de Cristo, al orden de la caridad sobrenatural en que creo, en que espero, a que quiero pertenecer; en una palabra, *al pueblo eterno de los fieles*: a la perdurable, permanente, revolucionaria y popular, espiritual, comunión eterna de los Santos». La tesis de esta obra: «Detrás de la Cruz está el pueblo de Dios con su voz, la música de su sangre, sus cuentos populares, su teatro sacramental». Y añade: «En España, todo lo que no es pueblo es ignorancia». «No hay dudas ni equívocos que valgan. Al menos el pueblo español, al dar por la verdad la vida, dejó semilla de esperanza». Quizá nunca alcanzó José Bergamín unos acentos más violentos contra una Iglesia «al dictado de los poderes totalizadores, endemoniados, facciosos y fascistas», dice, ni más apasionados en su lucha por la justicia humana, que recuerdan al mejor Quevedo.

El cristianismo popular, religioso y místico, ¿puede ser verdaderamente revolucionario? Merleau-Ponty en su admirable obra SENS ET NON SENS, sostiene: «El cristianismo mira siempre a repetir un pasado inmóvil, mientras la revolución proyecta un mundo futuro». Y deduce que la postura de Bergamín es contradictoria, porque todo cristiano sufre esta antítesis desgarradora que le impide ser revolucionario. Sin embargo, José Bergamín vivía el presente, que es proceso cotidiano irreversible, y como cristiano se planteó el dilema: vivir de la remembranza o comprometerse en las batallas humanas de su tiempo. Y así,





Pedro Salinas, Ignacio Sánchez Mejías y Jorge Guillén.
Antonio Marichalar, José Bergamín, Corpus Barga, Vicente Aleixandre, Federico García Lorca y Dámaso Alonso.

por su participación activa, el canto, la proclama que le integran a una lucha común, salta del punto fijo y luminoso en que se había inmovilizado a las corrientes vivas de la temporalidad histórica.

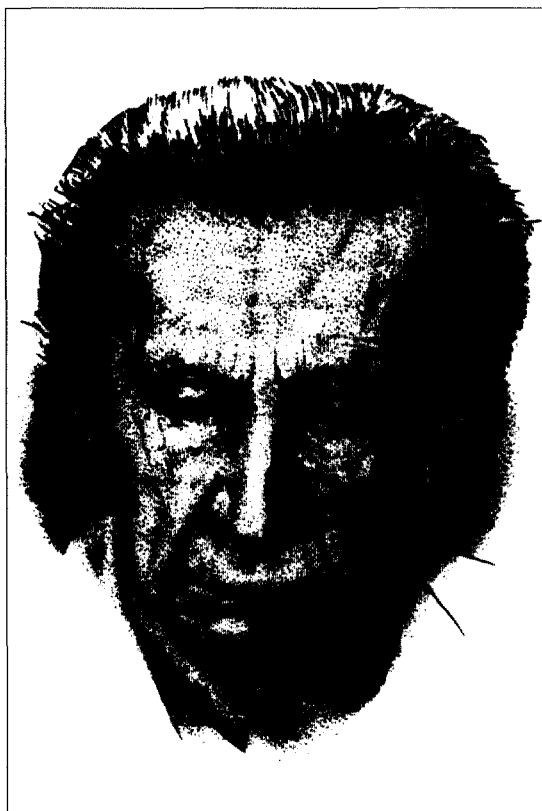
¿Evoluciona el pensamiento cristiano en el mundo? «Más bien, revoluciona», responde en *EL POZO DE LA ANGUSTIA*, obra comparable a *LA AGONÍA DEL CRISTIANISMO*, de Unamuno, y por su dramatismo metafísico es cifra y suma de su pensamiento. La inmortalidad del alma y la resurrección del cuerpo, los convierte Bergamín en la esperanza de salvación individual y comprometida lucha para cambiar el

mundo. En otras palabras, opone y concierta cristianismo y marxismo, planteando: «¿Se puede hablar exactamente de un pensar cristiano que no sea un sentir y un vivir, una actuación veraz del hombre en el mundo?». Pero si el cristianismo se sitúa fuera de él, ¿cómo resolverlo? «Manteniendo el toque extremo de esta dramática dualidad que clavó para siempre, en el corazón de los hombres, el pensar dialéctico de San Pablo». Combatir en el mundo y estar fuera de él, es una paradoja que prueba la ambigüedad de ser cristiano y revolucionario, sostiene Merleau-Ponty, y Bergamín responde: «El pensar y sentir



cristiano se expresó siempre de este modo dramáticamente paradójico».

La paradoja no puede ser base de la dialéctica, por ello es muy revelador que Bergamín aproxime la dialéctica de San Pablo a la de Levinn, cuando sostiene que la Razón es materialista y la Dialéctica espiritualista. De acuerdo a esta interpretación intenta cristianizar el marxismo, fundiendo la dialéctica cualitativa de Kierkegaard con la histórica de Hegel y Marx. El cristianismo, viene a decir, es una doctrina de salvación personal y, también, colectiva, porque existe un pueblo cristiano que espera su redención, confianza en la que vive, le nutre y sostiene desde siglos: «Es este Pentecostés llamativo, es este grito de la sangre popular que por ellos se expresa». Bergamín resuelve la paradoja del cristiano revolucionario por la reverberación colectiva de la fe, y que es una religión histórica, como afirmó Engels, pues al fracasar la rebelión de los esclavos, nació la esperanza cristiana de liberación que inundó el mundo. Los hombres al cristianizarse se unieron para conquistar el Reino de Dios, la bienaventuranza humana, proyecto común que los congregaba en la Iglesia no sólo para orar, también para la acción. El pueblo español lleva en su sangre esta tradición cristiana de justicia revolucionaria, y permanece intacta la fe en un reino de felicidad terrena, afirma Bergamín. Hay, pues, un cristianismo activo, oponiéndose al de Trento dogmático, inamovible, que acepta el mundo tal cual es, renunciando a la idea de transformarlo. Así se hace posible que el cristianismo esté presente y ayude al advenimiento del Tercer Reino, de que habla Joaquín de Fiore. Para el cristiano, el reino terrestre es un trasmundo de este mundo, una espera pasiva en la voluntad revolucionaria hasta



que llegue la salvación, el fin de los tiempos. Esta utopía trasmuta la Historia, de proceso dialéctico, en Dios transfigurado. «El cristianismo es la religión del futuro absoluto», dice Karl Rahner, Y Bergamín solía comentar: «Yo estoy con los revolucionarios hasta la muerte, y ni un paso más».

A su pensamiento se le ha reprochado la irresolución propia del cristiano revolucionario. Debemos señalar que conservó siempre un equilibrio en su dramático cristianismo, sin caer nunca en el pozo de la angustia ni en malabarismos de autómatas racionales. Quienes le han acusado de ambivalencias y ambigüedad, no se percataron que su pensamiento buscaba incorporar el pueblo cristiano a la lucha para crear una sociedad más justa y mejor. ■

Colaboraciones

Una forma de ser y de



Lucía GRAVES

En la abadía de Westminster, el nombre de Robert Graves figura en la lista de poetas de la Primera Guerra Mundial conmemorados sobre una oscura lápida en el «Rincón de los Poetas». Algunos de estos soldados-poetas murieron en acción pero Graves tuvo la suerte de sobrevivir hasta cumplidos los 90 años. Sus poemas de guerra, excluidos de sus antologías a partir de 1927 –porque, según él, constituían meros testimonios bélicos, escritos por motivos no poéticos– fueron sin embargo fundamentales para su producción futura, y sin tener en cuenta la experiencia de la guerra, la poesía de Graves, primordialmente amorosa, no puede apreciarse en toda su plenitud. Desde niño a Robert le había fascinado lo irracional, lo grotesco, las historias de fantasmas, tal vez un legado de sus antepasados irlandeses paternos o herencia del lado romántico alemán de su madre. Pero durante la guerra, el horror imaginado se convirtió en horror real y más adelante los monstruos de su infancia y los monstruos verdaderos de la guerra seguirían plagando su poesía hasta identificarse con el aspecto temible de la diosa blanca. La guerra supuso el choque, en plena inocencia juvenil, con la brutalidad humana; supuso también la pérdida de su fe cristiana y su creciente fe en la poesía como *raison d'être*. Desde las fangosas trincheras, a menudo proyectaba su imaginación a los días de la paz ve-

nidera, cuando como dice en «Sobre el brasero» (1916) «viviría en paz, y soñaría, y escribiría». Y en una carta a su amigo y mecenas Eddie Marsh, escrita desde el frente, en el que se disculpa por la mala calidad de sus versos, le expresa sus esperanzas de poder escribir algo verdaderamente bueno una vez acabada la guerra; «sé que tengo el poder», le dice. La supervivencia motivaría, por un lado, la búsqueda implacable de una explicación al lado brutal de la vida en términos poéticamente aceptables, y por otro un sentimiento de gratitud y responsabilidad, que subrayarían su íntima necesidad de convertirse en paladín de la poesía. Graves, en suma, demostró con el paso del tiempo que era un poeta obsesivamente entregado a su causa, para quien la poesía nunca fue «un departamento de la literatura, sino una manera de ser y de pensar».

Acabada la contienda, Graves, lo mismo que muchos otros soldados, sufrió una acusada neurastenia. La neurastenia se convirtió en su guerra personal, un estado de angustia que dominaba sus pensamientos y convirtió su vida en una pesadilla. La neurastenia iba acompañada de un desencanto con la sociedad por la que había luchado, y en los próximos años Graves intentó desesperadamente reponerse emocionalmente y acomodarse de nuevo a la vida. Se casó y tuvo cuatro hijos muy seguidos, y algunos de sus poemas de la época reflejan su relación con los niños. Pero en general su poesía, que había llegado a un gran público durante la guerra



Peter Graves

por su sencillez y la claridad de su mensaje, se volvió psicológica, filosófica y oscura, de difícil lectura, aunque fascinante. A esta época pertenece «El espejo candelabro», un poema sobre una mujer que, traicionada en amores y atormentada por su

asesinato, se mira en un espejo en un enorme caserón abandonado; en él Graves expresa su estado de ánimo y el terrible vacío de su corazón. El caserón es símbolo de su pasado, de los elevados valores y tradiciones de su infancia destruídos por la guerra



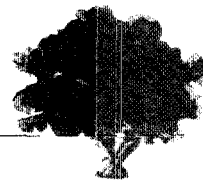
y abandonados. Graves es aquí la persona que se mira y a la vez su propio reflejo, su otro «yo», expresando así su crisis de identidad: *«Oh espejo, por el amor de Dios/ dame siquiera una prueba de que existe/ remota, más allá de este misterio insular/ a este lado de la esperanza, en algún lugar/ en arroyos, en pastos de montaña calentados por el sol/ vida verdadera, aliento natural: no este fantasma»*. Sus poemas estrictamente amorosos son tristes, impregnados del mismo pesimismo y desencanto general que Graves compartía con muchos artistas de la época. En ellos explora el dolor y la culpa en el amor, el desengaño y la traición. Estos sentimientos, así como la idea del otro «yo», también jugarán un papel importante en el mito de su diosa blanca.

Un aspecto interesante de la crisis de Graves en los años veinte, es que aunque implícitamente admitía que la religión, las actitudes morales y los ideales heredados de sus antepasados habían perdido su significado, no rechazó las formas tradicionales de la poesía, como hicieron muchos de sus contemporáneos, abrazando las formas modernistas. Al contrario, insistió en preservar formas tradicionales y perfeccionarlas, antes que darles la espalda, pues reconocía su valor como uno de los pocos que habían sobrevivido a la transformación de su mundo. Se convirtió en un artesano de gran destreza en el uso de palabras, rima y metro. Buscaba la originalidad en su actitud hacia el tema, no en experimentos lingüísticos, y se mantuvo siempre alejado de nuevos estilos poéticos y de círculos vanguardistas. Sin embargo, su voz es nueva, única, personal.

Graves se sentía enajenado y no hallaba a nadie con quien compartir su dedicación casi religiosa a la poesía. El encuentro con la poetisa Laura Riding en este momento de reconstrucción personal tuvo un impacto fulminante. Riding era una

mujer complicada y terriblemente dominante, pero a la vez fuerte y con una capacidad intelectual que logró estimular el intelecto de Graves. Era una voz fresca del continente americano, un continente que no había sufrido el impacto directo de la guerra. Riding se hallaba lo suficientemente distanciada del pesimismo europeo como para poderse preocupar de cuestiones filosóficas eternas sobre el significado de la vida. Para ella la historia había concluido, el tiempo no existía, y estas ideas ayudaron a Graves a distanciarse también de sus circunstancias inmediatas y concentrarse cada vez más en estudiar los orígenes de su cultura en busca de iluminación, cuestionando toda una serie de actitudes y hechos aceptados por nuestra sociedad en historia, mitología y religión –un ejercicio que ya había puesto en práctica en 1925 con su «romance bíblico» *Eliseo y la sunamita*–. Su relación con Riding precipitó el fin de su matrimonio con Nancy, el exorcismo que supuso la escritura de su autobiografía *Adiós a todo eso*, y el abandono de su país con su nueva compañera para instalarse definitivamente en la Mallorca rural. *Fue una virtud no quedarme/ seguir mi obstinado y heroico camino*, dijo en el poema «La diosa blanca».

En los diez años que tuvo que ausentarse de Mallorca, 1936-46, ocurrieron tres cosas de suma importancia. La primera fue la dolorosa ruptura con Laura Riding cuando ésta le dejó por otro y renunció a la poesía. A pesar de las dificultades de su relación y de la megalomanía de Riding, Graves nunca había dejado de admirar su intelecto y de compartir su obsesión por hallar la verdad a través de la poesía, como algo casi divino. Pero, como dijo Graves a Gertrude Stein «El espíritu la abandonó y se convirtió en arcilla común.» La segunda fue el redescubrimiento del amor a través de mi madre, Beryl, que trajo consigo una revivificación de sus po-



A LUCIA, AL NACER

*Aunque la luna sonriendo maternal y blanda te saluda, entre la multitud de recién nacidos,
Con un «bienvenida al mundo», entiende sin embargo que su lujurioso y pálido unicornio
Y su león sanguinario andan sueltos a sus costados: con estrépito de huesos y tantará de
cuernos*

Su estrafalario cortejo desfila por la tierra— peste en la carretera, incendio en el maizal.

Atroz sociedad en la que has nacido, lunáticos de una era real ya desaparecida.

Calcula pues el tiempo lo que eres y haces, no por las épocas de la guerra que ellos siembran.

Escucha como braman; pero no vuelvas la cabeza.

Nada los cambiará, no dejes que ellos te cambien a ti.

(traducción Lucía Graves)

TO LUCIA AT BIRTH

*Though the moon beaming matronly and bland Greets you, among the crowd of the
new-born,*

*With «welcome to the world» yet understand. That still her pale, lascivious unicorn
And bloody lion are loose on either hand: With din of bones and tantará of horn
Their fanciful cortège parades the land—Pest on the high road, wild-fire in the corn.*

Outragous company to be born into, Lunatics of a royal age long dead.

Then reckon time by what you are or do. Not by the epochs of the war they spread.

Hark how they roar; but never turn you head.

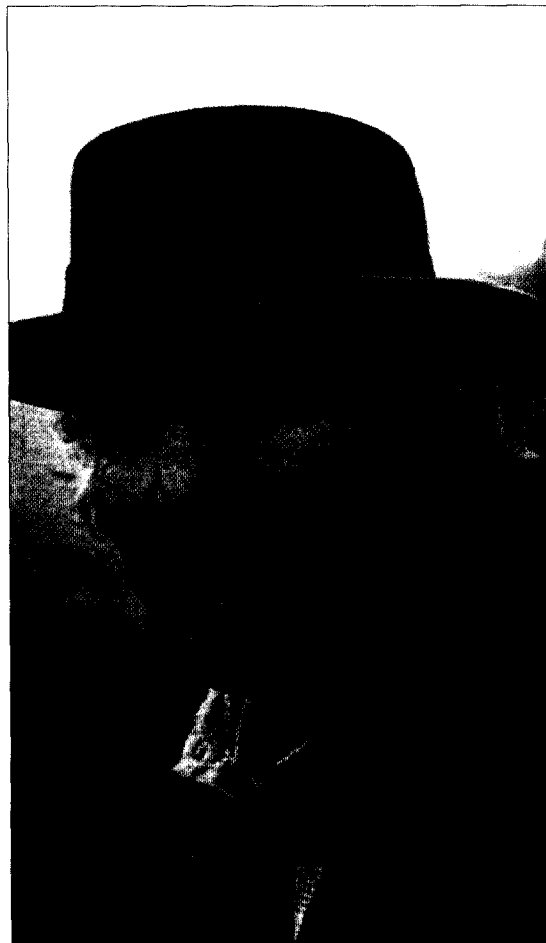
Nothing will change them, let them not change you.

Robert Graves. 1943



deres poéticos: «Despertando súbitamente de una larga hibernación/ me supe una vez más poeta». La tercera fue su libro en prosa *La diosa blanca*.

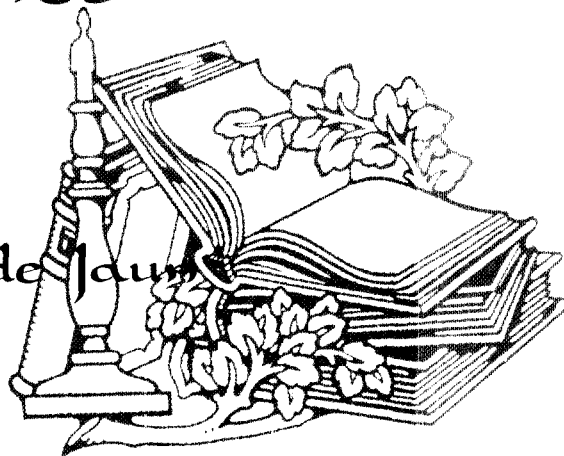
El «descubrimiento» de la diosa blanca en los años cuarenta, supuso el final de una larga y a menudo confusa búsqueda de soluciones a preguntas sobre las paradojas de la vida y el amor, el comportamiento humano y el desequilibrio de la civilización presente, desequilibrio que Graves achaca a la falta de aceptación de lo femenino, y a la generalizada supremacía de la lógica y la razón sobre lo intuitivo y lo mágico. Para Graves, historiador de corazón además de poeta, la fuerza de su tesis radica en que no es una fantasía psicológica, sino que está basada en hechos reales. Tras un riguroso estudio comparativo de mitologías occidentales, Graves expone su convicción de que el mundo occidental estaba regido en tiempos preclásicos por una deidad femenina, la diosa-musa lunar, cuya triple condición de doncella, madre y amortajadora, quedaba simbolizada por las tres fases de la luna. El mundo se regía por el calendario lunar y el hombre respetaba el aspecto mágico de la vida y las fuerzas misteriosas de la naturaleza; la diosa era la fuente de toda sabiduría y la inspiradora de todas las artes. Todas las mitologías occidentales, dice Graves, celebran el «tema único» en alguna de sus múltiples variedades, centrado en el asesinato ritual del dios del año menguante a manos de su gemelo, el dios del año creciente, por el amor de la caprichosa y todopoderosa diosa. Graves demuestra la persistencia de este culto en Europa, hasta bien entrada la edad media, en especial entre los bardos celtas, y explica que todavía prevalece hoy en día, consciente o inconscientemente, en toda «verdadera» poesía. «El poeta», dice Graves, «se identifica con el dios del año creciente y su musa con la diosa: el rival es su hermano de



sangre, su otro yo.» Así pues, Graves halla por fin aquí la explicación al lado brutal de la vida y acepta con humildad los sufrimientos en el amor como parte de un antiguo y predecible ciclo: encuentra, además, una justificación —si es que la necesita— por su obsesión poética y el temprano reconocimiento de sus poderes poéticos. A partir de *La diosa blanca* los poemas de Graves se vuelven más enfocados en el «tema único» y sus imágenes emanar de la misma fuente. El mensaje, sin embargo, no es sólo personal: tiene relevancia para la sociedad presente con sus tendencias feministas, humanísticas y ecológicas, y nos hace con ello partícipes a todos. ■

Colaboraciones

La tercera muerte de Juan



PÍO CARO BAROJA

Vive en un caserón de amplio alero pegado a un regato de agua limpia. A su lado corre un camino que cruza los montes y se pierde a la orilla del viejo mar.

En su torre guarda recuerdos familiares y libros que ha visto desde niño y a los que se fue acercando con timidez hasta abrirlos de par en par. Así pasó años deleitándose con encuadernaciones de pergamino, grabados de boj y capitulares de filigrana coloreada. Luego, poco a poco, se llevó a los labios el sabor de las palabras, le bulleron ideas, tuvo vuelcos su corazón y descubrió los misterios de otras vidas. Y todo fue pasando por el mismo camino hasta terminar en la mano y discurrir con letra pequeña y comprimida sobre un rimero de cuartillas. Por esa senda corrieron historias, vidas, muertes, familias, pueblos, leyendas, mitos y fantasías. De vez en cuando el volar de una bruja o el crujido de la hoguera del Señor Inquisidor.

A veces su mano necesitaba un descanso y entonces quebrando esa continuidad de la palabra rompía su trazo, se liberaba del círculo pequeño y volaba en volutas por el margen del papel hasta tomar altura. Las cuartillas se quedaban chiquitas y su mano buscaba aire en una amplia hoja con tanta alegría en el color como en los seres que tomaban cuerpo de su mano. Y es que el viejo humanista desde niño no sólo conocía de la letra impresa o manuscrita sino también de otros sueños infantiles.

¡Cuántas y cuántas veces había contemplado los grabados de Durero o de Goya! los paisajes de Brueghel «el Viejo» o las figuras monstruosas del Bosco!

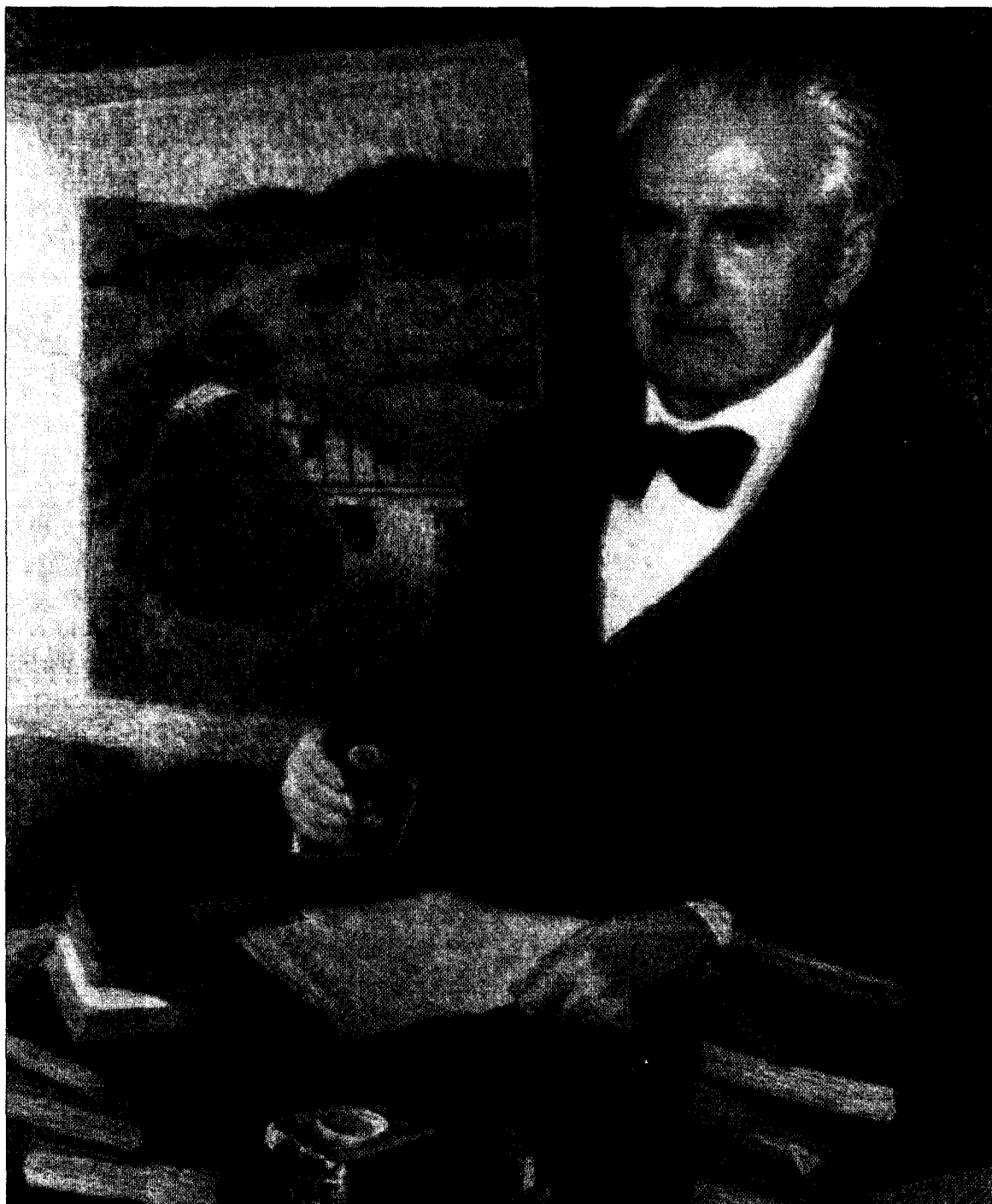
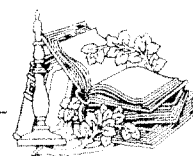
También fue joven, se le vio alguna vez como un seminarista con un paraguas colgado de su brazo, o en la verbena de San Antonio de la Florida entre el aceitazo de los churros con careta y matasuegras, o en las fiestas de los pueblos del Bidasoa con alpargatas blancas conversando con las chicas, invitándolas a helado y hasta se atrevió a bailar algún pasodoble.

Tuvo sus amores tormentosos y nunca perdió su ingenuidad a pesar de sus fracasos. Pasó por momentos tristes de dolor y de penuria y en la madurez, tardíamente, tuvo un reconocimiento general de su trabajo. Siempre dijo su verdad y fue valiente. Sin pedir más de lo que llevaba dentro.

Eran muchos siglos de historia acumulada, muchos siglos de lectura, y sabía lo que era y había sido España, para pedir algo que no llevara dentro y tener un deje de aventura. Todo estaba antes escrito, la sorpresa era mínima, lo mismo en bondad y galanura que en la tristeza de la venganza humana: pasiones, envidias y rencores tenían ya la herrumbre de los siglos.

Después conoció pueblos y paisajes, y aunque siempre presumió de poca salud nunca guardó cama y con boina sufrió los rayos solares del desierto, y con la gabardina los fríos nórdicos. Las tierras de España fueron su campo de trabajo y las aró de arriba abajo con una pluma y un cuaderno.





D. Julio Caro Baroja. Lienzo de 92 x 73 cm. Pintor: Enrique Albizu

Norias, molinos de viento, arados, yugos y carros
pasaron por sus manos, y ahí están en miles de dibujos.
Perfiles de viejos torreones, siluetas de pueblos amura-

llados, filigranas de herraje, dinteles labrados, fechas y
emblemas también corrieron al ritmo de su pulso.

Hoy día, parte de la vida de los sabios y huma-



nistas nos es conocida por la prensa y la televisión y en un momento son compañeros de portada de actores, toreros o deportistas. Pero la vida de estos sabios o humanistas se prolonga despiadadamente, no muere con la belleza o con la gesta, perdura en los papeles borrosos, en cuartillas manuscritas.

Al sabio, al investigador, al escritor, al artista, a la vejez lo acechan sombras, rapaces misteriosas dispuestas a llevarse un trozo de piltrafa. La misma historia se repite constantemente, basta con acumular unos cuantos años.

El sabio, el humanista, el artista, en la vejez, en el atrio de la muerte, ya no se entera de que no sueña el teléfono, de que nadie le llama, de que nadie le pide nada –antes todo era pedir– y de que sólo unos cuantos amigos le visitan. Pronto quedarán vacíos unos butacones de peluche raído y vendrán los codazos por ocuparlos, y en la foto estarán todos. Tampoco cobra jubilación, nunca supo qué era eso, y los pocos ahorros que tenía se los llevó un macarra peinado con gomina, pero tampoco lo sabe. Menos aún que el recaudador de impuestos de su tierra le ha puesto una «paralela». ¿Que es eso? Quizá por no hacer constar en la boleta los miles de folios escritos con amor sobre la vida de su pueblo.

Tampoco recuerda, son muchas cosas que recordar, que un desaprensivo editor al socaire de su amistad le quiso comprar toda su obra escrita y por escribir por unas pesetejas, o que «el pelos», como le llamaba a un tal Ernesto Gutiérrez Nicolás, le robó óleos y grabados, o que otro galerista le apalancó parte de su obra pictórica o que ésta se quemó en el pabellón de Euzkadi en la Expo sevillana. Pero, en fin, callemos, la historia puede repetirse en cualquier momento y aquel personajillo que un día se presentó con un puñado de monedas y un fotógrafo, puede aparecer como un prohombre de la cultura e incluso ostentar un título nobiliario. Todo es cuestión de tiempo.

Jaun dormita sentado en un sillón junto al fuego

envuelto en una manta que le cobija las piernas, a su lado tiene una cama de roble en forma de barco que desprende olor a cera y enfrente una ventana con un prado verde en el que pacen ovejas blancas. En la habitación de al lado, abierta por amplia puerta de cuarterones, se ven las estanterías en las que se alinean sus obras preferidas, todo el pensamiento filosófico del hombre y unos grabados... Ya no tiene fuerza para tomar una antigua edición y repasar hoja a hoja mirando sus estampas, sus manos aparecen blancas, lacias y sin fuerza. Está enfermo. Sólo de tarde en tarde suspira o le sale una llamada quebrada de su garganta.

–¡Pío! ¡Pío!, dice desfallecido. No se sabe si es una llamada al pasado, a los seres que murieron, o un eslabón con el presente.

Al humanista, al sabio, al artista, sólo le espera la parca, que llegue la vieja compañera Atropos con su tijera y corte el hilo que pende de esa rueca en la que trabajó su madre, mi madre.

Va tranquilo, lleva en su mano una antigua moneda de plata por si tiene que pagar al barquero que le pase a la otra orilla. Son amigos, se han visto cientos de veces bajo aquel paisaje de Patinir en el Museo del Prado.

Mientras tanto los ferrones forjan sin cesar un corazón de hierro para que persista su recuerdo, y una verja con el nombre de su casa, Itzea, para preservarlo de las locuras que puedan hacer las sorguiñas en su último aquelarre y no mancillen el pedazo de tierra en el que reposará eternamente.

Pronto Jaun de Alzate morirá por tercera vez. La historia se repite. Hace siglos murió el personaje, en 1956 el autor. Ahora el heredero. Y el viejo dios de los vascos, Urtzi Thor, sin enterarse: ¿qué pasa con vosotros? ¡O es que también habéis muerto! Las plañideras desde hace tiempo ensayan sus lamentos, que correrán como una nube de tormenta en el atardecer de su vida. Los demás, pueblos y personajes, quedamos huérfanos. ■







Nuevos Creadores

◆ Ada Salas

◆ Itinerarios

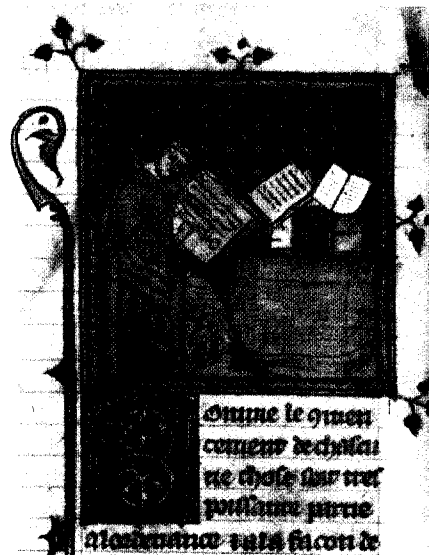
Javier de ZAZUAR



Nuevos Creadores

Ada Sala

Premio Niperión 1994



Acallarse hasta el grito.

Huirse hacia la noche de los huesos.

Hasta el seno del limo donde todo comienza

y el hombre reconoce sus cenizas

y dócil se abandona.

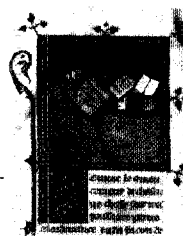
Acallarse hasta el grito.

Huirse hacia la noche de los huesos.

Hasta el seno del limo donde todo comienza

y el hombre reconoce sus cenizas

y dócil se abandona.



Dame seca la sed para invocarte
plvido. El coro de las cosas entona
su reclamo. Se acercan en bandadas
los ruidos de los hombres. A través del balcón
resplandece la tarde.

Dame
no respirar.

Para siempre renuncio a la certeza.

Dame seca la sed para invocarte
olvido. El coro de las cosas entona
su reclamo. Se acercan en bandadas
los ruidos de los hombres. A través del balcón
resplandece la tarde.

Dame
no respirar.

Para siempre renuncio a la certeza.

Nuevos Creadores

Itinerarios

Javier de ZAZUAR

¿QUÉ DIRÍA TOMÁS MORO?

Para encontrar el camino de Utxal es imprescindible perderse.

La ciudad está protegida por tres círculos concéntricos. El primero constituido de bosques de coníferas y eucaliptos, el segundo de estepas y el tercero de un casi interminable desierto. El caminante debe aventurarse por algún sendero forestal de final incierto. Ha de extraviarse y angustiarse en el extravío hasta llegar a la estepa. Durante su tránsito debe sufrir el aburrimiento hasta la linde del desierto y en él, el hambre, la sed y la desesperación. Cuando haya abandonado toda esperanza de alegría y supervivencia, aparecerá Utxal, porque el emplazamiento de la ciudad no es sólo geográfico, sino también sentimental.

Se asienta en la linde del río rojo y del río amarillo, en los límites de la desesperación, protegida por inmensas murallas ciclópeas. Sus callejuelas serpentean en espirales imperfectas hasta el centro geométrico de la misma, en donde se sitúa un cementerio, en el cual el nombre de los difuntos se recuerda por medio de sencillas lajas de pizarra clavadas sobre la tierra fecunda. Sus casas son de piedra, grises, frías y sin adornos.

En sus calles se enseñoa el silencio: no hay vehículos, vendedores vocingleros, curiosos perdiendo el tiempo, ni apenas paseantes. En sus parques no existen las flores, sólo plantas de hoja perenne. Sus instituciones se dedican exclusivamente a la administración, la salud y la cultura. Entre sus habitantes

no hay niños, jóvenes, ni ancianos; sólo gentes de edad indefinida. De las casas, jardines y ríos no salen olores: todo es frío y aséptico.

Ante la ausencia de ruidos y olores, tampoco hay deseos, las gentes circulan indiferentes por las calles, tropezando los unos en los otros, ausentes del entorno y de sí mismos. Van del hospital a la biblioteca; desde allí al cementerio y vuelven caminando, poquito a poquito, hasta encerrarse de nuevo en sus casas.

Sólo hay un medio para salir de Utxal: derramar una lágrima de esperanza o de tristeza ante el desamor.

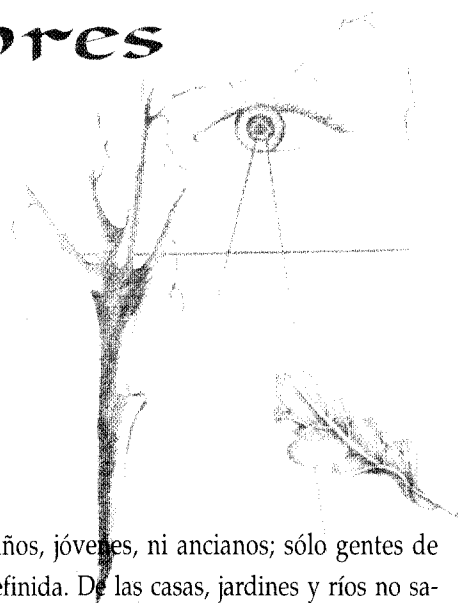
Tras el llanto, el viajero, poco a poco ve desdibujarse la ciudad a su espalda entre la calima del desierto.

Quien se haya adentrado en Utxal, en sus calles pétreas, en sus librerías inmensas, en sus hospitales silenciosos; quien haya convivido con sus gentes vacías o haya pasado el tiempo en las riberas de sus ríos pálidamente coloreados, nunca olvidará el camino y, aunque haya podido evadirse, una y otra vez se encontrará, perdida toda esperanza, en el desierto, al pie de sus murallas.

EL LUGAR ALEJADO DEL SUEÑO

La noche es de hielo, de piedra, de acero, en la ciudad sin sueño.

Los desvelados caminan, en círculos concéntricos, sobre baldosas de niebla. Sus pasos les llevan, en desmayada procesión, hasta los aledaños de la catedral derruida. En donde estuvo el coro se encuentra instalado un coloreado tiovivo, formado por la reverberación de misteriosas luces en la bruma nocturna. En medio, apenas velada por el sube y ba-



ja de los caballitos, está ella: la mujer mágica.

Los insomnes la contemplan ausentes, desde la duermevela. Rien y rien, abriendo desmesuradamente las bocas, sin que un solo ruido desgarré el silencio de cuarzo de la noche, plagada de ojos desmesuradamente abiertos.

Un día la conocí a ella, la mariposa rubia de grandes alas. Me llevó a su nido susurrando tibias palabras. Meciéndome en su cuerpo me tendió en el lecho, mientras un murmullo suave de agua nos arrastraba hacia la ilusión de un océano desconocido y la tierra fecunda de su vientre me enterraba en un calambre inacabable de insospechado placer.

A la mañana siguiente amanecí completamente escarchado por las escamas de sus alas, justo a tiempo de ver como ella, la mujer mágica, desaparecía volando por la ventana.

Desde entonces no duermo; paseo durante toda la noche por la ciudad sin sueño, por la ciudad de piedra, de acero, de hielo, describiendo círculos concéntricos, tras los pasos de los desvelados, con la eterna esperanza de encontrar el camino hacia la catedral derruida y el tiovivo, en cuyo centro geométrico está ella, batiendo suavemente las alas, ajena por entero a nuestras miradas.

LA MIRADA DE BORGES

Cuando en Itmal un asesino empuña la daga, suena un bandleón.

Si el viajero se interesa por conocer Itmal debe, primero, desearlo mucho. Tras largo período de anhelo encontrará el camino.

Se llega a la ciudad por un zigurat invertido clavado en la tierra, de deslizantes y curvilíneas rampas, cuyo acceso está vedado a quien

no se haga acompañar del maestro enfundado en negro sayal y sin rostro. A la luz de la antorcha, el peregrino ha de ir aprendiendo el significado de todos y cada uno de los jeroglíficos impresos en las paredes.

Después de un arduo descenso, abandonado por el fantasmal maestro, debe enfrentarse a cada uno de los peligros agazapados tras los recovecos del inmenso laberinto de paredes terrosas, con la amenaza omnipresente (pero nunca efectiva) de verse obligado a luchar, en desigual lid, con el minotauro.

Quienes perseveran y vencen también la resistencia del laberinto pueden penetrar en Itmal. Allí no se encuentran con nada; sólo con la oscuridad, la soledad y el silencio: es una ciudad labrada en el viento nocturno.

Cuando en Itmal un asesino empuña la navaja, la oscuridad se ve desgarrada por el rayo, mientras





en la lejanía suena un bandoneón.

Quien visita esta ciudad no tiene tiempo en la vida para acudir a ninguna otra; a lo sumo, mientras muere a manos del asesino, percibirá en su nuca el aliento de algún discípulo, luchando con el minotauro, ansioso por entrar en Itmal.

BIGUÑA GARCÍA

FREUD SE TAPABA LOS OJOS

A Uxmal se llega, desde Mérida, por una carretera cuajada de mariposas blancas y amarillas.

De Uxmal se salía, con el corazón arrancado del pecho, desde la pirámide del templo mayor.

En la ciudad pétrea, asediada por la selva, se vivía para satisfacer a los dioses terribles del sol, la lluvia o las enfermedades. Nadie en Uxmal tenía individualidad. Todos nacían, crecían, procreaban, luchaban y se dejaban sacrificar para mantener un precario equilibrio cósmico. La persona no existía, era sólo una diminuta sombra de la grandiosidad de los dioses... y Freud se tapaba los ojos.

A Uxmal llegaron teules barbados, algunos a pie, otros fundidos con espantosos animales de cuatro patas, procedentes de un mágico y lejano país llamado Castilla y la encontraron ya desierta, enseñoreada por la selva, las serpientes y los jaguares. Un día, antes de nacer, se despertó Freud y los habitantes de la ciudad comenzaron a quejarse del sacrificio de los mejores ciudadanos para satisfacción de los dioses.

Como ni los sacerdotes, ni los señores les escucharon, huyeron de la ciudad maldita y la dejaron desierta, con el impresionante falo pétreo clavado en un calvero selvático, convertido en nido de pacíficas iguanas.

A Uxmal llegan hoy multitud de turistas y ningún peregrino, por una carretera resbaladiza cuajada de mariposas amarillas y blancas.

Al poco de estar allí se sienten incómodos y huyen, a veces despavoridos, en búsqueda de alguna hamburguesería americana, desde donde poder oficiar a dioses menos

cruentos.

Uxmal, poco a poco, desde hace siglos, se sumerge en una marea verde.

GEOMETRÍA

Era un hombre permanentemente atrapado en una idea. Para él, todos los actos giraban en torno al vaporoso recuerdo de sus padres. La vida era un continuo girar, en concéntricos círculos, sobre la añoranza de la infancia perdida.

Pasado el tiempo se encontró padre de unos niños, cuyos pasos giraban, en círculos concéntricos, sobre su persona.

Una noche no pudo aguantarlo más. Trazó una tangente en el punto de intersección de ambas circunferencias y por ella, se perdió en la oscuridad para siempre. ■





Monografía

La Ciencia farmacéutica en el Ateneo

- ☛ El protagonismo del Ateneo en la renovación de la Ciencia española

José Luis ABELLÁN

- ☛ El Ateneo y la Ciencia farmacéutica

Daniel PACHECO FERNÁNDEZ

- ☛ Laureano Calderón y Arana (1847-1895)

F. Javier PUERTO

- ☛ José Rodríguez Carracido (1856-1928)

Juan Manuel REOL TEJADA

- ☛ Blas Lázaro Ibiza (1851-1921)

Antonio GONZÁLEZ BUENO

- ☛ Joaquín Olmedilla y Puig (1842-1914)

Juan ESTEVA DE SAGREDA

- ☛ Semblanza biográfica de José Casares Gil (1866-1961)

Benito del CASTILLO GARCÍA

- ☛ Baldomero Bonet (1857-1925)

Alejandro DÍEZ TORRE





Inauguración oficial del edificio actual del Ateneo de Madrid la noche del 31 de enero de 1884.

Monografía

La Ciencia farmacéutica en el Ateneo

El protagonismo del Ateneo en la renovación de la Ciencia española

José Luis ABELLÁN

Catedrático de Historia de la Filosofía Española. Universidad Complutense, Madrid.

Como es sabido, las ciencias físico-naturales sufrieron un extraordinario desarrollo en toda Europa durante la segunda mitad del siglo XIX. Aunque España adolecía de un retraso científico secular, no dejó de incorporarse al movimiento, si bien en el modesto nivel que le correspondía, como consecuencia de dicho atraso. Es cierto que para ello tuvo que enfrentarse a rémoras y obstáculos muy poderosos; remover esas dificultades supuso un gran esfuerzo, pues no podía contar con el soporte de la institución que, por su misma naturaleza, debía prestarle el principal apoyo. Me refiero lógicamente a la Universidad, que seguía hundida en la inercia y en la decadencia, como las «cuestiones universitarias» de 1867 y de 1875 demostraron ampliamente con sus respectivas expulsiones de catedráticos y profesores. Sólo los «caballeros andantes del krausismo español» –como dijo Unamuno– lograron salvar en forma mínima y a un enorme coste social el honor universitario.

La verdad es que la Universidad no hacía sino responder al estado de la misma sociedad española: pacata, timorata, atrasada y hundida en la incultura, por el peso secular de una Iglesia retrógrada, reaccionaria y antimoderna. Muy próximo estaba todavía el *Syllabus*, de 1854, y el reciente Concilio Vaticano I (1869-70), de ingrato recuerdo. En esas condiciones la beatería se había apoderado de unas clase media sin resortes ni fuerza moral, acobarda-

da y encogida por una mentalidad inquisitorial (aunque la Inquisición como institución hubiese desaparecido hacia ya muchos años), que todavía se mantenía vigente en numerosos sectores sociales.

En ese medio social y universitario el Ateneo –no lo olvidemos, Científico, Literario y Artístico– va a adquirir un protagonismo inusitado, tomando la cuestión en su núcleo candente, que era el trasfondo filosófico de la renovación científica decimonónica. Y este último fundamento filosófico no podía ser otro que la fecundidad adquirida por el positivismo como eje de la citada renovación.

El hecho resulta palmario cuando se examinan los documentos de la época. José Luis Aranguren, que con tan fino sentido ha estudiado la moral social del XIX, es tajante al respecto cuando afirma que la Restauración es «la hora de la recepción social en España del positivismo».¹ En efecto, nada más empezar el régimen canovista en 1875 el viraje se hace notar en todas partes y muy particularmente en el Ateneo, que fue eje de la revolución intelectual española del momento. Como decíamos antes, los documentos hablan por sí solos. Francisco M. Tubino, que a fines de 1875 hace la reseña crítica de las novedades intelectuales en el Ateneo no deja lugar a dudas; en la *Revista de España* y en el último número del año lo dice sin ningún tipo de atenuantes: Desde

¹ J.L. ARANGUREN, *Moral y Sociedad. La moral social española en el siglo XIX*, Madrid, 1966; pág. 164.



José Echegaray

el primer día, en el año académico que vive el Ateneo, notó algo nuevo y desusado. En todos lados no se hablaba más que del positivismo.² Desde las antiguas escuelas espiritualistas hasta los indiferentes y escépticos, pasando por los racionalistas, todos sin excepción sentíanse obligados a considerar en serio el movimiento científico positivista, que al cabo se reconoció imperante en la Europa.³ Todo lo cual le hacía presagiar el interesado cronista una crisis muy profunda del pensamiento nacional, como señala en el mismo título de su largo ensayo, sin que ello le lleve a dudar ni por un momento en el triunfo final del nuevo movimiento: *Todo anuncia* —decía unas páginas anteriores— *el advenimiento fatal de una evolución gravísima en el pensamiento español, y lo anuncia hasta la misma turbación que se descubre en todas las escuelas constituidas, en todas las tendencias históricas, en los talentos que parecían más granados y en las conciencias que se decían más firmes y tranquilas.* Pero el sentido ideológico de esa evolución se hace expreso unas líneas más abajo de modo inequívoco cuando dice: *Hoy la lucha no se libra entre*

*un criterio y otro criterio en la esfera política o de la forma; ahora el combate es más hondo, es entre el idealismo y el positivismo, entre la metafísica —tome éste o aquél nombre— y las ciencias inductivas.*⁴

Leyendo el artículo que comentamos se nota que el autor está orgulloso del protagonismo del Ateneo en esta nueva revolución del pensamiento; de aquí que, en cierto momento, escriba: *No hay reforma de cierta índole, que no haya apuntado y crecido en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, como no hay idea progresiva que no encuentre en su recinto, por lo menos, garantía para ser anunciada, expuesta, defendida y ventilada.*⁵ El lector que lea éste y otros párrafos del mismo estilo sin duda pensará que el Ateneo gozó de un absoluto monopolio en la renovación científica y filosófica de la época, pero eso no es cierto, puesto que la Institución Libre de Enseñanza compartió con él la vanguardia del pensamiento. El año de nacimiento de ésta —1876— nos indica claramente como también ella obedece a los imperativos de la época, dentro de un ambiente que pedía a gritos la renovación de una Universidad, que había caído en niveles de desprestigio rayamos en la vergüenza. En esa situación su regeneración no puede venir de un mundo interno; necesita que algún reactivo extrauniversitario actúe como revulsivo de un estado y la obligue a superar la lamentable decadencia en que se halla. A ello contribuirán de consuno ambas instituciones, como trataremos de mostrar.

Es un hecho que uno de los pilares de la Institución Libre de Enseñanza va a ser Gumersindo de Azcárate, uno de los catedráticos

² F.M. TUBINO, «La crisis del pensamiento nacional y el positivismo en el Ateneo», en *Revista de España*, tomo XLVII, noviembre-diciembre, 1875; pág. 444.

³ *Ibid.* pág. 445.

⁴ *Ibid.* pág. 431.

⁵ *Ibid.* pág. 431.



Francisco M. Tubino

expulsados de la Universidad en 1875 por el decreto del ministro Orovio –como lo fueron también González Linares y Laureano Calderón, de la Universidad de Santiago; y Giner de los Ríos y Salmerón, de la de Madrid–, pero el mismo Azcárate será también en ese año académico presidente de la Sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo, lo que le hizo asistir a las apasionadas discusiones que tuvieron lugar durante el curso sobre el modo en que el positivismo –el nuevo credo científico– afectaba a la religión y a la moral. Sobre ello ya nos había advertido Tubino en el artículo antes citado cuando dice: «*el hecho es que el positivismo ha sido llamado a juicio en el Ateneo, no con ánimo hostil, sino con muy grandes deseos de conocerle y juzgarle en justicia. Y nótese bien; de las filas de los metafísicos en crisis, partió la iniciativa.* Colocando la discusión en el terreno donde los psicólogos han usado presentar sus batallas, esto es, el de las ciencias mora-



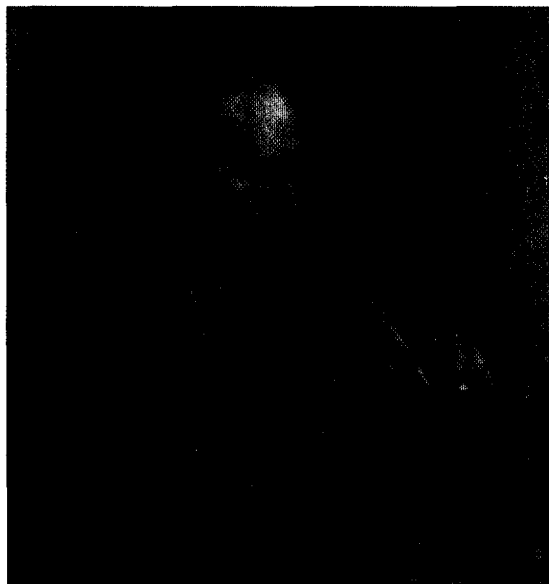
Gumersindo de Azcárate

les y políticas, adelantáronse a una especie de información preliminar, preguntando *si era cierto que las tendencias positivas de las ciencias físicas y exactas debían arruinar las grandes verdades religiosas y morales sobre que la sociedad descansa*».⁶

La alusión a Azcárate en el párrafo no puede ser más clara, puesto que no sólo partió de él la iniciativa de animar el debate, sino que lo hace como responsable de la sección de Ciencias Morales y Políticas. En efecto, así lo va a reconocer el propio Azcárate cuando, al final del curso, en mayo de 1876, pronuncia un discurso titulado «El positivismo en el Ateneo», donde resume los debates habidos durante aquel año. El mismo parece alarmado cuando dice que «el positivismo sólo conoce hechos y por eso niega la esencia o no la conoce, y al negarla, o declararla



⁶, *Ibid.* pág. 445.



Santiago Ramón y Cajal

fuera de su dominio hace imposible el ideal».⁷ De aquí que, si las consecuencias son nefastas para la religión, igual o peores resultan para la moral y así lo manifiesta: *Más tristes, si cabe, son todavía las soluciones del positivismo en el orden moral. Desde el momento en que se niegan los ideales y no se proclaman principios absolutos, se hace imposible la abnegación y el sacrificio aún sustituyendo a estos principios la conciencia individual como regla de conducta, declaración que solo prueba, como ha dicho un ilustre filósofo francés, que es mucho mejor el corazón que la cabeza de los materialistas. El positivismo ontológico, que no solo no declara incognoscible otra esencia superior, sino que la niega, no puede tener otra moral que la del placer y el dolor.*⁸

Azcárate acaba su discurso arrimando el ascua a su sardina y propugnando un entendimiento entre positivismo e idealismo; esta es su postura: *Lo que hace falta es que el positivismo entre por ancho campo, que, tras el fenómeno encuentre la esencia, y que no se oponga a la religión ni a la metafísica, porque la religión y la metafísica representan lo eterno y lo absoluto, que no*

*puede morir ni a manos de las escuelas positivistas ni a manos de ninguna escuela.*⁹ Es obvio que, al hacer tal declaración, Azcárate está manifestándose como un adelantado del krausismo-positivismo, que tanto predicamento alcanzará en el ambiente intelectual madrileño de los últimos veinte años del siglo XIX.

Al hacer esta descripción del ambiente del Ateneo en esos años no podemos dejar de señalar que las discusiones no pasaron apenas el nivel formal de los planteamientos gnoseológicos, pero abrieron un frente mucho más fecundo desde el punto de vista de las Ciencias Físicas y Naturales, cuya sección estuvo presidida por José de Echegaray y donde la cuestión del positivismo se planteó en la línea del evolucionismo entonces en boga, con esta cuestión: «¿Puede y debe considerarse la vida de los seres organizados como transformación de la energía universal?». Es en este ámbito de las Ciencias Físico-Naturales donde entroncaron las eminentes figuras de la Ciencia Farmacéutica que se estudian a continuación; precisamente en alguna de ellas –como es el caso de Blas Lázaro Ibiza– se ejemplifica personalmente la tesis fundamental que hemos mantenido aquí: la estrecha vinculación intelectual y científica entre la Institución Libre de Enseñanza y el Ateneo de Madrid, como protagonistas ambos de la renovación intelectual y científica que tuvo lugar a fines del siglo XIX y encontrará su culminación en el siguiente con la fundación en 1907 de la Junta para ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, presidida por quien era el representante máximo de la ciencia española del momento: don Santiago Ramón y Cajal. ■

⁷ Gumersindo de Azcárate, «El positivismo en el Ateneo de Madrid», *Revista Contemporánea*, tomo III, abril-mayo 1876; pág. 354.

⁸ *Ibid.* pág. 263.

⁹ *Ibid.* pág. 367.

Monografía

La Ciencia farmacéutica en el Ateneo

El Ateneo y la Ciencia farmacéutica

Daniel PACHECO FERNÁNDEZ

Presidente de la Sección de Farmacia del Ateneo de Madrid.

En este artículo, se alude a la vinculación existente entre una institución cultural relevante en España como es el Ateneo de Madrid y la Farmacia a través de algunas de sus más sobresalientes representantes que formaron parte de la llamada Docta Casa. Expondremos el origen y fines de la Institución; las actividades intrínsecas del Ateneo, contempladas bajo una triple vertiente: Academia científica, Instituto de Enseñanza y Círculo Literario; los cursos y conferencias, en especial las pronunciadas dentro de los Estudios de Ampliación de Farmacia impartidos por ilustres catedráticos farmacéuticos como Laureano Calderón y Arana, José Rodríguez Carracido, Joaquín Olmedilla y Puig, Blas Lázaro e Ibiza, Baldomero Bonet y Bonet y José Casares Gil y por último reseñar las actividades desarrolladas en el Ateneo por su recientemente -1987- creada Sección de Farmacia.

ORIGEN Y FINES DEL ATENEO

El 14 de mayo de 1820, según narra el historiador Rafael María de Labra, cronista oficial del Ateneo de Madrid, noventa y dos ciudadanos firmaban los Estatutos para el régimen y gobierno de una asociación que por este acto se constituía con el nombre de El Ateneo Español, y que debía vivir (según el art. 40) mientras hubiera diez individuos que se opusieran a su disolución, detalle que patentiza la fe y la energía que aquellos hombres entusiastas ponían en todas sus obras.

El objeto de la sociedad era (según el art.2): «discutir, tranquila y amistosamente, cuestiones de legislación, de política, de economía y, en general, de toda materia que se reconociera de pública utilidad, a fin de rectificar sus ideas los individuos que la componían ejercitándose al mismo tiempo en el difícil arte de la oratoria; llamar la atención de las cortes o del Rey con representaciones legales en que la franqueza brillase a la par del decoro; y por último, propagar por todos los medios los conocimientos útiles».

También el reglamento hacía referencia a que «se invitaría a los salones del Ateneo a personas de ambos sexos, distinguidos por su amor a la ilustración», a la vez que añadía «se profesarán enseñanzas de ciencias análogas a los objetivos que se proponía la sociedad por medio de cátedras públicas». Ya en su origen se ve el carácter acentuadamente político y profundamente liberal de aquella institución, pero todavía es más explícito el breve preámbulo de esos mismos estatutos: «sin ilustración pública no hay verdadera libertad: de aquella dependen principalmente la consolidación y progresos del sistema constitucional, y la fiel observancia de las nuevas instituciones». Estos patrióticos ciudadanos, pues los fundadores del Ateneo le apellidaban Sociedad Patriótica y Literaria, cabe pensar que harían cuanto estuviese a su alcance, y a fe que lo consiguieron, por propagar el saber entre sus conciudadanos.

A juicio de historiadores contemporáneos como Tomás Mallo Gutiérrez y Francisco Villacorta Baños, el Ateneo nace como institución de transición y puente entre la Ilustración y el Liberalismo con un programa social tendente a la realización de una instrucción pública.



Sede de la antigua Facultad de Farmacia en Madrid

Cerrado en 1823 por el movimiento reaccionario, el Ateneo reaparece en 1835 ya como Ateneo científico, artístico y literario, con el mismo espíritu político como revela el discurso inaugural del duque de Rivas: *«Instalado queda ya -decía- el Ateneo, que con la ilustración y patriótico celo de los señores que lo establecen y con las luces de los nuevos individuos que espera admitir continuamente en su seno, dedicará sus constantes tareas a difundir las luces por todas las clases de la sociedad y a vulgarizar los conocimientos útiles para que así se afiancen sobre las verdaderas bases los principios políticos que hacen la felicidad de los pueblos y la preponderancia de las naciones»*. Nobles intenciones que incluso llegaron a cumplirse. Y de lo que no cabe ninguna duda es que el Ateneo de Madrid constituye *«una de las libres asociaciones de ciudadanos, nacidas a la sombra de la libertad»*.

HOGAR INTELECTUAL, SOCIEDAD DE DEBATES Y TRIBUNA PÚBLICA

El Ateneo ha sido a lo largo de su historia un centro configurador de una cultura nacional y lugar privilegiado de popularización y extensión liberal (en sus diversas versiones: moderada, conservadora, progresista, democratizadora) de la sociedad civil como señala Alejandro R. Díez Torre al hablar del Ateneo de Madrid y la regeneración científica decimonónica.

Además, de lo que nunca estuvo exento el Ateneo como dijo Rafael M^a de Labra fue *«de un carácter político que le permitía examinar y discutir desde las alturas de la ciencia y el orden superior de los principios, las cuestiones constitucionales y sociales que preocuparon fuertemente a la generación que restableció en España la Constitución de 1812 e hizo luego la Constitución de 1837»*. Para este singular historiador el Ateneo fue el gran Centro de Educación cívica y política y de preparación sistemática de la opinión pública en España. Y hay quien, Giner entre otros, lo definía como la gran Universidad Libre de España.

Una característica propia de los ateneístas es que éstos siempre han usado libérrimamente la palabra y con exquisita cortesía han entronizado en su actividad o encuentros diarios la tolerancia o el respeto a las ideas. El diálogo se puede decir que es el supremo ejercicio ateneísta. Y es que en el Ateneo de las amistades y del pensar en voz alta han hablado todos y de todo y además, y esto es lo verdaderamente importante, se han hablado unos a otros, se ha dialogado. Aunque en él se enfrentan los parlamentaristas y los presidencialistas, los monárquicos y republicanos, los proteccionistas y los librecambistas, los abstencionistas y los intervencionistas, los centralistas y los regionalistas, los economistas clásicos y los socialistas, los laicos y los clericales. Podríamos decir que el ateneísmo es una actividad tan noble como rutinaria.

Libertad y tolerancia siempre han estado unidas en el Ateneo y así escribe Unamuno: *«hubo un tiempo*



Tertulia de Rebotica sobre la alimentación de los españoles. Marzo de 1991.



en que el Ateneo fue el refugio de la libertad de pensamiento». Marañón, también presidente de la docta casa, decía «El Ateneo representa la expresión del estado de opinión del país». Y ahondando más, Cánovas del Castillo -árbitro de las libertades civiles en España y fervoroso presidente ateneísta- sostenía que «en el Ateneo se podía decir todo lo que fuera de él no era permitido se dijera».

Es por todo ello por lo que el Ateneo como círculo de convivencia se le ha designado por muchos autores como hogar espiritual de los intelectuales. El historiador Ruiz Salvador dice al respecto: «al Ateneo se ha ido a estudiar, a leer el periódico, a pronunciar un discurso, a escucharlo, a atacarlo o a defenderlo, a alborotar en la Cacharrería, a participar en las tertulias y a charlar en los pasillos». Y en sus salones como apunta Azaña convivieron distintas generaciones que le dieron vida. Una primera generación romántica, -con figuras como Olózaga, Alcalá Galiano, Argüelles, Martínez de la Rosa, Quintana,

el Duque de Rivas- impulsora del régimen liberal y cuyo propósito primordial era la discusión de las nuevas ideas; una segunda generación: de la Restauración y el Moderantismo -con Campoamor, Valera, Castelar, Moret, Moreno Nieto y Cánovas como más fieles representantes- que afianzaron el bipartidismo parlamentario español; y una tercera generación: del Desastre que agrupó entre otros a los hombres más valiosos del 98 -Unamuno, Azorín, Valle-Inclán, Joaquín Costa y Ortega y Gasset- que lucharon por la regeneración de la sociedad española.

En el Ateneo las relaciones entre el campo del poder y el mundo intelectual son evidentes, y así durante el siglo XIX el Ateneo era considerado la antesala del Congreso de tal manera que el partido derrotado iniciaba la reconquista de la opinión pública desde la tribuna ateneísta que el partido vencedor había dejado desierta. Tribuna que ha sido el primer centro de opinión pública, merced a la atención que



le prestó la prensa y el eco y la colaboración que tuvo de los grupos intelectuales.

Los debates en la sociedad española de finales del siglo pasado sobre temas como el krausismo, el libre-cambismo, el positivismo o el debate de la ciencia española alcanzaron su cenit en el Ateneo y en ellos participaron positivistas como Laureano Calderón, Carracido, Tubino, Cortezo y Simarro; neokantianos como Perojo y Revilla; krausistas como Azcarate, Labra y Canalejas; hegelianos como Montoro y Fabié; tradicionalistas y católicos como Moreno Nieto, el padre Sánchez y Rodríguez San Pedro.

ACTIVIDADES ATENEÍSTICAS FARMACÉUTICAS

La actividad del Ateneo científico, literario y artístico de Madrid es tan compleja como su nombre; la cátedra, sobre todo a partir de la creación de la Escuela de estudios superiores en 1896, le da un perfil universitario; las secciones lo convierten en sociedad de debates, las exposiciones en galería de arte, las veladas musicales en sala de conciertos. Y por encima de todo está su dimensión política y el carácter liberal de la institución –se ha señalado que el borrador de la historia de España se escribió en el Ateneo y que las constituciones de 1837 y 1869 por ejemplo, son la realización de principios fraguados en discursos y cátedras ateneístas–.

En este contexto la Ciencia encontró en el Ateneo un lugar propicio para su divulgación y fue a través de sus Cátedras y los debates de sus Secciones como llegaron a conocerse las teorías científicas propugnadas en el resto de Europa, referentes a las corrientes de pensamiento como el krausismo, hegelismo, positivismo, spencerismo, darwinismo, etc.

La ciencia farmacéutica fue un claro exponente de la materialización de estas tendencias en lo que constituiría la ciencia experimental. Y así, durante el último tercio del siglo XIX y primero del actual destacados catedráticos de la Facultad de Farmacia lle-

varon a cabo, a través de la tribuna del Ateneo, una gran labor de divulgación científica contribuyendo a que la población española se impregnara de los avances más recientes en el campo de la ciencia. Entre los farmacéuticos que realizaron este acercamiento del saber científico a la sociedad desde las Cátedras y Secciones del Ateneo podemos destacar a dos grandes figuras de la ciencia: Laureano Calderón y Arana y José Rodríguez Carracido.

Laureano Calderón y Arana (1847-1894) primer catedrático de Bioquímica en España en 1880, vinculado a la Institución de Libre Enseñanza, donde profesaba su antiguo colega de infortunios y ex-catedrático compostelano Augusto González Linares, junto a otro destacado y discípulo doctor farmacéutico, Francisco Quiroga. Laureano Calderón había estado exiliado en París donde trabajó, ampliando su especialización físico-química en el laboratorio del célebre Berthelot y continuó estudios de cristalografía en Strasburgo con el prestigioso Groth. Calderón sostuvo en el Ateneo (1882) la defensa del darwinismo, naturalismo y la evolución frente a las corrientes defendidas por el ultramontano P. Sánchez. Fue en el Ateneo presidente de la mesa de la Sección de Ciencias Físicas y Naturales durante los cursos del 1884-85, 1890-91 y 1891-92, donde impartió conferencias como «Estado actual de los estudios de Ciencias Naturales» –conferencia inaugural de los debates con motivo de la apertura del nuevo edificio del Ateneo, actual enclave de Prado 21, leída el 1 de Febrero de 1884–, «La Universidad en Alemania», «Algunas ideas acerca de la cuestión agrícola», «Origen y aparición de la vida: el protoplasma», «La cuestión social y las ciencias naturales» –conferencia de clausura del curso de 1890-91 del Ateneo de Madrid–.

Laureano Calderón introdujo en estas conferencias ideas tales como la de que el movimiento es el agente de todos los fenómenos de la física y la quí-



Tertulia de Rebotica sobre "Remedios Miticos". Junio de 1994.



mica y que las ciencias de la naturaleza se explican y se fundan a través de la idea de la fuerza, en la cual tiende a resumirse la idea de la materia.

El Ateneo por medio de su Sección de Ciencias que presidía Rodríguez Carracido rindió un emotivo homenaje el día 9 de Marzo de 1894 a Laureano Calderón donde participaron entre otros Azcarate y Menéndez Pelayo, presidente y vicepresidente de la Junta de Gobierno del Ateneo de Madrid.

Igualmente Segismundo Moret le rindió tributo en el discurso de inauguración de presidencia del curso de 1894-95 al hablar del Ateneo de Madrid en la vida científica española.

José Rodríguez Carracido (1856-1928), el más insigne representante de la Farmacia española, cate-drático de Química Biológica, senador vitalicio, decano de la facultad de Farmacia de Madrid, rector de la Universidad Central, miembro de las Reales Academias de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Medicina, Historia y Española. En el Ateneo fue vi-

cepresidente 1º, estando propuesto para presidente pero renunció a tal distinción. Discípulo de Laureano Calderón, ingresó en el Ateneo en 1876 con el número 3.699 y pronunció en esta institución durante cuatro décadas más de un centenar de lecciones entre conferencias y las clases de la Escuela de Estudios Superiores, además de participar activa-mente en los debates organizados por la Sección de Ciencias Físicas y Naturales sobre temas como el po-sitivismo y el estado de las ciencias naturales en las dos últimas décadas del siglo XIX.

Fue presidente de esta Sección en 8 cursos du-rante los quince primeros años de este siglo y llegó a participar en otras Secciones como la de Literatura y Bellas Artes. En la Escuela de Estudios Superiores que funcionó en el Ateneo de 1896 a 1907 dictó 86 lecciones en cuatro cursos sobre problemas bioquí-micos. Para darnos una idea acerca de la labor de Carracido en el Ateneo, y en relación a las clases que dio en esta Escuela de Estudios Superiores, su Ilustre

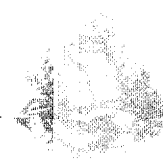


Participantes en la Tertulia de Rebotica sobre Pío Baroja con la presencia de Julio Caro Baroja. Abril de 1992.

Rector, el físico y premio nobel de Literatura José Echegaray —que fue presidente del Ateneo en 1899—, comentaba lo siguiente: *«Las clases de Carracido son seguidas con gran atención por numeroso público y pronunciadas de forma bella y atractiva. Venir aquí es como asistir a la representación de un drama. Tal es el colorido, la animación, la vida que a sus explicaciones imparte el Señor Carracido, a pesar de lo ingrato y poco poético de la materia»*.

De sus múltiples conferencias en las memorias de secretaría del Ateneo de Madrid aparecen recogidas desde la pronunciada en 1880 sobre «Mecánica Química», hasta la referida al «Estado actual de los problemas y métodos de la Química Biológica» dictada en 1916. Entre ambas, otras tales como «Exposición de los métodos experimentales» dentro de un curso de Ciencias Naturales, «La Alquimia y los alquimistas», «El estado actual de la Zoología», «Don Agustín José Mestre y los farmacéuticos españoles», «Enseñanza de las Ciencias Naturales en

España», «Reorganización de las Universidades», «La evolución química del Cosmos», «Los metalúrgicos españoles en América» conferencia incluida en las actividades conmemorativas del IV Centenario del Encuentro del Nuevo Mundo, «Curso sobre la opinión pública y el Parlamento», «La Universidad de Santiago», «Reflexiones teóricas acerca de los bólidos», «El arte compostelano» dentro de la Sociedad Especial de Excursionistas del Ateneo, «El trabajo humano y la alimentación» correspondiente a las conferencias impartidas a los obreros los domingos y días festivos por la Extensión Universitaria del Ateneo de Madrid en 1904, tras la aprobación de la Ley de descanso dominical, «Las Ciencias en España al iniciarse la edad contemporánea», conferencia que formaba parte de un curso de historia política contemporánea que se organizó en el Ateneo en 1907. También en la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo, Carracido dio conferencias como la pronunciada en 1911 sobre «El Obispo de Orense».



ESTUDIOS DE AMPLIACIÓN DE FARMACIA

Las actividades farmacéuticas alcanzan en el Ateneo su punto culminante durante los cursos de 1908-09 y 1909-10 cuando, merced a la influencia de Carracido, se desarrollan Estudios de Ampliación de Farmacia impartidos por profesores de la Facultad de Farmacia de Madrid. En estos Estudios pronunciaron conferencias las siguientes personalidades:

– **José Rodríguez Carracido**, que participó en los Estudios de Ampliación de Farmacia con dos conferencias, la primera del curso de 1908-1909, «La obra científica de Berthelot» (7-III-1909), y la última conferencia del curso de 1909-1910, «La síntesis de la albúmina» (24-IV-1910).

– **Baldomero Bonet y Bonet** (1857-1925), Catedrático de Química Orgánica, que impartió las conferencias «Influencia de la química orgánica en el progreso social» (28-III-1909), y «La síntesis química» (17-IV-1910).

– **Joaquín Olmedilla y Puig** (1842-1914), Catedrático Supernumerario de Farmacia Práctica y Legislación Farmacéutica, que dio dos conferencias: «Importancia de la bibliografía en la Farmacia» (25-IV-1909), e «Intervención de la química en algunas causas célebres» (10-IV-1910). Olmedilla pronunció en el Ateneo otras tres conferencias sobre «El verdadero valor de los descubrimientos científicos», «Las relaciones de la Ciencia y la Poesía» y «Recuerdos del acto de coronación del poeta Quintana».

– **Blas Lázaro e Ibiza** (1858-1921), Catedrático de botánica que participó en las conferencias de los Estudios de Ampliación de Farmacia con la titulada «Conquista del suelo por los vegetales» (3-IV-1910). Lázaro e Ibiza en el Ateneo impartió también un curso de flora criptogámica durante 1901-02 y pronunció una conferencia dentro de la Extensión Universitaria titulada «La práctica de injertos».

– **José Casares Gil** (1866-1961), Catedrático de

Análisis Químico que intervino en los Estudios de Ampliación de Farmacia con dos conferencias, la cuarta del curso de 1908-09 «Representación de los resultados del análisis de aguas minerales» (18-IV-1909) y la primera del curso de 1909-10, «La fábrica de Zeiss en Gena» (13-III-1910). José Casares impartió otras conferencias en el Ateneo: «El Yellowstone National Park de EE.UU.», «El estudio del elemento 606» y «Fenómenos catalíticos».

Otros farmacéuticos ateneistas

En el Ateneo además de los ya citados ha habido otros farmacéuticos que han participado en sus actividades o han pronunciado alguna conferencia. Cabe citar a los siguientes:

Mariano Monserrat Abad (1860-1935), Secretario 1º de la Sección de Ciencias Físicas y Naturales durante el curso de 1890-91 con Laureano Calderón de Presidente. Presentó una memoria leída sobre la Educación Física.

Eusebio Bañares y Rivillo (1802-1857), fundador de diversas sociedades farmacéuticas.

Francisco Castro y Pascual (1871-1949), gran bacteriólogo, secretario de la Universidad Central con Carracido de Rector.

Bernabé Dorronsoro y Ucelayeta (1860-1925), decano en la Facultad de Farmacia de Granada. Pronunció en 1886 una conferencia sobre las ptomai-nas.

Antonio Fabié y Escudero (1834-1899), participó activamente en los debates del Ateneo de 1870 a 1874 sobre materias sociales y políticas como defensor de las corrientes hegelianas. Fue miembro de las Reales Academias de la Historia y de la Lengua (a la que sólo han pertenecido otros dos farmacéuticos: Mestre y Carracido), senador, ministro de ultramar y Gobernador del Banco de España.

Eugenio Piñerua y Álvarez (1851-1937). Pronunció conferencias en 1915 sobre «Metodología



especial científica» y «Problemas actuales de la Ciencia Química».

Genaro Morquecho y Palma (1826-1862), autor junto a **Rodríguez San Pedro** del libro «Impugnación a las doctrinas librecambistas profesadas en el Ateneo de Madrid durante el curso de 1861-62». En dicho curso Alcalá Galiano, Echegaray, Moret y Castelar promueven conferencias en pro de la libertad de comercio. Los autores de este libro lo combaten desde su visión proteccionista.

Luis Siboni Jiménez (1841-1936), fundador en 1890 de la revista *Farmacia Moderna*. Uno de los más asiduos concurrentes a las tertulias de la Cacharrería del Ateneo en compañía de sus dos grandes amigos: **Echegaray y Galdos**.

Terminamos esta relación de ilustres farmacéuticos ateneístas con **José Giral y Pereira** (1879-1962), catedrático de Química Biológica. Rector y ministro. En el Ateneo fue vicepresidente en octubre de 1935 siendo presidente Fernando de los Ríos y con Rodolfo Llopis y Lafora como miembros de la Junta de Gobierno. Pronunció dos conferencias dentro de un curso de bioquímica organizado por la Sección Ciencias Exactas, Físicas y Naturales: «Procesos de oxidación y reducción in vitro» impartida el 3 de diciembre de 1930 y «Constantes físico-químicas de la sangre» dictada el 18 de marzo de 1931.

SECCIÓN DE FARMACIA DEL ATENEO DE MADRID

En 1987 un pequeño grupo de jóvenes farmacéuticos funda en el Ateneo una activa y entusiasta Sección de Farmacia que a lo largo de sus hasta ahora ocho cursos de existencia ha organizado más de medio millar de actividades culturales entre Congresos, Cursos, Jornadas, Seminarios, Tertulias, Mesas Redondas, Conferencias y Excursiones –botánicas, micológicas y enológicas–. Ha editado cuatro publicaciones (*Antología* de Federico Muelas, León Felipe visto por cien autores, *La Ciencia española en*

Ultramar y De la Ciencia Ilustrada a la Ciencia Romántica), y ha recuperado junto a otras Secciones del Ateneo y de su Junta de Gobierno la prestigiosa revista cultural *El Ateneo*.

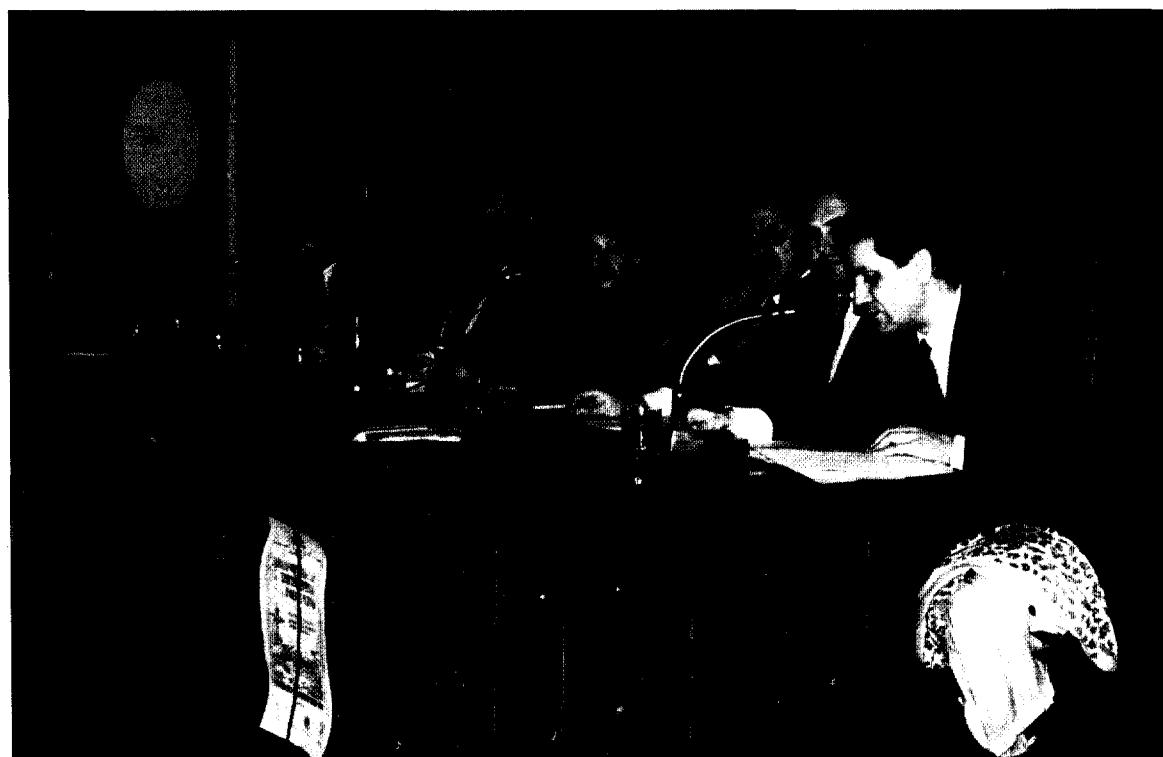
Esta Sección desde su nacimiento contó con el apoyo e impulso de los estamentos académicos y profesionales, y en especial de catedráticos de la Facultad de Farmacia de la UCM, como los profesores Benito del Castillo y Esperanza Torija, de personalidades relevantes de la profesión como Carlos Pérez Accino, Pedro Malo y Juan Miguel Ponz Marín y de escritores de la talla de Raúl Guerra Garrido, Margarita Arroyo y Jaime Cobreros, entre otros.

La Sección de Farmacia ha potenciado y completado su presencia en esta Institución con la creación en 1988 de la excelente Cátedra de Farmacia «José Rodríguez Carracido» y las populares y celebradas Tertulias de Rebotica. La Cátedra Carracido en sus cuatro primeros cursos fue dirigida por el profesor Antonio Doadrio López, profesor emérito de la UCM, quien junto a otros expertos profesionales de la sanidad ambiental, como el doctor Juan de la Serna, impartieron un extraordinario curso y mesas redondas de contenido medio-ambiental. Desde 1992 el Director de la Cátedra es el profesor F. Javier Puerto Sarmiento, catedrático de Historia de la Facultad de Farmacia de la UCM, quien ha organizado, además de un seminario sobre la Historia de la Ciencia, junto a otros destacados especialistas en el campo de la historia pertenecientes al CSIC y del propio Ateneo, unas jornadas sobre Expediciones Científicas de España a América y Filipinas con la presencia de una treintena de destacados ponentes nacionales e internacionales, cuyas actas han dado lugar a dos extraordinarios libros.

Las Tertulias de Rebotica se instituyeron en el Ateneo en 1990 merced a la colaboración de la Sección de Farmacia con el Decanato de la Facultad de Farmacia de la UCM –a través de ilustres compa-



Intervenciones correspondientes a las I y II Jornadas sobre «España y las expediciones científicas en América y Filipinas» celebradas en el Ateneo en 1991 y 1993.





ñeros como el Decano Benito del Castillo y los Vicedecanos Anotónio López Lafuente y Carmen Martín- y la Asociación Española de Farmacéuticos de Letras y Artes, gracias al entrañable grupo de humanistas que forman Luis Gómez, Tiburchi Hortelano, Francisco Femenía, Casildo Martínez, Pedro Artigas entre otros, -siempre puntuales a la cita cultural-, a la cabeza de los cuales está su presidente y director de las tertulias, Juan Manuel Reol, quien sabe aunar lo científico con lo cultural. En el Ateneo hay que recordar la presencia de dos grandes figuras de la cultura farmacéutica: León Felipe, que publicó su primer libro «Versos y Oraciones de caminante» en 1919 en esta docta casa, y Federico Muelas que fue directivo de esta Institución en los años sesenta.

Temas relacionados con la alimentación, la bioquímica, el medio ambiente o la sanidad pueden ser tratados desde la tribuna del Ateneo, inequívocamente desde una visión humanística de la que es inherente nuestra profesión. Como decía Juan Manuel Reol en una revista farmacéutica «*hay que involucrarse activamente en el mundo de la cultura y la política para construir entre todos, una sociedad civil más abierta, libre y participativa*».

La Sección de Farmacia del Ateneo de Madrid, en definitiva es un testimonio del nexo de unión que puede establecerse entre cultura, política y farmacia, y pretende ser ejemplo, de una manera abierta, de hacer las cosas contraria a una concepción endogámica e inmovilista de entender la profesión y siempre como apunta F. Javier Puerto «*desde la necesidad de subrayar la dimensión intelectual de la farmacia como profesión y de los farmacéuticos como ciudadanos*» ■

BIBLIOGRAFÍA

ABELLÁN, José Luis. Historia crítica del pensamiento español. Madrid. 1984.
ATENEIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO DE MADRID, *Escuela de Estudios Superiores, cursos de 1896 a 1906*. Lista de profesores y asignaturas. Programas. Conferencias de Extensión Universitaria.

Memorias de Secretaría referentes a los cursos 1896 a 1906. Madrid.

ATENEIO, *Revista del Ateneo de Madrid*. I Época, 1888-1889.

ATENEIO, *Revista del Ateneo de Madrid*. II Época, 1906-1912.

DÍEZ TORRE, Alejandro. "El Ateneo de Madrid y la regeneración científica decimonónica". En A. DÍEZ TORRE et. als. *De la Ciencia Ilustrada a la Ciencia Romántica*. Madrid. 1995.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Obdulio. *Remedios de una vida*. Madrid. 1973.

GARCÍA CAMARERO, Ernesto y Enrique. *La polémica de la ciencia española*. Madrid. 1970. Alianza Editorial.

GARCÍA MARTÍ, Victoriano. *El Ateneo de Madrid (1835-1935)*. Madrid. 1948.

GLICK, Thomas. *Darwin en España*. Barcelona. 1982.

GÓMEZ MOLLEDA, M^a Dolores. *Los reformadores de la España contemporánea*. Madrid, 1981.

LABRA, Rafael María. *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid. Notas históricas*. Madrid. 1906.

LABRA, Rafael María. *El Ateneo de Madrid, sus orígenes, desenvolvimiento, representación y porvenir*. Madrid. 1878.

LÓPEZ PIÑERO, José María. *La introducción de la ciencia moderna en España*. Barcelona. 1969.

MALLO GUTIÉRREZ, Tomás. "Ciencia e instrucción pública en el Ateneo español de Madrid". En A. DÍEZ TORRE et. als. *De la Ciencia Ilustrada a la Ciencia Romántica*. Madrid. 1995.

MORENO GONZÁLEZ, Antonio, José Rodríguez Carracido. Biblioteca de la Ciencia Española. Fundación BEX. Madrid. 1991.

MORET y PREDESAST, Segismundo. *El Ateneo de hoy y el de otro tiempo*. Madrid. 1894.

NÚÑEZ RUÍZ, Diego. *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*. Madrid. 1975.

PACHECO FERNÁNDEZ, Daniel. "Escuela de Estudios Superiores y la formación académica del Ateneo de Madrid". En A. DÍEZ TORRE et. als. *De la Ciencia Ilustrada a la Ciencia Romántica*. Madrid. 1995.

PESET, José Luis. HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, "Instituciones Científicas y Educativas". Historia de España de MENÉNDEZ PIDAL. Tomo XXXIX. Espasa Calpe. 1994.

PESET, Mariano y PESET, José Luis. *La Universidad España, siglos XVIII y XIX. Despotismo ilustrado y revolución liberal*. Madrid. 1974.

RIVAS MATEO, Marcelo. *El profesorado universitario*. Madrid. 1912.

RODRÍGUEZ CARRACIDO, José. "La enseñanza de las ciencias experimentales en España", en *Lucubraciones sociológicas y discursos universitarios*. Madrid. 1893.

RODRÍGUEZ CARRACIDO, José. *Condiciones en España para el cultivo de las Ciencias*. Madrid. 1897.

RODRÍGUEZ CARRACIDO, José. *Estudios histórico-críticos de la Ciencia Española*. Madrid. 1917.

RODRÍGUEZ CARRACIDO, José. *Estado actual de los problemas y métodos de la Química Biológica*. Madrid. 1915.

ROLDÁN y GUERRERO, Rafael. *Diccionario biográfico y bibliográfico de autores farmacéuticos*. Madrid. 1958-1963.

RUÍZ SALVADOR, Antonio. *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1835-1885)*. Londres. 1971.

SÁNCHEZ RON, Manuel. *Ciencia y sociedad en España*. Madrid. 1988. C.S.I.C. Fundación José Ortega. y Gasset.

TOMÁS GARRIDO, Gloria María. *Historia de la Facultad de Farmacia de Madrid, 1845-1945. Contribución a su estudio*. Madrid. 1974.

VILLACORTA BAÑOS, Francisco. *El Ateneo Científico, Literario y Artístico (1885-1912)*. Madrid. 1985.

Monografía

La Ciencia farmacéutica en el Ateneo

Laureano Calderón y Arana (1847-1894)

F. Javier PUERTO

Catedrático de Historia de la Farmacia. Universidad Complutense, Madrid.

Nacido en Madrid el nueve de julio de 1847 murió en la misma ciudad, a la temprana edad de cuarenta y seis años, el cuatro de marzo de 1894.

Su ascendencia paterna era santanderina y vasca la materna y su carácter solitario, retraído, estudioso y familiar. Aparte de su mujer y su hija, su círculo íntimo lo formaban algunos contados amigos y dedicaba el tiempo al trabajo en la Universidad, en su laboratorio privado o en el Ateneo, sin dedicación alguna a la vida social.

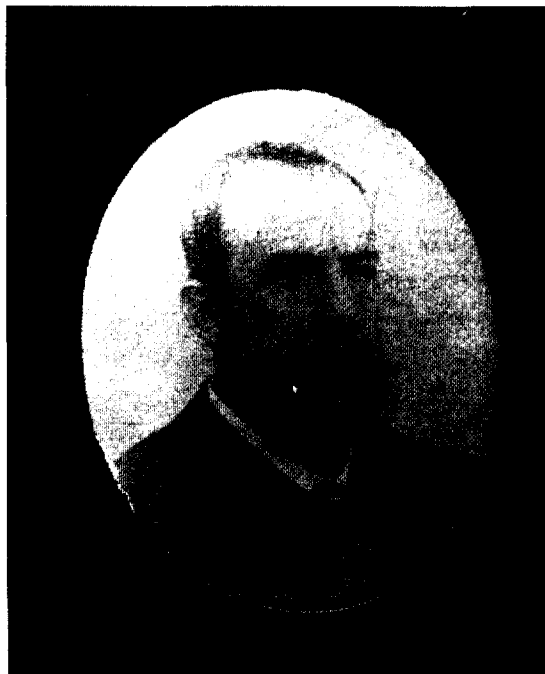
Roldán y Guerrero (1958-63) y Tomás Garrido (1974) nos informan como tras graduarse bachiller en 1861, en el madrileño instituto de Noviciado, inició las carreras de Farmacia y Ciencias, de las cuales sólo concluyó la primera. Logró el grado de Bachiller en Farmacia en 1864 y la licenciatura en 1866. Durante sus estudios superiores asistió como ayudante a las prácticas de Operaciones Farmacéuticas, por lo cual una R.O. de nueve de octubre de 1867 le nombraba ayudante interino para sustituir a Nemesio Lallana (1796-1874), catedrático de Historia Natural aplicada a la Farmacia. Al año siguiente opositó y ganó la plaza de ayudante a la cátedra de Análisis Químicos, en donde permaneció hasta 1874, bajo la dirección de Manuel Rioz y Pedraja (1815-1887) quien anteriormente había profesado la Química Orgánica en la misma Facultad madrileña.

Aficionado a la filosofía, fue alumno de Julián Sanz del Río (1814-69) y de Francisco Giner (1840-1915).

En 1872 opositó a una cátedra de Materia Farmacéutica Animal y Mineral, de la Facultad de Farmacia de Santiago y en 1873 a otra de Química de la Universidad de Valladolid, con resultado adverso en ambos casos, pero el veintiocho de mayo de 1874 obtuvo la cátedra de Química Orgánica de la Facultad de Farmacia de la Universidad de Santiago de Compostela de la que fue separado al poco tiempo.

El suyo fue uno de los incidentes en favor de la libertad de cátedra, indispensable para la investigación científica y humanística. Desde que Pedro José Pidal (1800-65) publicara el Real Decreto de diecisiete de septiembre de 1845 por el que se reformaban las enseñanzas de la universidad española, mediante el cual el liberalismo moderado establecía las bases de su modelo educativo, los sucesivos gobiernos conservadores irían introduciendo una serie de modificaciones tendentes, sobre todo, a frenar lo que consideraban excesiva secularización de la enseñanza y a aumentar el control ideológico de las materias profesadas y de los propios docentes, en un intento de desterrar de las aulas las ideologías racionalistas y liberales. Poco a poco los Decanos se convierten en vigilantes de la ortodoxia y los Rectores asumen funciones de jueces de guardia. El artículo 170 de la Ley publicada por Claudio Moyano (1809-90) en 1857, obligaba a los catedráticos a ajustarse, dentro y fuera de la Universidad, al juramento prestado que,





Laureano Calderón y Arana (1847-1894)

según el Reglamento de 1859, les obligaba a defender la religión católica, obedecer a la monarquía y a la constitución. La incorporación de algunos krausistas a los claustros provocó las primeras colisiones con el Ministerio de Fomento, a consecuencia de las cuales Antonio Alcalá Galiano (1789-1865) publicó la R.O. de 27 de octubre de 1864 que desarrollaba el mencionado artículo de la Ley Moyano, para atajar las «doctrinas perniciosas» en la Universidad. Muerto Alcalá Galiano, el temible Manuel de Orovio (1817-83), conservador e ignorante, ocupó su cartera. Desde su puesto pretendió unos planes de estudios de las carreras científicas más «profesionales» y menos científicos, lo contrario de lo deseado por el liberalismo progresista o moderado, con un ideario abiertamente enfrentado a las novedades teóricas como el darwinismo, además de un profesorado sometido al poder del ministerio pues, por Decreto de 1866 se le prohibía pertenecer a partidos políticos y, «defender teorías perniciosas».

Con este ministro se originó la primera «cuestión universitaria» que acabó con la separación de sus cátedras de los krausistas Julián Sanz del Río, Fernando de Castro (1814-74) y Nicolás Salmerón (1838-1908). Giner de los Ríos se solidarizó con ellos y fue fulminantemente cesado, pero el cese no se llevó a efecto por el triunfo de «la Gloriosa» que devolvió, además las cátedras a los expulsados.

La Revolución de 1868 modificó positivamente este panorama mediante un Decreto de veintiuno de octubre de 1868 que garantizaba la libertad de cátedra y daba opción a que la iniciativa privada, los Ayuntamientos o las Diputaciones establecieran estudios incluso de carácter universitario. En las universidades estatales se vuelve a los planes de la Ley Moyano, pero sin ejercer vigilancia sobre los textos, los métodos de enseñanza o las doctrinas impartidas.

Con la Restauración restauraron en su cartera al inefable Orovio quien mediante un Decreto Circular de 26 de febrero de 1875, exhortaba a los Rectores para que *«no se enseñe nada contrario al dogma católico ni a la sana moral»... «para que se respete y acate el principio político establecido, base y fundamento de todo sistema social...»*

Leída la disposición ante los claustros, protestaron Laureano Calderón y Augusto González Linares (1845-1904), catedrático de Historia Natural de la Universidad de Ciencias de Santiago. Abierto el correspondiente expediente académico se le otorgó la oportunidad de defenderse y en sus alegaciones, Calderón escribe al Rector: *«respetando profundamente el catolicismo como forma histórica de religión, y el actual orden de gobierno, no he sido nombrado Profesor para formar catecúmenos de ninguna religión ni partidarios de sistema político alguno, sino sólo para enseñar ciencia en la que se busca sólo la verdad, sin distinción de orígenes...»* Ante tan sensatas y valientes palabras los dos fueron separados de la docencia y expulsados del escalafón



de catedráticos. En Madrid protestaron Francisco Giner, Nicolás Salmerón y Gumersindo de Azcárate (1840-1917), por lo que fueron detenidos y confinados en distintos lugares de la geografía nacional, como si de peligrosos delincuentes se tratara. Calderón y González Linares, no contentos con sus propios problemas, enviaron un telegrama al Presidente del Consejo de Ministros protestando por la detención de Giner, con lo cual les detuvieron y encarcelaron en el castillo de San Antón de la Coruña. Antes de que se le condenara a una pena de seis meses de prisión, Calderón logró expatriarse en París.

Si la Ilustración había iniciado la costumbre de las becas estatales para formarse en el extranjero, Calderón se convirtió en el «beneficiario» de un nuevo sistema de becas, estas no pagadas por el Estado, a consecuencia de los sucesivos exilios forzados por querellas civiles derivadas de intransigencias políticas o religiosas. Calderón fue separado por una R.O. de 12 de abril de 1875 y no se le volvió a admitir en el escalafón de catedráticos hasta el año 1881, aunque tardaría todavía más en volver a profesar una cátedra.

En París se vio obligado a trabajar para subsistir, pero también entró en contacto y llegó a ser uno de los discípulos queridos del químico Marcellin Berthelot (1827-1907); durante el año 1877 publicó al menos tres artículos en las *Comptes rendus* de la Academia de Ciencias parisina en los cuales estudiaba diversos aspectos físico-químicos de la resorcina. Algo más tarde marchó a Estrasburgo y se dedicó a estudios de Cristalografía con tanto acierto que el claustro universitario le nombró Director de trabajos prácticos de Cristalografía, lo cual era extraordinario en un extranjero. Sobre este tema publicó en la *Revista de Cristalografía del profesor Groth*, al menos cinco artículos sobre la especialidad, algunos firmados por él y otros en colaboración con el mencio-

nado Paul Heinrich von Groth (1843-1927) y con otros mineralogistas europeos. Adquirió relevancia por la invención de un aparato óptico para el estudio de cristales, el «*Estauscopo*», que modificaba otro inventado por Groth. Se utilizó primero en Alemania y luego en Francia y España. Paradójicamente, aunque este fue sólo un aspecto parcial de su dedicación científica, alcanzó una gran relevancia institucional, aunque el resto de su obra, tanto anterior como posterior, se efectuó en el ámbito químico.

Al parecer estos éxitos académicos le permitieron obtener algunas ofertas de cátedras siempre y cuando renunciara a la nacionalidad española. En vez de hacerlo, el 2 de junio de 1879 recurrió ante el Ministro de Fomento de turno su separación de la cátedra y fue rehabilitado por R.O. de 9 de marzo de 1881, aunque como su cátedra de Santiago había sido ocupada mediante nueva oposición se le declaró excedente. Desde el año anterior había adquirido en Madrid un afamado laboratorio de análisis situado en la calle Carretas. En él efectuó numerosos análisis clínicos, industriales y minerales. Por iniciativa suya se fundó la Compañía Agrícola Salinera de Fuente Piedra, dedicada a la elaboración de abonos minerales, de cuya fábrica fue director hasta 1888 en que se reintegró a la cátedra.

En el R. D. de veinticuatro de septiembre de 1886 aparecía una nueva asignatura en el Doctorado de la Facultad de Farmacia, la Química Biológica, pero se unía a la Historia Crítica de la Farmacia. Entre 1886 y 1887 el claustro de la Facultad encargó la docencia a Joaquín Olmedilla (1842-1914), pero ya en 1887 salió a traslado al que se presentó Feliciano Lorente Martín (1849-1915), que quedó excluido por no cumplir las condiciones legales exigidas, y a concurso el diez de octubre de 1887. Al mismo se presentaron el mencionado Lorente, catedrático de Química Inorgánica de Granada, Olmedilla, catedrá-





Laboratorio de Farmacia Práctica.

tico supernumerario de Madrid con veintitrés años de servicio; Eduardo Talegón de las Heras (1846-96), el catedrático de Química Orgánica que había ocupado el puesto de Calderón en Santiago y el propio Laureano Calderón y Arana.

El Consejo de Instrucción Pública propuso a Calderón por considerar que de las dos materias que debía impartir la más importante era la Química Biológica y existía similitud con la Química Orgánica y él era el más preparado en esa materia. Hubo un voto particular por el cual cuatro consejeros se mostraban desacordes con la decisión, por dudar de si cumplía los tres años de enseñanza que marcaba la ley. Su teoría es insostenible pues aunque sólo ejerció en Santiago durante nueve meses, cuando se le restituyó en el puesto se hizo con toda su antigüedad y aún si no se quisiera aceptar esto,

desde 1881 era catedrático en excedencia con lo cual llevaba más de seis años en ejercicio cuando se celebró el concurso.

Todos los autores más fieramente conservadores han afirmado o insinuado que el nombramiento de Calderón se debió a motivos políticos y que en él jugó un importante papel Fausto Garagarza (1830?-1905), afín a sus ideas.

Parece evidente que en la vida de Calderón la política jugó un papel importante, pero no para menguar su figura, sino, por el contrario, para engrandecerla: su suspensión se debió a un conflicto entre ética y política y gracias a su resistencia, y a la de sus compañeros, en la actualidad se puede disfrutar de algo tan imprescindible, y aparente obvio para el desarrollo científico y humanístico, como es la libertad de cátedra.



Laboratorio de Química Orgánica.

Calderón fue uno de los creadores de la Institución de Libre Enseñanza como nos enseña Abellán (1989), aunque nunca impartió clases en ella; era materialista, positivista, liberal y creía en las posibilidades de la ciencia frente a la creencia intransigente; ideas y afinidades institucionales compartidas con Garagarza, pero el suyo fue uno de los diecisiete votos de el Consejo de Instrucción pública, en el cual sólo cuatro emitieron voto particular. A la vista del expediente, posiblemente fueran estos los politizados, al contrario de lo que nos ha querido hacer ver la historiografía más reaccionaria, que simplemente querían apartar a Calderón de la docencia por su ideología laica, positivista y materialista. También Joaquín Olmedilla presentó un recurso contra el resultado del concurso, pero este es otro tema. Olmedilla era profesor durante

muchos años en Madrid y, además, gran experto en Historia de la Farmacia. El plan de estudios había cometido el dislate de equiparar Química Biológica e Historia de la Farmacia y Olmedilla se sentía justamente agraviado en sus intereses. Desgraciadamente la Historia de la Farmacia siempre ha seguido unida a las más peregrinas materias: primero al estudio crítico de las farmacopeas, después a la Legislación Farmacéutica y ahora, en el área de conocimiento de Farmacia y Tecnología, a cosas tan sorprendentes como la Legislación Farmacéutica, la Deontología, la Gestión y Planificación o las diversas modalidades de Farmacia Galénica. En el cajón de sastre de nuestra materia es difícil sobrevivir y Olmedilla, aún siendo excelente historiador, no tuvo suerte, lo que no quiere decir que Calderón obtuviera por malas ar-



tes la cátedra, pues el análisis desapasionado de los curriculum de unos y otros demuestra la justeza de la elección.

Si en la Institución de Libre Enseñanza no profesó, no sucedió lo mismo en el Ateneo. Allí fue Presidente de la mesa de la sección de Ciencias Físicas y Naturales durante los cursos 1884-85, 1890-91 y 1891-92. Las conferencias impartidas en la docta casa se dirigieron a la defensa de la evolución, del darwinismo, con todo el racionalismo materialista derivado de esta postura. Para él, como para tantos krausistas, institucionistas, positivistas y liberales, la ciencia era la mejor posibilidad de interpretación del cosmos y del individuo, con lo cual entraban en permanente confrontación con los conservadores, partidarios de exégesis metafísicas o teológicas para el ámbito individual y natural.

La historiografía conservadora ha acusado a Calderón de no ser un científico, sino un divulgador -lo mismo han hecho con José Rodríguez Carracido (1856-1928)-, lo cual es parcialmente cierto. Calderón trabajó en ciencia y destacó en la misma cuando tuvo oportunidad de hacerlo, es decir mientras permaneció en el extranjero y llegó a ser muy respetado por la comunidad científica internacional, como demuestra su inclusión en la Comisión internacional para la reforma de la nomenclatura química. Cuando regresó a España no tuvo la oportunidad de seguir con la investigación y se dedicó a la filosofía de la ciencia y a la divulgación científica. No hemos de olvidar que Carracido afirma que cuando ganó la cátedra le dieron una silla y una mesa y que la química en España se enseñaba de la misma forma que la metafísica, es decir sin laboratorios.

Se le ha negado incluso el que fuera el introducido de la Química Biológica, el precedente de la Bioquímica en España y se le ha concedido tal honor a Rodríguez Carracido, opinión seguida acríti-

camente por muchos de nosotros. La primera cátedra de Química Fisiológica fue creada en Alemania, en la Universidad de Tubinga en 1866 y se encargó de la docencia el profesor Félix von Hoppe-Seyler (1825-95). Aunque cuando se ocupó de su docencia Calderón habían pasado veinte años, seguía siendo una disciplina joven y Calderón ni redactó texto alguno, ni tradujo cualquier libro adecuado a los intereses docentes además de no efectuar una labor investigadora destacable. Sin embargo tanto el testimonio de varios de sus discípulos, publicado en el número 10 de *La Farmacia Moderna* de 5 de abril de 1894, como el *Programa de Química Biológica*, editado el año 1889 en Madrid, indican que sí impartió clases de la materia y lo hizo procurando acoplarse cada año a los avances de la ciencia; acaso por eso, por sus otras múltiples dedicaciones o por su temprana muerte, no tuvo el tiempo necesario para redactar un libro cuyo índice conocían algunos de sus amigos y colaboradores.

Su entierro se convirtió en un acto social; al mismo acudieron numerosos científicos y filósofos de la época, pero la representación institucional la sustentó el Decano de la Facultad de Farmacia, el Presidente del Ateneo, algunos representantes de su laboratorio y otros de la prensa profesional farmacéutica, en síntesis de lo que fueron los principales pilares de su actividad profesional.

En la lejanía histórica Laureano Calderón se nos presenta como un profesor universitario adalid del compromiso intelectual como condición prioritaria para el quehacer no sólo humanístico, sino también científico. El suyo fue con la libertad; fue capaz de perder una cátedra para defenderla y sin actitudes como la suya, la ciencia no habría podido desarrollarse jamás en la Universidad española.

Su liberalismo lo llevó a la esfera de su vida privada. Lejos de quejarse por la dolorosa situación personal y económica causada por su valiente



actitud, primero se exilió para aprender más y cuando volvió a España montó un laboratorio de análisis y una industria de abonos, entonces imprescindibles para el desarrollo de la agricultura española, en donde aunó necesidades sociales e interés personal.

Cuando ya había solucionado económicamente su vida, volvió a la cátedra para introducir una ciencia desconocida hasta el momento en nuestro país y no renunció al debate público y a la educación de masas, tanto desde el Ateneo, como desde las páginas de la prensa profesional farmacéutica.

Desde todos los ámbitos contribuyó a crear un espíritu de tolerancia, de diálogo, de confianza en la razón frente a la superstición, la intolerancia y el fanatismo, indispensable para el desarrollo de la ciencia, espíritu que daría frutos durante los primeros años del siglo XX en torno a la Junta de Ampliación de Estudios, aunque luego quebraría violentamente con una guerra civil, cuyos vencedores llegaron hasta a borrar algunos de los aspectos más destacados del recuerdo de personajes tan dignos de estudio y de admiración como Laureano Calderón y Arana. ■

SUCINTA BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

Lo sustancial de la vida de Calderón y Arana, desde la partida de nacimiento, hasta la descripción del entierro, de su carácter, el entorno familiar y su proceso de expulsión de la cátedra de Santiago, puede encontrarse en un número especial de *LA FARMACIA MODERNA*, publicada por BELLOGIN, Angel y SIBONI, Luis, concretamente en nº 10 del año V, publicado en Madrid el 5 de abril de 1894.

De esta o de otras fuentes bebieron algunos de los historiadores de la farmacia conservadores, concretamente ROLDÁN

GUERRERO, Rafael (1958-1963) *Diccionario Biográfico y bibliográfico de autores farmacéuticos españoles*, Madrid, en donde se recoge la bibliografía más completa, aunque inexacta, del autor, se publican algunas fechas erróneas y se silencian todos los aspectos conflictivos de su figura. Casi todos los historiadores de la Farmacia han bebido de esa fuente.

SANTOS RUIZ, Angel (1991) *Retrospectiva bioquímica: Facultad de Farmacia de Madrid 1886-1986* Madrid, en este su discurso de entrada en la Real Academia de Medicina madrileña recoge, con elegancia, todos los tópicos de la tradición conservadora, transmitidos seguramente por tradición oral e insostenibles ante la lectura del número citado de *La Farmacia Moderna*, de la tesis doctoral desgraciadamente inédita de TOMÁS GARRIDO G, Gloria María (1974). *Historia de la Facultad de Farmacia de Madrid 1845-1945 contribución a su estudio*, Madrid. O del expediente del concurso de la cátedra de Química Biológica e Historia Crítica de la Farmacia conservado en el *Archivo General de la Administración* sección Ministerio de Educación 5466-44, del cual me ocupé en PUERTO, F. Javier (1983). «La institucionalización de los estudios de Historia de la Farmacia» *OF-FARM* vol.2 nº 3 pp. 123-132.

En el espectro opuesto, una biografía hagiográfica de Calderón es la realizada por SIBONI, Luis; BELLOGIN, Angel (1888). *Perfiles y semblanzas profesionales*, Barcelona, pp. 213-228.

Para la mejor comprensión de mi trabajo debe consultarse también el libro de ABELLÁN, José Luis (1989). *Historia crítica del pensamiento español 5/1 La crisis contemporánea (1875-1936)*, Madrid, en donde se estudia en profundidad la «cuestión universitaria», la creación de la Institución de Libre Enseñanza e incluso se añade una breve, aunque sustanciosa, biografía de Laureano Calderón; para el desarrollo del pensamiento positivista en España sigue siendo de utilidad el libro de NÚÑEZ RUIZ, Diego (1975). *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*, Madrid y para entender sus relaciones con el Ateneo el de VILLACORTA BAÑOS, Francisco (1980). *Burguesía y cultura. Los intelectuales en la sociedad liberal 1808-1931*, Madrid, y también de VILLACORTA BAÑOS, Francisco (1985). *El Ateneo Científico, Literario y Artístico (1884-1912)*, Madrid, al que habría que añadir los recientes trabajos de MALLO, Tomás (1995). «Ciencia e Instrucción pública en el Ateneo Español de Madrid». Díez TORRE, Alejandro R. (1995). «El Ateneo de Madrid y la regeneración científica decimonónica» y PACHECO FERNÁNDEZ, Daniel (1995). «La Escuela de Estudios Superiores y la formalización académica del Ateneo de Madrid». Los tres publicados en Díez TORRE A.; MALLO, T., PACHECO, D. (coords.). *De la Ciencia Ilustrada a la Ciencia Romántica*, Aranjuez.

Para la cuestión universitaria puede consultarse también: GIL DE ZÁRATE, A. (1855). *De la instrucción pública en España*, Madrid y, sobre todo, PESET, M.; PESET, J. L. (1974). *La Universidad Española (siglos XVIII y XIX). Despotismo ilustrado y revolución liberal*, Madrid y PUELLES BENÍTEZ, M. (1980). *Educación e ideología en la España contemporánea*, Barcelona.



Monografía

La Ciencia farmacéutica en el Ateneo

José Rodríguez Carracido (1856-1928).
El Ateneo y la Ciencia española

Juan Manuel REOL TEJADA

Académico de Número de la Real Academia de Farmacia del Instituto de España

Es imposible, a mi juicio, hablar sobre la Ciencia Española en el último tercio del Siglo pasado y primer tercio de este, sin hacer una breve referencia al escenario español de la época y al punto de partida.

EL ESCENARIO

El «apagón» de la Ciencia Española alcanza casi todo el Siglo XVII. Tras la importante aportación de nuestra Ciencia estimulada por el Descubrimiento: expediciones botánicas, arte y tecnología de la navegación, metalurgia, urbanismo... España pierde el tren de la ciencia experimental que en Medicina se abre con Paracelso, cuyas teorías no cobran carta de naturaleza en nuestro país hasta mucho después, pese al genio renovador de Fray Esteban de Villa.

El Siglo XVIII, se abre con la esperanzadora ilusión del esfuerzo ilustrado que se visualiza en la obra de Carlos III. Pero el retraso era tan grande que la distancia con Europa no sólo no se cierra sino que la onda expansiva de la Revolución Francesa y la conmoción que induce en España durante el reinado de Carlos IV, se continúa en el XIX con la Guerra de la Independencia, la de las colonias americanas y las civiles en España, configurando un «período de catástrofe» para la Ciencia, como le llama López Piñero.

La turbulencia política fue tan fuerte que en el Siglo XIX España ensaya seis Constituciones: rompe

con el Antiguo Régimen en 1812 y pasa del lado liberal al conservador hasta que en 1876, Cánovas y la Restauración inician una positiva experiencia de consenso, aunque el voto fuese censitario y la época fuese tildada de fantasmagórica por Ortega.

El artículo de Morvilliers aparecido en la Enciclopedia en 1782, que da origen a la polémica sobre la Ciencia Española, coincide, sin embargo, con un renovado impulso a las Ciencias en España, derivado de la obra anterior de Carlos III. El posterior «*período de catástrofe*» silencia, incluso, la polémica, que al final del XIX se reabre de la mano de Echegaray, en 1866 con motivo de su ingreso en la Academia Española, y más tarde con Manuel de la Revilla y Menéndez Pelayo en 1876.

Es en este escenario y en un contradictorio momento: Restauración y estabilidad constitucional, desastre del 98, Guerras de Africa, y despertar económico e intelectual del primer tercio del Siglo XX, en el que se desarrolla la vida y la obra de José Rodríguez Carracido.

Carracido, español periférico, inicia su vida académica en Madrid como Catedrático de Química Orgánica en la Facultad de Farmacia en 1881 a los 25 años. Se encuentra con la enorme dificultad de que las ciencias experimentales no se enseñan prácticamente en los laboratorios. Los maestros no explican, como dice Carracido, la ciencia «descubierta» experimentalmente en sus propios laboratorios, sino que discurren teóricamente sobre la Ciencia creada por otros fuera de nuestro país. La creación de la Junta Superior de Estudios en 1907, de la que Carracido



José Rodríguez Carracido (1856-1828)

fue vocal, pone las bases para remontar este obstáculo y una nueva generación de profesores se preparan para acceder a la docencia sustituyendo a los viejos maestros, que en opinión de Cajal, constituían una remora para el desarrollo científico que los tiempos exigían.

En ese clima Carracido contribuye al avance científico español desde tres perspectivas: el impulso a la Química Orgánica; la consolidación en España de los estudios de Química Biológica y su activa y optimista participación en la polémica sobre la Ciencia Española propugnando su progreso sobre el sólido cimiento de su enraizamiento social. (En el Cuadro 1 se pueden ver una selección de sus principales publicaciones científicas).

CARRACIDO Y LA QUÍMICA ORGÁNICA

La mejor demostración de la contribución de Carracido al avance de la Química Orgánica se pone

de manifiesto sin más que hacer referencia a su Escuela, como hace Angel Vian (Vian, 1994) en el capítulo que escribe para la «Historia de España» en un tomo que significativamente se titula «La Edad de Plata de la cultura española»: José Giral, Madinabeitia, Obdulio Fernández..., cuyos solos nombres hacen innecesario cualquier comentario ya que su obra se traduce en espectaculares horizontes industriales o en hallazgos de ciencia básica que no es exagerado afirmar, lindan con el Premio Nobel.

CARRACIDO Y LA QUÍMICA BIOLÓGICA

El profundo conocimiento que del sesgo hacia la biología llevan a cabo las vanguardias científicas de la Química Orgánica induce a Carracido a arriesgar su prestigio y oponer, a los 43 años, a la nueva



Cuadro 1

PRINCIPALES PUBLICACIONES CIENTÍFICAS

- La nueva Química. Introducción al estudio de la Química según el concepto mecánico, 1887.
- Tratado de la Química Orgánica, 1888
- Tratado de la Química Orgánica teórico y práctico, 1890.
- Lucubraciones sociológicas y discursos universitarios, 1893.
- La evolución en la Química, 1894.
- Estudios histórico-críticos de la ciencia española, 1897.
- Tratado de Química Biológica, 1903.
- Estudio físico-químico y biológico de las aguas de Karlsbad, 1908.
- El estado coloide en la materia viva, 1913.
- Cuestiones bioquímicas y farmacéuticas, 1924.
- Transformations biochimiques de matières protéiques, 1926.
- Los métodos en las Ciencias Naturales, 1883.
- Los metalúrgicos españoles en América, 1892.
- Síntesis de la Albúmina, 1910.

Fuente: Moreno González, 1991



Laboratorio de Análisis Clínico.

Cátedra de Química Biológica de la Facultad de Farmacia de Madrid. Cátedra que con apoyo del profesor Garagarza había regentado en primer término el profesor Calderón.

Nacen, pues, en la Facultad de Farmacia y de la mano de farmacéuticos, los estudios de Bioquímica en España, abiertos también a alumnos de Medicina y Ciencias. Lo mismo sucedió con la Microbiología en 1.900 y mas tarde, con la Bromatología.

Subrayar aquí la importancia de la Bioquímica es obvio. Tal vez es la parcela científica de mayor desarrollo y de mas honda repercusión en los avances médicos. Carracido impulsa una disciplina en la Facultad de Farmacia que con el profesor Santos Ruíz ha dado -y sigue dando- a la Universidad española profesores de primera fila que explican, también, en Medicina, Veterinaria y Ciencias, e in-

vestigan en los grandes centros del país. (Santos Ruíz, 1992).

CARRACIDO Y LA POLÉMICA SOBRE LA CIENCIA ESPAÑOLA

Decía al principio que esa polémica reverdece a finales del XIX con Revilla y Menéndez Pelayo pero a partir de este momento con un sentido positivo: no se recrea en el pesimismo sino que mira al futuro.

Intervienen en ella esclarecidos españoles y a ese movimiento Rey Pastor le llama «el otro 98», por el sentido regeneracionista que le inspira.

No es fácil, sin embargo, hablar de ciencia experimental en España por el tradicional predominio de las humanidades y el arte en el panorama cultural español que hace mayor aún el «gap» con el mundo de las Ciencias experimentales. Entre ambos mun-



Laboratorio de química biológica

dos –como diría Snow– hay una muralla casi infranqueable. El máximo exponente de ello es D. Miguel de Unamuno con su «que inventen ellos». Para el Rector de Salamanca la gran cuestión es el destino del hombre y su transcendencia, aunque pretendió explicar el último sentido de aquella frase en «*El sentimiento trágico de la vida*».

Frente a ello un grupo de españoles excelsos expresan su afirmación vitalista llenando de optimismo su quehacer. Primero porque la Ciencia contribuye a mejorar el vivir cotidiano y segundo, porque es termómetro que mide la potencia de un país y su «instalación» ante el futuro.

Ortega propone a la sociedad española el horizonte del europeísmo en la medida en que Europa = Ciencia.

En esa misma línea, Ramón y Cajal, Torres

Quevedo, Rey Pastor y Carracido, no solo sitúan sus saberes en la primera línea, sino que su aportación al debate sobre la capacidad del español para hacer ciencia experimental destruye viejos prejuicios y complejos.

Los nombres anteriores son citados por estudiosos de la polémica sobre la Ciencia Española (García Camarero, 1970), en una selección de textos claves. Por derecho propio figura, pues, Carracido entre los que más se significaron en el quehacer científico y que más contribuyeron a despejar el camino para el progreso futuro de la Ciencia Española.

Dos textos de Carracido recoge aquella selección: «Condiciones de España para el cultivo de las Ciencias»; conferencia pronunciada en Abril de 1896 en el Ateneo de Madrid y «El problema de la investigación científica en España» con motivo de la inau-



Cuadro 2
CARRACIDO Y EL ATENEO. CONFERENCIAS

1880	Mecánica Química
1882	Enseñanza de las Ciencias Naturales en España
1884	La alquimia y los alquimistas
1885	Estado actual de la Zoología
1888	D. Agustín José Mestre y los farmacéuticos españoles
1889	Reorganización de las Universidades
1890	La evolución química del Cosmos
1891	Los metalúrgicos españoles en América (Incluida en los actos conmemorativos del IV Centenario de 1492)
1896	El problema de la investigación científica en España
1904	El trabajo humano y la alimentación
1907	Las Ciencias en España al iniciarse la Edad Contemporánea (En el Curso de Historia Política Contemporánea)
1909	La obra científica de Berthelot
1910	La síntesis de la albúmina
1916	Estado actual de los problemas y métodos de la Química Biológica

**CURSOS EN LA ESCUELA DE ESTUDIOS SUPERIORES
DEL ATENEO.**
CURSOS SOBRE PROBLEMAS BIOQUÍMICOS

1897-1898	22 lecciones / 77 alumnos
1898-1899	21 lecciones / 60 alumnos
1899-1900	22 lecciones / 47 alumnos
1901-1902	21 lecciones / 24 alumnos

Fuente: Memorias y Actas del Ateneo de Madrid

guración en Granada, en 1911, del Tercer Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, cuya Presidencia había ostentado Segismundo Moret y Eduardo Dato, antes que el propio Carracido.

Peset en el mismo sentido (Peset, 1994), recoge otros dos textos fundamentales sobre Carracido:

«Estudio de las Ciencias Experimentales en España» y «Estudios Histórico Críticos de la Ciencia Española».

CARRACIDO Y EL ATENEO

Este es el momento de subrayar el compromiso del Catedrático de Química Biológica y Rector de la Universidad Central con el movimiento intelectual de impulso a la Ciencia y el papel que en ese movimiento jugó el Ateneo. El activismo de ésta institución supuso el cierre gubernativo de sus Cátedras en 1886 (García de Cortázar, 1993). Carracido era un ateneísta de la primera hora, Presidente de su Sección de Ciencias, cuya vinculación a la gran casa de la cultura española se extendía también al ámbito de las Humanidades y no es infrecuente verle colaborar con la Sección de Bellas Artes o de Historia en sesiones tales como la que se celebró en homenaje a Víctor Hugo.

Carracido sitúa la Bioquímica en el centro de la plaza pública de la cultura que era el Ateneo, donde explicó su Curso de Química Biológica en términos que Echegaray calificó como geniales. En el Cuadro 2 se recogen las principales actividades científicas de Carracido en el Ateneo, entre las que destacan su «Curso sobre Problemas Bioquímicos».

Pero quiero detenerme en su Conferencia sobre la Ciencia Española, antes aludida, porque de su lectura pueden hacerse reflexiones muy optimistas en relación con el momento actual.

Pasa revista Carracido a los mitos que «podrían justificar» el desfase científico hispano; el clima, las características étnicas, la indisciplina, la pereza ... para demostrar palmariamente que ninguno de esos «factores» son reales obstáculos para el desarrollo de la Ciencia hispana. Con admirable señorío indica que tampoco puede achacarse a la escasez presupuestaria en cuanto a dotación de material. Cree, en definitiva, que el retraso científico se



debe a que la Ciencia no es vivida por la sociedad. La ciudadanía no ha hecho «suyo» ni al investigador, ni a la necesidad de impulsar un proyecto científico entendido como tarea y compromiso colectivo.

Pienso que en esta intervención Carracido quiere ser manágnimo con el poder público porque en otras ocasiones se ha quejado amargamente de la cicatería gubernamental para pensionarle en Universidades extranjeras donde enseñan los maestros que hacen Ciencia experimental, es decir para aprender a crear aquí Ciencia viva y no sólo a relatar la que hacen otros.

Decía que del discurso se deducen optimismas consecuencias para el presente: es impensable en la actualidad que medie polémica alguna, en un debate sobre la Ciencia española, sobre las causas citadas por Carracido. España ocupa el octavo lugar en el mundo, en cuanto a Ciencias Bioquímicas se refiere y un puesto significativo -en torno al 15%- en un listado global.

Es válido, sin embargo, su diagnóstico final sobre la necesidad de enraizar en la sociedad española un firme compromiso con el progreso científico. Esa falta de sensibilidad puede explicar el ominoso silencio de partidos políticos y órganos de opinión pública ante el hecho insólito de que en el Presupuesto del Estado del 95, la raquítica cifra de 207.000 millones de pesetas dedicadas a I+D sea inferior a los 210.000 del año 91. El acariciado horizonte del 1% del PIB, se aleja pese al esfuerzo privado que, al igual que el público, es también hartamente insuficiente.

Corresponde a los intelectuales y a los científicos estimular a la sociedad española y a los políticos, para que se recupere el objetivo de la I+D como una seña de identidad de la España democrática y moderna actual. Para que no se produzca el deprimente espectáculo actual de los científicos españoles en

huelga solicitando «asilo científico» en la Embajada francesa.

Quiero terminar diciendo que en la tarea de impulsar y gestionar los esfuerzos científicos, también los farmacéuticos han sido pioneros. La saga que comienza con José M^a Albareda y continúan Federico Mayor y Emilio Muñoz como Presidentes del Consejo de Investigaciones Científicas, acredita a nuestros colegas no sólo como grandes científicos, sino también como impulsores y gestores de la Ciencia española. Lo que tiene similitud con el menos espectacular trabajo pero extraordinariamente efectivo, de hombres como Francisco Ferrándiz que desde las estructuras oficiales gerencia planes de investigación que ponen en sintonía la ciencia española con los más avanzados proyectos universales y sobre todo con los del mundo iberoamericano.

No parece desmedido decir que la semilla de Carracido ha producido espléndidos frutos. ■



BIBLIOGRAFÍA

- GARCÍA CAMARERO, Ernesto y Enrique. «La polémica de la Ciencia Española». Selección de Textos. Madrid. Alianza Editorial (1970). Págs. 351-372; 434-457.
- GARCÍA DE CORTAZAR, Fernando; GONZÁLEZ VESCA, José. «Breve Historia de España». Madrid. Alianza Editorial (1993). Pág. 697.
- MORENO GONZÁLEZ, Antonio. «José Rodríguez Carracido». Madrid. Biblioteca de la Ciencia Española. Fundación BEX (1.991). Págs. 93-95.
- PESET, José Luís, HERNÁNDEZ-SANDOICA, E. «Instituciones Científicas y Educativas». «Historia de España» de Menéndez Pidal. Tomo XXXIX**. Madrid. Espasa Calpe (1994). Págs. 554 y 576.
- SANTOS RUÍZ, Angel. «Retrospectiva Bioquímica: Facultad de Farmacia de Madrid 1886-1986». Discurso de Ingreso en la Real Academia de Medicina (1991).
- VIAN, Angel. «La Física y la Química». «Historia de España» de Menéndez Pidal. Tomo XXXIX**. Madrid. Espasa Calpe (1994). Págs. 464-466.

Monografía

La Ciencia farmacéutica en el Ateneo

Blas Lázaro Ibiza (1851-1921).

Un institucionalista en el Ateneo de Madrid

Antonio GONZÁLEZ BUENO

Facultad de Farmacia. Universidad Complutense de Madrid

Madrileño de nacimiento, la juventud de Blas Lázaro, y por ende la formación de su pensamiento, transcurrió en una ciudad cambiante, sometida a profundas reformas, no sólo urbanísticas, también ideológicas. Un grupo de intelectuales, cada vez más en desacuerdo con la inactividad imperante en la vida cultural española, comienza a reunirse en torno a Julián Sanz del Río; se inicia así el proceso de gestación de un movimiento que, años más tarde, entre 1870 y 1895, se conocería como krauismo español;¹ un modelo de pensamiento al que B. Lázaro no sería ajeno.

La adscripción de B. Lázaro a esta línea ideológica no es el resultado de un azar, es la conclusión lógica de un proceso de formación dirigido. Cursó sus estudios de segunda enseñanza en el Instituto San Isidro de Madrid, en momentos en que el Centro atravesaba por una etapa de penuria económica,² pero en los que contaba con un excelente claustro de profesores; en él impartió sus clases Nicolás Salmerón, el futuro Presidente de la I República, quien compartió espacio, físico e intelectual, con Urbano González Serrano, seguidor de la doctrina de Krause; éstos y otros docentes fomentaron el ambiente intelectual propicio para que en el Instituto se desarrollaran las «conferencias populares», tan cercanas a la Institución Libre de Enseñanza y que, en cierta manera, marcaron la formación ideológica de B. Lázaro.

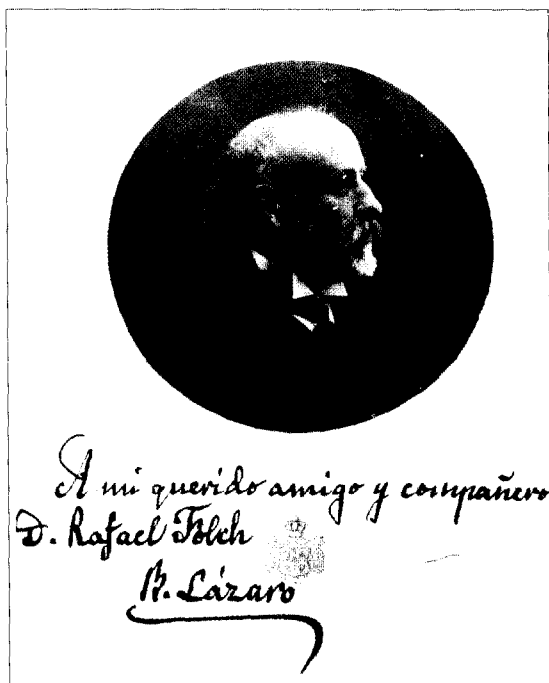
Los años pasados en el Instituto definieron también su vocación científica; muy influyente en su formación fue la figura de Sandalio Pereda, profesor de Historia Natural y director del Instituto entre 1870 y 1886, con él estableció una estrecha relación, mantenida durante los años universitarios, decisiva para entender la posterior vinculación de B. Lázaro con el Real Jardín de Madrid, a la sazón regentado por Miguel Colmeiro, a quien S. Pereda conocería tanto de las sesiones de la Sociedad Española de Historia Natural como de los sillones de las Reales Academias de Ciencias y Medicina, a las que ambos pertenecieron.

Su formación universitaria transcurre en pleno período represivo, el inminentemente posterior a la «segunda cuestión universitaria» suscitada tras la publicación, por el marqués de Orovio, del polémico decreto de 1875, con el que se puso fin a las libertades obtenidas tras los sucesos de la revolución septembrina de 1868.³ La actitud ideológica de B. Lázaro encontrará un cierto eco entre algunos de sus profesores de la Facultad de Farmacia de la Universidad Central, pero sobre todo entre un grupo de compañeros, formado como él, en el ambiente intelectual previo a la Restauración: de entre los más próximos de sus profesores es obligado citar a

¹ Una descripción más amplia en M. Tuñón de Lara (1980); también en D. Núñez Ruiz (1975).

² J. Simón Díaz (1959), en especial las pp. 223-278 del vol. 2.

³ Un comentario más amplio en P. Rupérez (1975); también en M. Peset & J.L. Peset (1974).



Dedicatoria manuscrita de Blas Lázaro a Rafael Folch

Gabriel de la Puerta Ródenas, buen conocedor de las doctrinas de Krause e hito de referencia para toda una generación de farmacéuticos que, como B. Lázaro, creyeron en una Universidad distinta, donde primara la investigación frente al adocenamiento; con sus compañeros más afines formó una agrupación botánica, la Sociedad Linneana Matritense,⁴ planteada como núcleo de formación y divulgación científica, con reuniones periódicas y con una disposición positiva hacia las nuevas concepciones filosóficas, de lo cual es buen ejemplo su actitud ante la doctrina evolucionista.⁵

Tras finalizar su licenciatura en Farmacia, y simultaneándola con los estudios de la de Ciencias Naturales, B. Lázaro se incorporó al cuerpo docente de la Institución; ingresó como auxiliar en el curso 1880-81 y durante el curso 1884-85 se ocupó de la enseñanza de Botánica y Agricultura; su integración en el seno institucionalista debió ser favorecida por Augusto González Linares, con quien man-

tuvo un trato continuo y a quien en alguna ocasión calificó de «mi muy querido amigo».⁶ La participación de B. Lázaro en las tareas de la Institución fue intensa, no reducida a su disciplina sino ampliadas a otras siempre relacionadas con las ciencias naturales y con un claro afán actualizador y divulgador de los conocimientos científicos. La asunción por B. Lázaro de las ideas pedagógicas de la Institución se manifiesta también durante los años de colaboración con la Escuela Normal de Maestras, iniciada en 1882 y mantenida durante más de catorce años.

Experiencias previas para la que sería su definitiva ubicación, la cátedra de Botánica descriptiva de la Universidad Central;⁷ a ella accedió por oposición en 1892 y dictó lección hasta pocos días antes de su muerte, acaecida el último día del febrero de 1921.⁸ Los testimonios de sus alumnos y discípulos coinciden en dibujarnos a un profesor severo, «adusto y casi mortificante»⁹ en sus lecciones de cátedra, empeñado en potenciar las enseñanzas prácticas, de proverbial severidad entre sus alumnos, inflexible en el cumplimiento del deber,¹⁰ de insoportable espíritu de justicia, un «maestro inigualable» para sus discípulos;¹¹ para ellos redactó un conocido libro de texto, «Compendio de la Flora Española», con tres ediciones (1896, 1906 y 1920) sucesivamente ampliadas y puestas al día, el texto estuvo sometido a las más diversas críticas.¹²



⁴ A. González Bueno (1987).

⁵ A. González Bueno (1982).

⁶ La alusión en el prólogo de la descripción de *Centaurea linnaeana* Láz. (cf. S. Rivas Goday, 1969).

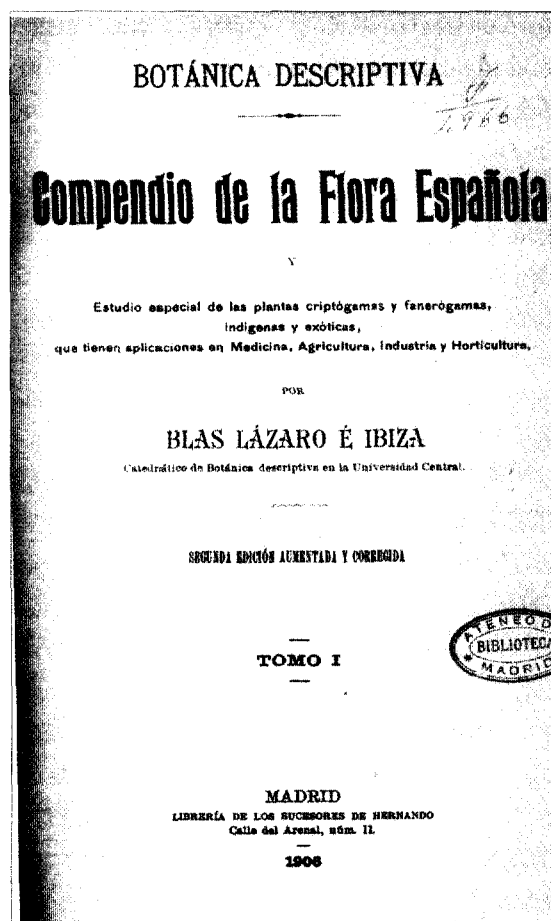
⁷ Antes ocupó la plaza en interinidad, desde el 2 de diciembre de 1890.

⁸ Su última lección, «Generalidades de gimnospermas», la dictó el 21 de febrero de 1921, murió una semana después.

⁹ O. Fernández Rodríguez (1973); el comentario sobre B. Lázaro en pp. 54-55.

¹⁰ C. Cortés Latorre (1955).

¹¹ S. Rivas Goday (1958).



BLAS LÁZARO IBIZA EN EL ATENEO DE MADRID

La participación de B. Lázaro en la vida ateneísta es parca; su vinculación, cuanto menos afectiva, se hace patente a través de dos manifestaciones ocurridas en los años del cambio del siglo: la conferencia con la cual inauguró el curso 1900/1901 la sección cuarta del Ateneo, pronunciada el 19 de noviembre, y que versó sobre «La práctica de los injertos»; su texto fue impreso por Rivadeneyra para este evento¹³, del que se hizo eco la prensa profesional.¹⁴ El segundo acto de presencia tuvo lugar apenas un par de años después, fue el curso sobre «Flora Criptogámica» impartido durante el período académico 1901-02, probablemente a solicitud de José Rodríguez

Carracido, presidente de una de las secciones del Ateneo.¹⁵

Los años durante los cuales B. Lázaro participa en el círculo ateneísta corresponden al zenit de su vida académica y profesional; sirvan los siguientes datos para ponerlo de manifiesto: en diciembre de 1900 recibe el doble nombramiento de presidente de la Sociedad Española de Historia Natural y académico de la Real de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; en 1902 pronunció el discurso inaugural del curso académico en la Universidad Central, a la vez que actuó como ponente, junto a Azcárate y Unamuno, en la Asamblea Universitaria celebrada en Valencia; son los años previos a su nombramiento como Doctor «honoris causa» por la Universidad de Upsala, el más alto reconocimiento recibido en su carrera científica.¹⁶

En abril de 1910 dictó aún una conferencia más, ésta incluida en el ciclo de «Ampliación de Enseñanzas de Farmacia»;¹⁷ su tema, «La conquista del suelo por la vegetación», es un remedo de su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, leído a comienzos del diciembre de 1900,¹⁸ un texto nada exento de polémica en su tiempo, por comentarse

¹² Referencias a éstas pueden leerse en S. Rivas Goday (1958) y C. Cortés Latorre (1955); de él opinó E. Hernández Pacheco: «Alguien ha dicho que el «Compendio de la flora española», de Lázaro, es equivocado. He oído decir al maestro Santiago Ramón y Cajal «que no hay libro que resista el análisis microscópico». No creo que en este caso sean de gran importancia la equivocación o las equivocaciones, si es que las hay. Por mi parte he de decir que la obra de Lázaro me ha sido de gran auxilio en mis modestas investigaciones respecto a los estudios fisiográficos del solar hispano.» (E. Hernández Pacheco (1958), pp. 244-251).

¹³ B. Lázaro Ibiza (1900 a)

¹⁴ Un resumen de la conferencia en Farmacia Española, 33: 22-24. Madrid, 1901.

¹⁵ El curso constó de 18 lecciones y a él asistieron 24 alumnos (cf. D. Pacheco Fernández, 1995, p. 632).

en él, por vez primera de forma favorable en el seno de esta Real Academia, las teorías evolucionistas aplicadas al reino vegetal.

La colaboración de B. Lázaro con el Ateneo debe contemplarse desde sus propuestas renovadoras de la vida universitaria,¹⁹ dentro de un deseo, muchas veces explicitado, de aproximación entre la cultura universitaria y el resto de la sociedad²⁰ que le llevó a colaborar con una amplia gama de agrupaciones donde dictó conferencias; señalaremos, entre otras, la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, tan unida a la Institución Libre de Enseñanza, donde impartió un curso de Química durante el año 1893-1894; la Asociación General de Estudiantes de Farmacia, de la que fue asiduo colaborador durante varios años, y desde cuyo foro propició la celebración de conferencias públicas en un discurso pronunciado el 1 de mayo de 1910, de amplia repercusión; o los cursos de difusión cultural de la Universidad Central, en los cuales también tuvo presencia activa, en especial en el período 1918/1919.²¹

¹⁶ Una relación de sus méritos y publicaciones en A. GONZÁLEZ BUENO (1981).

¹⁷ Cf. F. VILLACORTA BAÑOS (1985, p. 343),

¹⁸ B. LÁZARO IBIZA (1900 b).

¹⁹ Una visión más amplia en A. GONZÁLEZ BUENO & M.S. SALVADOR PRIETO (1995).

²⁰ Sirva como ejemplo el siguiente comentario presente (pág. 85) en su *Discurso leído en la Universidad Central en la solemne inauguración del curso académico de 1902 á 1903*. (Madrid, 1902): «Preciso es que la universidad estreche cada vez más sus relaciones con las clases directoras de nuestra sociedad, por una parte, é intervenga, por otra, en la extensión de la cultura poniéndose en contacto con las clases populares y haciendo algo por su ilustración y por la orientación de sus ideas.»

²¹ Cf. J. MAS GUINDAL (1921).

BIBLIOGRAFÍA

CORTÉS LATORRE, C. (1955). «Don Blas Lázaro Ibiza.» *Anales Inst. Bot. A.J. Cavanilles*, 12: 37-52.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O. (1973). *Recuerdos de una vida*. Madrid.

GONZÁLEZ BUENO, A. (1981). «Datos biográficos y bibliográficos del botánico Blas Lázaro Ibiza.» *Lazaroa*, 3: 313-338. Madrid.

GONZÁLEZ BUENO, A. (1982). «Actitud de Blas Lázaro e Ibiza (1858-1921) ante la corriente evolucionista.» En: M. Hormigón (ed.) *Actas II Congreso Sociedad Española de Historia de las Ciencias*, vol. 1: 419-427. Zaragoza.

GONZÁLEZ BUENO, A. (1987). «Nuevos datos sobre una agrupación botánica: la Sociedad Linneana Matritense.» *Bol. Soc. Esp. Hist. Fcia.*, 38(151-152): 347-358. Madrid.

GONZÁLEZ BUENO, A. & M.S. SALVADOR PRIETO (1995). «Blas Lázaro Ibiza (1858-1921): una utopía universitaria y un monumento a su recuerdo.» En: *La Universidad Complutense y las Artes*: en prensa. Madrid.

HERNÁNDEZ PACHECO, E. (1958). «Desarrollo de La Botánica en España y el botánico Blas Lázaro Ibiza.» *Anales R. Acad. Fcia.*, 24: 244-251. Madrid.

LÁZARO IBIZA, B. (1900 a). *La práctica de los injertos. Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid*. Madrid.

LÁZARO IBIZA, B. (1900 b). [Armas defensivas empleadas por los vegetales en la lucha por la vida.] *Discurso leído en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*. Madrid.

MAS GUINDAL, J. (1921). «Ilmo. Sr. D. Blas Lázaro Ibiza.» *Monitor de la Farmacia*, 27: 81-90. Madrid.

NÚÑEZ RUÍZ, D. (1975). *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*. Madrid.

PACHECO FERNÁNDEZ, D. (1995). «Escuela de Estudios Superiores y la formalización académica del Ateneo de Madrid.» En: A. Díez Torre et als. *De la Ciencia Ilustrada a la Ciencia Romántica*: 615-637. Madrid.

RUPÉREZ, P. (1975). *La cuestión universitaria y la noche de San Daniel*. Madrid.

PESET, M. & J.L. PESET (1974). *La Universidad Española, siglos XVIII y XIX*. Madrid.

RIVAS GODAY, S. (1958). «Lázaro Ibiza, algunos aspectos de su labor como catedrático y como investigador.» *Anales R. Acad. Fcia.*, 24: 233-244. Madrid.

RIVAS GODAY, S. (1969). «Centaurea linaresii Láz. «Centaurea mayor» dedicada por Lázaro e Ibiza al naturalista González Linares, primer maestro de Rodríguez Carracido.» En: *Libro homenaje al profesor D. Obdulio Fernández con motivo del cincuentenario de su ingreso en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*: 481-485. Madrid.

SIMÓN DÍAZ, J. (1959). *Historia del Colegio Imperial de Madrid*. Madrid.

TUÑÓN DE LARA, M (1980). *La España del siglo XIX*. Barcelona.

VILLACORTA BAÑOS, F. (1985). *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1885-1912)*. Madrid



Monografía

La Ciencia farmacéutica en el Ateneo

Joaquín Olmedilla y Puig (1842-1914).

Juan ESTEVA DE SAGRERA
Catedrático de la Universidad de Barcelona.

Joaquín Olmedilla y Puig nació en Madrid en 1842 y murió en la misma ciudad en 1914. No son dos fechas casuales ni carentes de significación: 1842 casi coincide con el ingreso de Farmacia en la Universidad (1845), 1914 supuso el inicio de la Primera Guerra Mundial, acontecimiento que se identifica con el cambio de época, el paso del positivismo a la era contemporánea. Entre 1845 y 1918 se desarrolla el período más fructífero de la farmacia española, entre 1842 y 1914 vive Joaquín Olmedilla. No es extraño que su figura coincida con una fase en la que los farmacéuticos españoles realizan una valiosa contribución a la ciencia y la cultura de su tiempo. Nunca más, ni siquiera en el momento presente, los farmacéuticos han tenido ante sí un panorama tan halagüeño: universitarios de nuevo cuño y, como tales, comprometidos con la cultura de su sociedad; dotados de una formación científica polivalente que les hizo brillar y destacar en la química, la farmacia y las ciencias naturales, entre otras materias, y sin la competencia de otros profesionales que con ellos rivalizaran; expertos del medicamento en sus farmacias, todavía no desplazadas por la investigación y la producción industrial realizada en los grandes laboratorios.

La literatura de la época describe con precisión la presencia de los farmacéuticos, su protagonismo cultural y científico, su activa incorporación al saber, sin las dudas, recelos y reticencias del momento ac-

tual, en el que la fabricación industrial de los medicamentos ha hecho que las farmacias se hayan convertido en centros de dispensación, perdiéndose en buena parte el respeto y la admiración con que el pueblo llano contemplaba a los farmacéuticos.

En ese escenario privilegiado vivió y trabajó Olmedilla. Cuando el farmacéutico era un científico y la farmacia era del farmacéutico, cuando le pertenecía, si no toda, sí buena parte del prestigio alcanzado por el medicamento. En esa época dorada para la farmacia y dulce para el farmacéutico español vivió Olmedilla y lo menos que puede decirse a su favor es que supo estar a la altura de las favorables circunstancias que le permitieron desarrollar, sin obstáculos, su labor científica y cultural. Fue así, de forma natural y acorde con sus méritos y con el prestigio de su profesión, como Olmedilla se convirtió en figura destacada de la farmacia española y del mundillo cultural de su ciudad, Madrid.

Olmedilla se licenció en Farmacia, con premio extraordinario, en 1864. Más tarde obtuvo el doctorado en Farmacia y fue también licenciado en Ciencias y licenciado y doctor en Medicina. Ingresó como profesor en la Universidad el año 1864, como Ayudante interino de la Facultad de Farmacia. En 1868 gana una oposición de Ayudante de clases prácticas, plaza de la que fue nombrado, en 1878, catedrático supernumerario. Su acceso a la Cátedra se produce en 1902 y pasa a desempeñar la Cátedra de Farmacia Práctica y Legislación Farmacéutica. Obtuvo numerosos premios y reconocimientos y fue Académico de número de la Real Academia de



Joaquín Olmedilla y Puig (1842-1914)

Medicina de Madrid. En esa institución desempeñó el cargo de Secretario de la Comisión permanente formada para redactar la Farmacopea Española. Fue representante de la Alta Cámara como Senador, Académico correspondiente de la Real Academia de Historia, Consejero de Sanidad, farmacéutico en ejercicio con farmacia, que heredó de su padre, y fue un ateneísta activo y destacado y dio en el Ateneo de Madrid varias conferencias: «Importancia de la bibliografía en la farmacia» (25 abril 1909), «Intervención de la Química en algunas causas célebres» (10 abril 1910).

Su obra es extensísima. Roldán y Guerrero enumera hasta 202 publicaciones de Olmedilla y destaca su papel de publicista y traductor.¹ Un repaso a los temas tratados por Olmedilla muestra lo variado de su saber y las múltiples disciplinas que cultivó, ya como autor, ya como traductor: Farmacia Práctica, Historia de la Farmacia, Historia de la Ciencia, Química Industrial, Higiene, Bibliografía, Análisis, Física Médica y Biológica, Nutrición, Bromatología. Interesado no sólo por la farmacia sino también por la ciencia en general, y por la cultu-

ra en su más amplia acepción, Olmedilla desembocó muy pronto en un gran interés por la historia y por el papel de la bibliografía como sustento básico de la investigación histórica.²

Los temas históricos tratados por Olmedilla fueron diversos: biografías de farmacéuticos,³ biografías de científicos y médicos,⁴ estudios sobre Cervantes y Leonardo de Vinci, múltiples y variados temas de los que trata su historia⁵ y apuntes culturales sobre el costumbrista Ramón de Mesonero Romanos y sobre Pedro Ponce de León, el pedagogo que fue el primero en enseñar a expresarse a los sordomudos.

De las numerosas obras de Olmedilla destacan algunas, como especialmente significativas y valiosas: sus estudios de Farmacia Práctica y de Historia de la Farmacia y entre estas últimas un estudio sobre los medicamentos del siglo XVII⁶ y otro sobre la importancia de la bibliografía y la historia en la farmacología⁷, que puede considerarse un reducido tratado de Historia de la Farmacia. La importancia de estos dos tratados, debidamente situados en su tiempo, es que Olmedilla hace una aportación que le



¹ ROLDÁN Y GUERRERO, Rafael: *Diccionario biográfico y bibliográfico de autores farmacéuticos españoles*, Madrid (1975), 555-579.

² ESTEVA DE SAGRERA, Juan, SUÑE ARBUSSÁ, José María: «Joaquín Olmedilla y Puig, historiador de la farmacia», *Jesús Isamat Vila, Barcelona* (1979), 21-34.

³ AGUSTÍN YAÑEZ Y GIRONA, Fernando AMOR Y MAYOR, Quintín CHIARLONE, Ramón BARBOLLA, José DE PONTES Y ROSALES, CASAÑA Y LEONARDO, Lorenzo PÉREZ.

⁴ BERCELIUS, Hipólito RUÍZ LOPEZ, Andrés LAGUNA, ÁLVAREZ CHANCA, Nicolás MONARDES, Cristóbal ACOSTA, Alonso LÓPEZ DE CORELLA, Luis MARLIANO, Francisco ÁRCEO, Andrés VESALIO, GARCÍA DA ORTA.

⁵ La esmeralda, la fotografía, el reactivo químico, la industria química, el papel, el café, los desinfectantes.

⁶ «Consideraciones histórico-críticas de los medicamentos en el siglo XVII», Discurso de recepción en la Real Academia de Medicina de Madrid, 2 de marzo de 1890.

⁷ «Valor de los conocimientos históricos y bibliográficos en la farmacología», Discurso inaugural del año 1904 en la Real Academia de Medicina de Madrid.



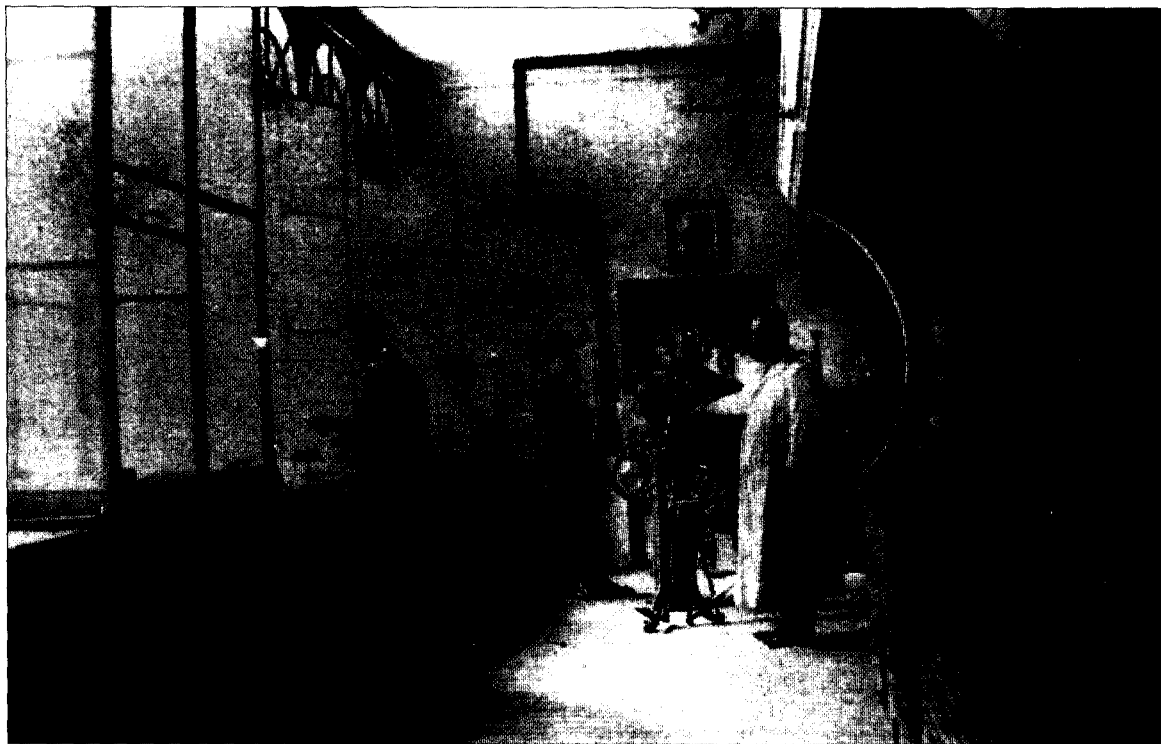
Vista parcial del laboratorio de Farmacia práctica.

hace merecedor de no ser considerado un simple y bienintencionado aficionado. Es legítimo incluirle en la línea que empieza con Chiarlone y Mallaina y sigue por Rafael Roldán y Rafael Folch hasta Guillermo Folch, Gómez Caamaño y los actuales historiadores de la farmacia. Se trata de una línea que no estaría completa de omitir en ella el infatigable Olmedilla, quien sin ser un historiador en sentido estricto, es un buen ejemplo de farmacéutico interesado por la historia de su profesión, desde el rigor bibliográfico y la seriedad metodológica.

Un buen ejemplo del talante con que escribió historia Olmedilla es su análisis de las causas de la decadencia científica española acontecida en el s. XVII. Lejos de contentarse con lo más fácil, Olmedilla pone sin reparos el dedo en la llaga y señala como causas de la decadencia científica española las siguientes: la intolerancia religiosa; el papel paralizante desempeñado por las riquezas expoliadas al continente ame-

ricano en vez de crear riqueza mediante el trabajo productivo; la sangría económica que supusieron las continuas campañas bélicas en Europa; la expulsión de los moriscos y la gran emigración que se produjo a los territorios americanos. Es una buena muestra de los criterios manejados por Olmedilla y de su talante carente de prejuicios.

Cree Olmedilla que la bibliografía es fundamental para acometer un estudio histórico y cree también que los avances y retrocesos en farmacología se producen al unísono con los vaivenes que experimenta la cultura general de cada época. De ese modo sitúa la historia del medicamento dentro del pensamiento científico y cultural de su tiempo, sin pensar que pueda tener una historia independiente. Estas y otras consideraciones hacen actual a Olmedilla y conceden mérito a su obra, siempre sin olvidar que no fue propiamente un historiador sino un hombre culto interesado por la historia, que vio



Laboratorio de Química Inorgánica

en ella una forma de aproximarse al presente. Como farmacéutico, supo comprender el valor de la historia de su profesión, imprescindible para situar correctamente los conocimientos sobre el medicamento en un proceso dinámico y cambiante.

Fue Olmedilla un farmacéutico que se acercó a la historia de la farmacia con seriedad no exenta de curiosidad. Destaca entre los profesores de su tiempo por haber comprendido la necesidad y utilidad de los estudios históricos en las licenciaturas técnicas y supo ver en el pasado, y en su estudio, explicaciones al presente. Fue un hombre culto, un trabajador infatigable, interesado por los temas más variados. Es obvio que no pudo profundizar en todos ellos, hay aspectos en los que su aportación no es novedosa ni de especial mérito, pero siempre está presente su curiosidad, su amplia cultura, su interés por la ciencia, la importancia concedida a la historia.

Olmedilla supo ser, además de farmacéutico no-

table, muchas otras cosas, entre ellas escritor de mérito y hombre interesado por la cultura de su tiempo. Se desenvolvió con habilidad y dignidad en el ambiente cultural del Madrid de su época, fue un hombre culto, un erudito, un escritor polifacético. A su obra de farmacéutico se añade su dimensión literaria y cultural, su actividad como ateneísta, su vocación de historiador, la que fue su gran afición al margen de los conocimientos técnicos propios de la farmacia. Como historiador tuvo sus limitaciones, pero las suplió con entusiasmo y buen criterio y supo dar prioridad a la información bibliográfica y buscó el rigor y la objetividad, sin contentarse con fáciles y gratuitas apologías. Farmacéutico en ejercicio, catedrático, ateneísta, historiador, traductor, autoridad en Farmacia Práctica, Olmedilla es un buen ejemplo de cómo un farmacéutico, y no estuvo solo en ello, supo auparse a una posición de prestigio en la sociedad de su tiempo. ■

Monografía

La Ciencia farmacéutica en el Ateneo

José Casares Gil (1866-1961)

Benito DEL CASTILLO GARCÍA

Catedrático y Decano de la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense de Madrid.

Perteneció a una deslumbrante familia de científicos gallegos; no en vano su padre y dos tíos fueron catedráticos, respectivamente de Farmacia, Ciencias y Medicina. Su ilustre progenitor, también fue Decano de la Facultad de Farmacia y Rector de la Universidad compostelana.

Don José nació en Santiago el 10 de marzo de 1866, hijo de don Antonio Casares Rodríguez y de doña Jesusa Gil Villanueva, su segunda esposa.

Su infancia, según reconoció él mismo, no fue muy dichosa, debido, tanto a su delicada salud como a los métodos poco pedagógicos de enseñanza que recibió hasta quinto curso de bachiller. Sin embargo con el inicio de estudios de Física, Química e Historia Natural, su situación cambió drásticamente. Así pues, obtuvo el título de bachiller, con calificación de sobresaliente en 1879.

Aunque quería ser marino, sin embargo ese año inicia los estudios universitarios, por enseñanza oficial en la Facultad de Farmacia de Santiago de Compostela y libre en la Facultad de Ciencias de Salamanca.

En 1884 concluye los estudios de Farmacia, con la calificación de sobresaliente y premio extraordinario y en 1885 la licenciatura en Ciencias con sobresaliente. La tutela de su padre y su tío Ramón, así como los conocimientos de Física adquiridos en ambas licenciaturas, serían decisivos para su futuro y

temprano éxito en las oposiciones a cátedra que posteriormente ganaría.

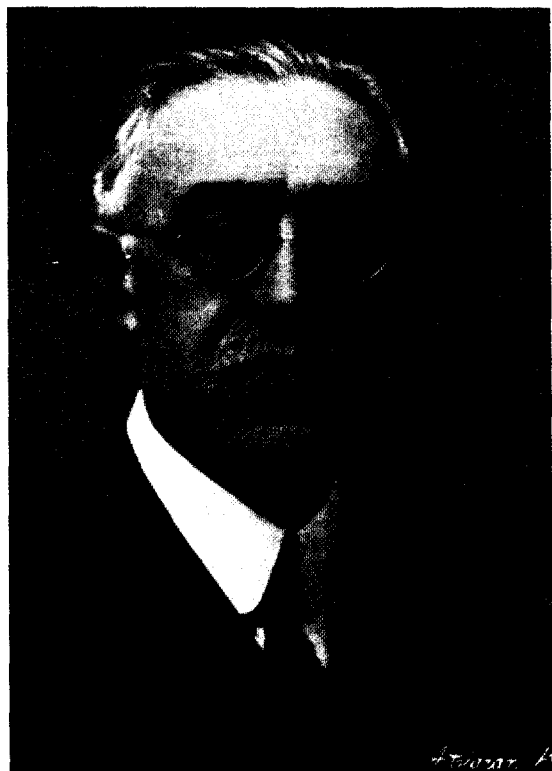
En 1887 alcanza, en la Universidad Central de Madrid, el grado de doctor en Farmacia, regresando a su Santiago natal, donde el Rector de la Universidad le encarga de las enseñanzas de la asignatura «*Instrumentos y Aparatos de Física de Aplicación a la Farmacia*». Su padre le había informado de la próxima convocatoria a oposición de esa cátedra vacante. Fausto Garagarza, desde Madrid era el ferviente impulsor de lo que posteriormente serían, en los planes de estudio de las facultades de Farmacia españolas, dos asignaturas clave: la *Técnica Física y el Análisis Químico*.

Mientras estaba preparando las oposiciones, muere su padre, que le había animado a presentarse, más que con esperanzas de éxito, como fogueo para el futuro. Pero realizado el sorteo de los temas a desarrollar y gracias a sus conocimientos de Física, obtiene el número uno, con veintidós años, y elige la Facultad de Farmacia de Barcelona, donde toma posesión en 1889 de la cátedra dúplice «*Estudio de los Instrumentos y Aparatos de Física de Aplicación a la Farmacia*» y «*Análisis Químico, en particular de los alimentos, medicamentos y venenos*».

Previamente contrajo matrimonio con doña Soledad Mosquera Santiso, que moriría a los dos años en el parto de su único hijo.

Concedor de la pujanza científica de Alemania en aquellas fechas, solicita diversos permisos para ampliar sus estudios en varios centros germanos.

En 1899 es nombrado Delegado del Gobierno en



José Casares Gil. en 1930.

el Congreso Internacional de Ciencias Químicas y Naturales, celebrado en agosto en Neuchâtel. Aprovechó la salida para permanecer varios meses en Alemania, regresando en 1900 de nuevo a Barcelona. Ese mismo año se le nombra Decano de la Facultad de Farmacia de su universidad, encargándole el discurso de apertura del curso 1900-01, que versó sobre la investigación científica y el sistema universitario alemán. Había trabajado en Munich con el eminente químico Baeyer y en Wiesbaden con Fresenius.

En 1901 la Reina Regente le nombraría Jefe Superior de Administración civil, libre de pagos.

En 1902 se traslada a EE.UU. para ampliar estudios, reintegrándose a sus ocupaciones de catedrático y decano de la Facultad de Farmacia de Barcelona en 1903. Retorna a Norteamérica en 1905 para anali-

zar las aguas de los geiseres del Parque Nacional de Yellowstone.

Ese mismo año fallece Garagarza en Madrid, y mediante concurso de traslado ocupa las dos cátedras de don Fausto en la Facultad de Farmacia de la Universidad Central de Madrid, donde implantaría una novedosa y positiva metodología docente en sus dos asignaturas. También en 1905 es elegido Senador, en representación de la Universidad de Santiago, cargo que ocupó hasta 1920.

En 1908 es nombrado director del Laboratorio Químico de la Dirección General de Aduanas, tras el fallecimiento del también catedrático de Farmacia Gabriel de la Puerta y Ródenas.

En 1920 la Junta de Ampliación de Estudios le concede una pensión para permanecer durante un año en Alemania. Allí tuvo conocimiento, y tomó posesión ante el Cónsul español en Munich, del nombramiento de Decano de la Facultad de Farmacia de la Universidad Central de Madrid, sucediendo a Lázaro e Ibiza. La misma Junta le elegirá representante español en el Congreso Sudamericano de Química, celebrado en julio de 1924 en Buenos Aires. Recibe todo tipo de honores y distinciones, desplazándose posteriormente a Paraguay, Brasil, Uruguay, Perú, Bolivia y Cuba. En 1926, sería nombrado vocal de la citada Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, de la que posteriormente sería Vicepresidente. En 1927 es nombrado vocal de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria madrileña. Cesa como Decano en 1930, siendo sustituido por don Obdulio Fernández. Ese mismo año será designado Consejero y Miembro de la Junta Permanente del Real Consejo de Instrucción Pública.

Posteriormente y con motivo de la celebración en Madrid, en 1932 del IX Congreso de la IUPAC, que presidió don Obdulio, don José fue designado





Ángulo del laboratorio de Análisis Químico

representante del gobierno de la República de Cuba, con carácter honorífico, en dicho evento.

A los setenta años, en 1936, le corresponde jubilarse, siendo elegido miembro de número de la Academia Nacional de Medicina y Decano honorario de la Facultad de Farmacia de Barcelona.

Tras la contienda civil española, en 1939, es nombrado Presidente de la Real Academia de Farmacia, vocal del Patronato Económico Central del Profesorado Universitario y director del Instituto Rockefeller.

Un año después, en 1940, fue nombrado director del Instituto «Alonso Barba», de Química, y del Instituto «Alonso de Santa Cruz», ambos pertenecientes al C.S.I.C., del cual fue vocal y miembro, en representación, respectivamente de la Universidad y de la Comisión Hispanoamericana.

En 1942 interviene activamente, como subsecretario del Ministerio de Educación Nacional, en las obras del edificio de la Facultad de Farmacia de Madrid. A continuación, sería nombrado vocal de la Junta de Gobierno del Patronato «Juan de la Cierva».

Tras la Guerra Civil, a pesar de estar jubilado, fue nombrado nuevamente Decano de la Facultad de Farmacia. Don Obdulio, y sus discípulos, entre ellos Mariano de Mingo, quedaron injustamente postergados. Quizás en esta ocasión, le faltó la generosidad, característica de los grandes personajes, sin embargo su valor fue parejo al de su adversario. En 1951, renuncia al cargo de Decano, siendo designado Decano honorario de la Facultad madrileña. En ese año, sería nombrado Presidente de las Juntas de Gobierno de los institutos «Alonso Barba», de



Laboratorio de Análisis Químico. Vista parcial.

Química, «Alonso de Santa Cruz», de Física y «Antonio Gregorio Rocasolano» de Fisicoquímica.

En 1955, sería Procurador en Cortes en representación del Instituto de España y en 1956, se le concede, a propuesta de la Real Academia de Farmacia, el Premio de Química de la Fundación Juan March.

Le llegó la muerte a los noventa y cinco años, en su Santiago de Compostela natal, sin haber escrito sus memorias, que nos hubieran aportado un magnífico documento, desde su perspectiva, de casi un siglo de historia de la ciencia española, de la que tomó arte y parte, de forma muy decisiva y positiva. Falleció el 21 de marzo de 1961.

Con Carracido y don Obdulio, en el decanato de la Facultad de Farmacia madrileña, indudablemente considero que, formaron un trío insuperable de ilustres profesores, que conformaron solidaria o insoli-

dariamente, el medio siglo más decisivo y fructífero de la Farmacia española, del cual aún, cincuenta años tras su estela, nos seguimos beneficiando. Los tres, en cierto modo fueron artífices del gran prestigio científico, profesional y social que la Farmacia española goza actualmente en el concierto europeo y mundial.

He de completar este apartado biográfico pincelando algunos rasgos característicos de su personalidad, que a buen seguro ayudarán a comprender su vida científica. Madrugador e incansable caminante antes de acudir al trabajo. Sencillo. Gran compañero. Indudablemente benefactor de amigos, parientes, bienhechores y discípulos; los defendía y proyectaba, a capa y espada. Conversador ameno y ocurrente, que nunca perdió el suave acento y forma universal de ser gallego. Hablaba y escuchaba.



Viajero infatigable. Farmacéutico a carta cabal. Le gustaba la caza y el montañismo, por lo que de caminar conllevan. Gozó de la equitación en Chile, Argentina, EE.UU. e Islandia, unas veces por necesidad y otras por ocio. No tuvo coche, aunque era acreedor, por cargo, de vehículo oficial, si bien practicó el ciclismo y motociclismo, siendo criticado por esto último por sus compañeros del Senado. Amó la naturaleza, la música y la ciencia. Religioso, conservador y distraído. Fue un gran maestro y profesor y creó «escuela».

En su segunda etapa de decano, se puso en vigor un plan de estudios de Farmacia de seis años, desdoblándose prácticamente todas las asignaturas previas y propiciando la presencia de muchos nuevos profesores foráneos en la Facultad.

En el aspecto docente hay que destacar su afán de situar las universidades españolas a nivel similar a las mejores europeas, y su continua preocupación por la calidad de las enseñanzas, sobre todo las prácticas, impartidas a los estudiantes de la licenciatura de Farmacia. Así lo expuso en numerosos discursos y escritos, entre los que destacaré *«Reforma universitaria»* y *«Reorganización de la Facultad de Farmacia»*. En sus libros de texto, y en especial en los muy didácticos tratados de *«Técnica Física»*, de fácil lectura, llega a incluir, por ejemplo en la tercera edición, un apéndice con las nociones mínimas de matemáticas indispensables, para poder asimilar con facilidad su asignatura, y que, en su mayoría, los estudiantes no tenían al llegar a la Universidad. Para elevar el nivel del alumnado de Farmacia era firme partidario de realizar un examen de ingreso a la Facultad, exigiendo conocimientos de matemáticas e idiomas, seleccionando así a los más aptos. También recomendó aumentar las tasas de matrícula para destinarlas a la mejora de las prácticas y de la biblioteca de alumnos. Asimismo consideraba que debería existir el requisito de practicar, al menos un año, en

una oficina de farmacia, para conseguir el título de farmacéutico.

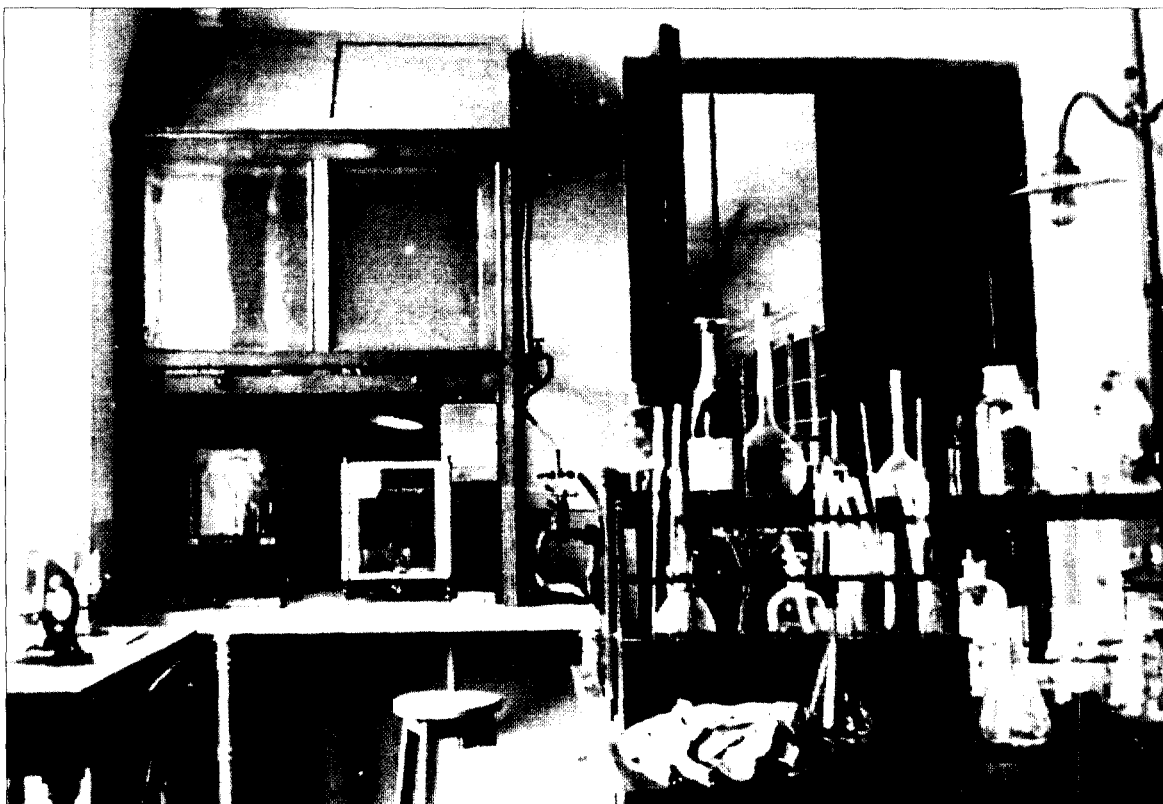
Don Siro Arribas Jimeno le calificó de *«gran analista y magnífico docente, que trabajó preferentemente en el análisis químico de aguas mineromedicinales y en particular en la determinación del flúor en las mismas»*.

Su sobrino, don Román Casares López, que le sucedió solo en la cátedra madrileña de *«Análisis Químico»* indica también *«la importancia de estos estudios, desde el punto de vista toxicológico, puesto que la carencia predispone a la caries y el exceso a la fluorosis, siendo sus trabajos clásicos en cualquier monografía del flúor»*.

Es obvio que Henri Moissan, que descubrió el flúor, Premio Nobel y profesor de la Facultad de Farmacia parisina le honrara con su amistad.

Casares Gil fue un renovador e impulsor de la Química en general, del *Análisis Químico* en particular y propició la introducción de la *Fisicoquímica* en España. Fue seguidor de la escuela alemana, quebrando la línea de seguimiento francesa. Creyó que España quedó relegada, en el siglo XIX, en el desarrollo de la Química a causa de las guerras y luchas políticas que no facilitaban el intercambio científico con países más avanzados, a pesar de contar aquí con excelentes profesores.

Predicó con el ejemplo la formación de docentes e investigadores allende de nuestras fronteras a fin de lograr la recuperación científica española, alcanzando notoriedad y reconocimiento en Europa e Iberoamérica. Prueba de ello fueron sus doctorados «honoris causa» por las Universidades de Munich y Oporto, así como la designación de Académico Numerario de diversas academias de Ciencias, Farmacia y Medicina de Portugal, Méjico, Argentina, Colombia, Perú, Cuba, etc., y en nuestra patria Director y Académico de la Real de Farmacia, Presidente y Académico de la Real de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Académico de la



Laboratorio de Análisis Clínico.

Nacional de Medicina, etc. Su Galicia natal no estuvo ajena a la hora de dispensarle honores, así pues le designaron Decano honorario de la Facultad de Farmacia de la Universidad de Santiago y Presidente de honor de los cuatro Colegios Oficiales de Farmacéuticos gallegos.

Más de una docena de sus discípulos fueron catedráticos en diversas universidades españolas.

Sus textos de *Análisis Químico* (diez ediciones) y *Técnica Física* (cuatro ediciones) han servido de base para la formación de generaciones de farmacéuticos. Su *Técnica Física*, con el paso de los años, dio origen en la licenciatura de Farmacia, a las *Técnicas Instrumentales*.

En el actual nuevo plan de estudios de Farmacia de la Universidad Complutense de Madrid, vuelven ahora a reunirse en feliz matrimonio, bajo el área de

conocimiento de Química Analítica, el «*Análisis Químico*» y las «*Técnicas Instrumentales*». Del mismo tronco nacieron «*Fisicoquímica*», «*Bromatología*» y «*Toxicología*» y otras disciplinas hoy dispersas y con mayores perspectivas de futuro que sus progenitoras, afortunadamente.

Don José, como político, quedó defraudado, ya que según reconoció, la dedicación al Senado durante quince años le apartó bastante de sus trabajos de laboratorio, si bien siempre creyó que su cargo hubiera podido servir para ayudar a la mejora de la enseñanza en España.

Del estudio del Diario de Sesiones de Cortes (Senado) entre 1905 y 1920, destacan sus intervenciones y presencia en comisiones relativas a carreteras, remuneración del profesorado, ampliación de estudios dentro y fuera de España, autonomía



universitaria, corrección de estilo, clases pasivas, aduanas, pensiones, y en particular todos los temas relacionados con Galicia y su Universidad compostelana.

INTERVENCIONES DEL PROFESOR CASARES GIL EN EL ATENEO DE MADRID

Dado su prestigio científico y político, unido a su popularidad, intervino en muy diversos foros impartiendo cursos y conferencias. Este es el caso del Ateneo madrileño, en el que coordinado por don José Rodríguez Carracido, se organizó un ciclo de Ampliación de las Enseñanzas de Farmacia, de 1908 a 1910, propiciado por la sección de Ciencias Físicas y Naturales, que él presidía. Junto con Carracido y Casares, también intervinieron figuras de la talla de Marcelo Rivas, Obdulio Fernández, Bonet, Olmedilla y Lázaro Ibiza.

En esos años se tiene constancia de varias conferencias impartidas en el Ateneo. Destacaré la pronunciada el 1 de abril de 1908, tras su segundo viaje científico en 1905 a Norteamérica «*El Yellowstone National Park de EE.UU.*», su objetivo fue el análisis de las aguas del géiser de Old Faithful, donde destaca las proporciones de flúor halladas, y del manantial de Mammut Hot Springs. El 18 de abril de 1909, insiste con el tema de su especialidad, el título de su conferencia fue «*Representación de los resultados del análisis de aguas minerales*». Posteriormente publicará también la caracterización física y el análisis químico de la «geyserita», a la que describe como dura, estratificada, alternando capas blancas y transparentes y compactas. Asimismo constató que, muy probablemente, la coloración verdosa de algunas aguas del parque de Yellowstone se debe a la formación de sulfoferritos en estado coloidal. Destacó los métodos de análisis cualitativo más modernos de diversos elementos alcalinos, alcalinotérreos, haluros, etc.

También como consecuencia de sus numerosos viajes, y de su formación científica germanófila, pronunció el 13 de marzo de 1910, una charla sobre «*La fábrica de Zeiss en Jena*», donde destaca, en esta ocasión, los métodos ópticos de análisis. En 1911 pronunció otra con el título «*El estudio químico del 606*». Finalmente en 1922, volvió a dirigirse al Ateneo para dictar la conferencia titulada «*Fenómenos catalíticos*». ■

BIBLIOGRAFÍA

- BENITEZ TRUJILLO, M. L. Memoria de Licenciatura.
«*Estudio bibliográfico de Antonio Casares Rodríguez y José Casares Gil*». Facultad de Farmacia. U.C.M. 17 de mayo de 1984. Madrid.
- VILLANUA FUNGAIRIÑO, L. «*El Análisis Químico Aplicado. Ciencia Farmacéutica*». Anal. Bromatol. XXXIX-1, págs. 11-45, (1987).
Revista *El Ateneo* 1908 nº 1, págs. 149-158.
Ibid., 3, Pág. 317-318.
El Imparcial 18 abril 1909.
Boletín de la Biblioteca del Ateneo Científico Literario y Artístico 1, 2, 1910, págs. 82-85.
Ibid. 1, 3, 1910, págs. 112-114.
Ibid. 11, 5, 1911, pág. 50-55.
Ibid. 11, 6, 1911 Págs. 91-92.
- ARRIBAS JIMENO, S. *Introducción a la Historia de la Química Analítica en España*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo, Oviedo (1985).
- LAITINEN, H.A. y EWING, G.W. *A History of Analytical Chemistry*. The Division of Analytical Chemistry of the American Chemical Society. York (1977).
- CARMONA, A.M. y GOMEZ-CAAMAÑO, J.L. *Historia de la Cátedra de Técnica Física*. Boletín de la Sociedad Española de Historia de la Farmacia. XXXV-138, Pág.125-137. (1984).
- LORA-TAMAYO, M., *La investigación química española*. Ed. Alhambra. Madrid (1981).
- DEL CASTILLO GARCIA, B., «*Instrumentos científicos*». (6º capítulo, p. 126-139), en *El Museo de la Farmacia Hispana*. Ed. Consejo Social UCM, Madrid (1993).
- HUDSON, J. The MacMillan Press Ltd, «*The History of Chemistry*. Pág. 228-243. London (1992).
- ACEBES PASTRANA, P. *La Química en Europa y América (Siglos XVIII y XIX)*. Universidad Autónoma Metropolitana. Pág. 157-176. México (1994).
- IHDE, AARON J. *The Development of Modern Chemistry*. Dover Publications, Inc. Pag. 277-295. Nueva York (1984).

Monografía

La Ciencia farmacéutica en el Ateneo

Baldomero Bonet (1857-1925).

La educación científica en el umbral del **XX**

Alejandro R. Díez Torre

Depto. de Historia II. Universidad de Alcalá de Henares

«Larga sería la enumeración de los trabajos en que los catedráticos han expuesto a la Superioridad sus lamentaciones de cincuenta años a esta parte (...), sabiendo como todo el mundo sabe, pues ha llegado ya a la categoría de axioma, que la prosperidad de las naciones ha de encontrarse en la Ciencia, y que la Ciencia será la única que permita a nuestra patria sacudir el yugo que sobre ella ejercen, a guisa de penetración pacífica, las naciones europeas que marchan al frente de la civilización mundial. (...); pero son tan defectuosos los resultados obtenidos con los actuales moldes, que considero urgente buscar otros, siguiendo los que en otros países los dan superiores». Estas palabras, pronunciadas en un discurso de apertura académica en la Universidad madrileña en 1907¹ por el catedrático de Farmacia Baldomero Bonet, tuvieron entonces todo el significado del desasosiego en la España posterior al emblemático 1898. Su discurso revelaba allí tanto la aguda conciencia del retraso histórico o las ocasiones perdidas de la sociedad y los gobiernos en la Universidad, para la enseñanza científica, como la distancia a recuperar y la encrucijada histórica de un país a la deriva, que soltaba amarras en la Europa de comienzos del presente siglo. Y sin embargo, el mismo año que se pronunciaba aquel discurso, un hito significativo como la institución de la Junta para la Ampliación de Estudios marcaba –en el mismo sentido señalado, entre otros, por aquel catedrático– el inicio de una nueva «edad de plata» para al Ciencia

en España; y los historiadores no han podido menos que constatar la línea continua, en la recuperación científica de las décadas finales del siglo XIX, que dió lugar a una «generación de sabios» en los inicios del XX (en parte ocultados por el énfasis y la hinchazón regeneracionista finisecular)². El mismo catedrático, cuyas palabras expresaban al comienzo la visión de una enseñanza universitaria más exigente, había puesto a punto desde 1900 el bagaje especializado de sus enseñanzas al nivel más actualizado –en una de las ciencias de avanzada del momento, como la Química– y se implicaba en tareas de debate y difusión en la sociedad, a través de una institución alternativa de enseñanzas científicas y renovación cultural como el Ateneo de Madrid. Por lo demás, la propia trayectoria del catedrático y químico-farmacéutico Baldomero Bonet es expresiva de los empeños académicos y los retos de conocimiento, frecuentes en los grupos de profesores y científicos

¹ El texto en Baldomero BONET y BONET: Universidad Central. *Discurso leído en la solemne inauguración del curso académico de 1907 a 1908*, Madrid, Imp. Colonial, 1907; pp. 27, 28 y 32.

² Vid. a este respecto, desde el clásico estudio de José Ma LÓPEZ PIÑERO, «El saber médico en la sociedad española del siglo XIX» en *Medicina y sociedad en la España del siglo XIX*, a los balances y aproximaciones transversales, en MANUEL SÁNCHEZ RON (ed): *Ciencia y sociedad en España*, Madrid CSIC-Fund. J.Ortega, 1988; pp. 143-155 (152), así como *Ibidem*, José SALA CATALÁ: «Ciencia biológica y polémica de la ciencia en la España de la Restauración»; pp. 157-177. Vid. igualmente, apreciaciones concretas sobre la marcha ascensional científica, a partir de 1907-10 en Manuel LORA TAMAYO, *La investigación química española*, Madrid, Alhambra, 1981; pp. 107-122.



Baldomero Bonet y Bonet en 1900.

que, desde las últimas décadas del s.XIX, prepararon el medio educativo e institucional de las primeras generaciones científicas del siglo XX.

1. UNA LARGA PREPARACIÓN PROFESIONAL Y EXPERIMENTAL

Baldomero Bonet y Bonet había nacido en Castellsarà, Ilérida, el 17 de octubre de 1857. Del mismo pueblo habían salido años antes sus tíos Francisco y Magín, para recorrer el camino, de la carrera profesional farmacéutica a la profesoral, académica y a la larga –e indeclinable– dedicación científica. Crecido el joven vástago Bonet en una familia de vinculaciones farmacéuticas –profesión ejercida por su padre– también fue precedido de la actividad y la labor innovadora y renovadora de un medio familiar de personalidades científicas, como sobrino de los analistas físicos y químicos, el catedrático Francisco Bonet y Bonfill o el académico Magín Bonet y Bonfill. El primero, en el curso de una dura y fructífera carrera de enseñante y analista en

Barcelona, pudo llegar a refutar –a comienzos de los años 80 del s. XIX– los argumentos de Pouillet sobre el peso de la atmósfera, después de construir una balanza ultrasensible, fundada en el equilibrio de los cuerpos flotantes. El segundo, después de la inevitable oposición catedrática, pasó a la excedencia y a la formación durante cuatro años en las más acreditadas escuelas químicas de Alemania, Inglaterra y Suecia (para tener ocasión de trabajar en aquellos países con figuras científicas como Dumas, Stass, Fresenius, Bunsen o Berzelius). A su vuelta a España y después de destacados cometidos y obra científica, Magín fue considerado como el primer químico analista de su época en España –hasta su muerte, en 1894– y reforzó el núcleo analista, que contribuyó decisivamente a formar a lo más granado de la especialidad química en el Madrid de entresiglos³. Cinco años después, en 1899 y al filo del cambio del siglo llegó a la capital nacional Baldomero Bonet, después de una lenta –y empeñada, al tiempo que experimentada– preparación docente farmacéutica, durante los años 80 y buena parte de los 90 del siglo pasado; y pese a tener que peregrinar por oposiciones de la carrera profesoral, en diversas plazas de las facultades de Farmacia de Barcelona, Granada, Santiago y Madrid.

El peregrinaje profesoral, de superación académica –y burocrática– en el que el joven Bonet tuvo que desenvolverse, dejó un número regular de evidencias documentales: las de sus programas presentados para las distintas plazas y oposiciones; las de sus instancias rutinarias por la burocracia universitaria y educativa, demandando documentos presentados a ejercicios de oposición; las peticiones o evacuación de certificados del número/posición obteni-

³ Vid. Rafael ROLDÁN GUERRERO: *Diccionario biográfico y bibliográfico de autores farmacéuticos españoles*, s.l. (Madrid), s. i. (Imp. M^º de Marina), s. a. (1958); pp. 397-403.



dos por oposición, en las diversas tentativas; las solicitudes, en fin, de reparaciones en el escuálido trato económico con el que el Estado –los gobiernos del turno– restauracionista malpagaba –y desanimaba– el celo educativo de sus profesores, etc. Pese a todo, el joven Bonet nunca declinaría su vocación docente y científica, que preparó con una formación académico-profesional esmerada: con el inicio de estudios secundarios en lo que había sido Universidad de Cervera leridana, para pasar a cursar estudios universitarios brillantes de Farmacia en la Universidad de Barcelona y doctorarse, en 1879, en la Facultad de Farmacia en Madrid con 22 años. Comenzada la Restauración, Bonet defendía en la Universidad de la capital su tesis doctoral con una *Memoria sobre Generalidades de los alcoholes* y, al año siguiente, pedía por instancia desde Gracia en Barcelona, donde residía, dispensa para no asistir al añejo acto de investidura como nuevo doctor, en lo que se caracterizaba como mera tradición formularia⁴.

Iniciándose en su profesión farmacéutica en una oficina instalada en su barrio de Gracia, el joven doctorado pasados dos años fue nombrado ayudante interino de la Facultad de Farmacia de Barcelona en 1881 y –el 10 de julio de 1882, mediante la correspondiente oposición– alcanzaba una plaza de profesor auxiliar de la misma Facultad. Mientras tanto, el joven farmacéutico no rehuyó en los inicios de su carrera docente, ni labores de vida pública para sus conciudadanos –como concejal de distrito para el que fue nombrado, desde el Ayuntamiento de Barcelona– ni los afanes por contribuir a la recuperación del prestigio y el auge de la profesión –sobre todo, como redactor del *Boletín Farmacéutico* y como colaborador en otras revistas. El joven profesor, desde su elección para vocal del Colegio de Farmacéuticos barcelonés, mantuvo una presencia activa en las avatares y alternativas de la farmacia, tomando parte muy importante en los Congresos

Médicos y Farmacéuticos de fines y comienzos de siglo; desde el Congreso Médico celebrado en Barcelona, en 1888 o el Congreso Farmacéutico en la misma ciudad –en el que se integraría en la sección de Química, con diversos trabajos allí presentados– hasta las Asambleas celebradas en Zaragoza, en 1904, y Valencia, en 1909: en las que presentó un «Plan de organización farmacéutica» que sería aprobado por aquellas. Eran horas bajas para la Farmacia –comparada con Alemania, potencia científica y profesional, donde la profesión se mantenía próspera y floreciente– por el excesivo número de farmacias en España: inmersas en un difícil período, que se había complicado por el capítulo de tarifas y competencia desleal, a cuyos funestos efectos no se le veía término, según el cualificado testimonio del catedrático de la Farmacia de la Universidad de Barcelona, Agustín Murúa y Valerdi⁵.

Precisamente con el doctor Murúa, catedrático en la segunda década del presente siglo como Baldomero Bonet de Química orgánica, el joven profesor había publicado unos *Ejercicios prácticos de Química orgánica*; y la forma práctica, de elaborar y estimular, didácticamente, desde el laboratorio y el microscopio –como puede observarse en los programas de materias a las que opositó– para la comprensión de problemas científico-naturales, fue un incentivo más que motivó el quehacer docente e investigador del químico catalán. Pero antes, Baldomero Bonet desarrollaría investigaciones de analista químico, dirigidas a renovar procedimientos de farmacopeas –o códigos y bases de recursos de medicamentos– o interpretar fenómenos de combinaciones



⁴ Vid., a este respecto, expediente administrativo en Archivo Central de la Administración, Secc. Educación y Ciencia, exp. 198-9, caja 15.401.

⁵ Cfr. en Agustín MURÚA Y VALERDI: *Compendio de la Historia de la Química y de la Farmacia*, Madrid, Imp. y Enc. de E. Raso, 1912, pp. 200-201.



y descomposiciones de elementos químicos: como el procedimiento para obtener ácido clorhídrico medicinal puro (en 1891, partiendo del ácido sulfúrico arsenical); o el perfeccionamiento en la obtención de tricloruro de antimonio (como punto de partida de los antimoniales: en 1900 lo hizo objeto de su conferencia para la Unión Escolar); o, en fin, la interpretación de fenómenos que tienen lugar en la formación del tartrato ferril-potásico (1908, revisando un procedimiento de Eugène Souberain, descubridor francés del cloroformo, al tiempo que el alemán Liebig, en 1831). Con el curso de las investigaciones de Baldomero Bonet –en la última década del siglo, como venía siendo frecuente, tiempo atrás, en Cataluña– estaban madurando los resultados y la polarización química, de lo que –en palabras del venerable químico-farmacéutico francés Dumás– había constituido una de las claves de la más fértil Química: la «siembra» farmacéutica, en la formación de químicos avanzados, que hacía considerar al científico francés la profesión y preservación del farmacéutico del s. XIX «como un bien nacional» y a las operaciones de Farmacia, como «la mejor de las escuelas para un espíritu penetrante y reflexivo»⁶. El profesor entonces –y catedrático de Química orgánica, en facultades de Farmacia, desde 1895 en Santiago, Barcelona y Madrid– Bonet y Bonet formaría parte así de la consistente corriente de químicos-farmacéuticos catalanes de la segunda mitad del s. XIX. Los cuales, planteándose el conocimiento de las sustancias medicamentosas, tanto como el principio de su actividad –o la comprensión del tipo de reacciones de unas en presencia de otras– se transformarían, no sólo en expertos químicos, sino en precoces estudiosos de la Química de vanguardia y todo su amplio abanico de posibilidades, desarrollos y aplicaciones –o traslaciones– efectivas en países como la Alemania del último tercio del s. XIX. La influencia de la Química alemana en la docencia

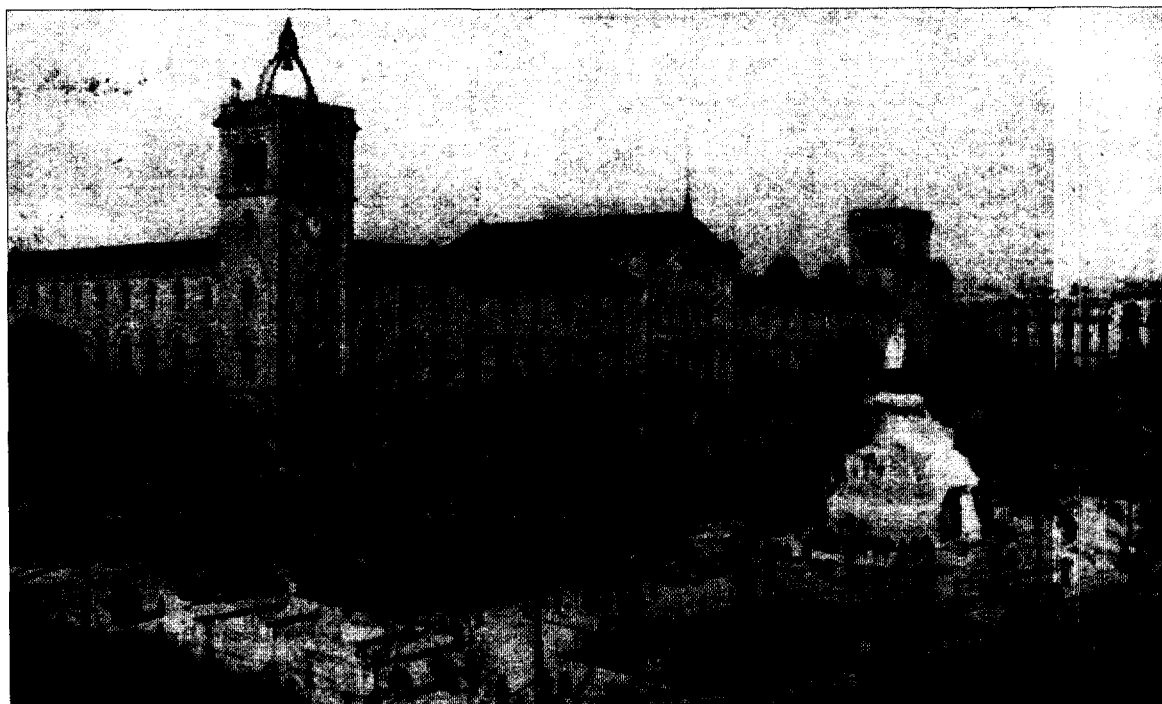
de la Farmacia en Cataluña –entre otras, por la excepcional vía en aquella época de ampliación de estudios en el extranjero, de los profesores que se encargaban de asignaturas de Farmacia en Barcelona– fue puesta en evidencia hace algunos años⁷; y mostraría efectos –a su vez– de largo alcance: con la distribución de profesores-investigadores catalanes por otros centros en España. Como ocurrió con el catedrático Baldomero Bonet, después de su preparación práctica docente en Barcelona y sus repetidas tentativas, de promoción profesoral como catedrático universitario, en otras facultades de Farmacia de España.

2. EL LEIF MOTIV Y LAS PROMESAS DE UNA ENSEÑANZA PRÁCTICA

A lo largo de casi dos décadas, durante 17 años de ejercicio docente universitario, antes de su incorporación a la cátedra de “Química orgánica” en Madrid en 1899 –procedente de la de Barcelona de igual denominación, desempeñada desde 1897– el profesor Bonet y Bonet se replantearía su carrera docente, incluso tratando de simultanear sus ocupaciones, sin renunciar a su vocación investigadora química o su familiar vinculación farmacéutica. El mismo lo sintetizó, de su puño y letra, en instancia dirigida al director general de Instrucción Pública el 9 de junio de 1899: haciendo un sumario escrito por el que mostraba reunir méritos, para ser incluido en

⁶ Cfr. en Ricardo MONTEQUI DIAZ DE PLAZA: *Médicos y farmacéuticos en la creación de la Química*. Discurso de recepción como académico, en la Real Academia de Farmacia, Madrid, Imp. Cosano, 1962; p. 35.

⁷ Vid. ANNA Ma CARMONA CORNET y J.L. GÓMEZ CAAMAÑO: «Influence de la Chimie allemande dans l'enseignement de la Pharmacie espagnole», en *Acta Congressus Int. Hist. Pharm. Bremae* MC: LXXV. 191-200 pp. Stuttgart 1978. Vid. también, de ANNA Ma CARMONA I CORNET: *Requerca inédita professional, científica i artística de la Farmacia a Catalunya*, Barna., 1983; 128pp + ilusts. (especialmente, pp. 119-121).



Barcelona. Plaza de la Universidad (1920).

un concurso de *traslación* –como se decía en la época– para la cátedra de “Química orgánica” de la facultad de Farmacia madrileña, –en cuyo traslado era candidato único– y que le reportaría un sueldo de 4.500 pts. anuales, a partir de julio de 1899 (1.000 pts. más que en la misma cátedra, en Barcelona, dos años antes). En aquella quedában, años atrás: su nombramiento, mediante oposición, en 1882 como profesor auxiliar –meses antes de la supresión de esta categoría docente– después de un fallido intento de oposición a cátedra de “Análisis química” en facultades de Farmacia de la misma Barcelona, Granada y Santiago; su adquisición de «aptitud para el profesorado» en 1886, alcanzando un segundo lugar –después del candidato *propietario*– en la provisión de la cátedra de “Práctica de operaciones farmacéuticas” de la Universidad Central; su encargo –por el Claustro– en la facultad de Farmacia barcelonesa, en 1888, interinamente, de la cátedra de “Ejercicios prácticos de reconocimiento de drogas y

determinación de plantas medicinales”; o bien, de ese encargo docente, solapado con otra asignatura añadida –por reforma de plan de estudios, en octubre de 1890– sobre “Prácticas de materia farmacéutica, animal, vegetal y mineral” en la misma facultad barcelonesa. En tal cometido, cobrando un –menos que modesto– sueldo de 1.750 pts. anuales –en el que hubo de reclamar conceptos que una mezquina administración aún regateaba⁸– su escuálida asignación le animaría a Baldomero Bonet a replantearse, en 1892, su escalafón profesoral con una oposición en la facultad madrileña a la cátedra de –«Botánica descriptiva y determinación de plantas medicinales»–; o bien en 1894 –nueva e infructuosamente– en Granada y Barcelona, en la de “Mineralogía y Zoología aplicadas a la Farmacia”. Pero lejos de su impertérrita determinación opositora –no menor,

⁸ Vid. docs. cit. en Archivo Central de la Administración, Secc. Educación y Ciencia, caja 15.401; expte. 198-9.



pero de signo opuesto— a la reiterada distribución por arriba, según la colocación política o sociológica de los candidatos al modo *caciquil* —tan consustancial con el sistema restauracionista imperante— Baldomero Bonet dejó muestras de su celo de enseñante, inquieto y preocupado por la actualización y regeneración prácticas, de contenidos, tan tradicionales en la formación farmacéutica. Como lo atestiguan aun los programas a esas dos últimas materias, conservados en su rutinario expediente administrativo.

En 1892, en la previsión de uno de sus programas, presentados para la cátedra de “Botánica descriptiva y determinación de plantas medicinales”—una materia muy tradicional en estudios europeos de Farmacia, pero que en España databa de seis años antes— Baldomero Bonet ponía en evidencia la ausencia de planteamientos operativos y aplicados, en estudios formales como los de “Botánica” farmacéutica. Al señalar cómo, incluso en estereotipados ejercicios de determinación de plantas, tendían a ponerse el acento aún en las descripciones y clasificaciones botánicas, más que en las funcionalidades y los aspectos dinámico-farmacéuticos o incluso experimentales (situados los vegetales o plantas en el contexto de los demás seres vivos y reinos naturales, planteando las interacciones y reacciones mutuas con agentes externos y dispositivos internos). De forma que Bonet, no ya planteaba allí las inmensas ventajas de los métodos sobre los sistemas, en unos estudios como los botánicos para farmacéuticos, sino que enfatizaba las observaciones funcionales y dispositivos internos o microscópicos sobre formas externas o macroscópicas, tanto como cambios químicos del interior de tejidos vegetales bajo influencia de agentes naturales. Al proponerse Bonet la metodización de una asignatura tradicional, como la “Botánica” farmacéutica, no ya pretendía hacer útil un programa de contenidos convencionales (organografía y fisio-

logía vegetales, botánica especial: metodología del botánico para adquirir conocimientos y fitografía farmacéutica), sino que mostraba con toda claridad las ventajas que los mismos botánicos habían obtenido en todo el siglo, *al aplicar al estudio de las ciencias naturales el método de investigación trazado por la lógica, para la adquisición de conocimientos en las ciencias experimentales*. Incluso en aquella materia botánica, resultaban prioritarios, tanto el conocimiento de la biología y el estudio del cuerpo vegetal —el examen interno de su estructura, y la continuidad de observaciones y experiencias en el «conocimiento de las cualidades sorprendentes del átomo vegetal, tal como algunos han llamado a la célula» como Bonet primaba la movilización de aprendizajes y la capacidad de traslación científica, de una materia en la que *«el alumno conoce al llegar a la fitografía, todo lo que le conviene, para comprender no sólo las descripciones botánicas, sino también las que en el curso siguiente, debe estudiar de los materiales farmacéuticos o drogas simples de origen vegetal»*⁹. Sobre bases operativas similares Bonet argumentaba en 1894, acerca de la “Mineralogía y Zoología aplicadas a la Farmacia”, para cuya oposición elaboró el correspondiente *programa* que —sin llegar a alcanzar la plaza— no tendría oportunidad de aplicar: de hecho, el investigador catalán en menos de un año accedía a las cátedras de “Química inorgánica” y “orgánica” en Santiago, Barcelona y Madrid, desarrollando en esta capital una fructífera labor docente, investigadora y divulgadora química.

3. LA ATRACCION QUÍMICA DE UNA CIENCIA ANTICIPADORA DE NUEVOS TIEMPOS

Cuando en 1899 Baldomero Bonet publicaba en Barcelona la primera edición de su renovador texto *Elementos de Química orgánica aplicada a la Farmacia*,

⁹ Vid. Programas manuscritos de Baldomero Bonet en Secc. y Arch. citados *Ibíd.*



Laboratorio de Química Biológica. Vista parcial.

la propia ciencia química en España apenas comenzaba a experimentar una etapa de rápidos avances. «Los químicos españoles, profesores o no –decía en 1909 el catedrático de “Análisis químico” Juan Fagés, formado en Barcelona a principios de 1880– de la época de mis estudios, permanecieron, en general, aferrados con fervoroso convencimiento a la teoría dualista que en su juventud aprendieron, cuando en otros países poco o nada se hablaba ya de dualismo o unitarismo»; mientras tímidamente –una década después, y apreciablemente en torno a 1895– comenzaron a abandonarse los antiguos moldes de enseñanza de la Química, por catedráticos como los de Química inorgánica Fernandez Luanco en Barcelona o de Química orgánica, García de la Cruz, en aquella y en Madrid (desde 1894)¹⁰. Sin embargo, al finalizar el siglo pasado desaparecían, no solo una tendencia química desfasada –debía haber sido superada treinta años antes– sino que, desde Barcelona comenzaba a ser sustituida por la *teoría atómico-molecular* –en perfecta línea con la

Química moderna que se explicaba en Europa. En ese contexto de rápida actualización científica, el texto de Bonet y Bonet alcanzó una apreciable notoriedad, por ser el primer libro que se publicó en castellano de acuerdo con las teorías contemporáneas de la Química. En 1902, su segunda edición en Madrid, como Tratado de Química orgánica significó ya un gran paso en nuestra bibliografía científica, pese a no escribir Baldomero Bonet más que la serie *acíclica* –quedó como labor de su discípulo madrileño Obdulio Fernández la continuación de la serie *cíclica*: orientada toda su fecunda investigación en esa serie *aromática*, antes de acceder el propio discípulo a la cátedra y el decanato de la Facultad de Farmacia madrileña¹¹ – y contribuir a la profunda renovación de la Química española de comienzos de

¹⁰ Vid. Manuel LORA TAMAYO: *La investigación química española*; op. cit. *Ibid.*; pp. 15-18 y 108-110.

¹¹ Vid. Rafael ROLDÁN GUERRERO; op. cit. *Ibid.*; pp. 398-99



este siglo. El propio Bonet –al igual que les ocurrió a farmacéuticos insignes, en ilustrativa frase del químico-farmacéutico Ricardo Montequi¹²– habría visto cautivada su inicial vinculación farmacéutica por la arrebatadora *atracción de la Química*, cuando entró en el mundo de los fenómenos naturales, a través del cultivo profesional farmacéutico.

La Química misma y sus rápidos desarrollos del último tercio del siglo XIX, venían produciendo una nueva revolución –comparable a la de Lavoisier, un siglo antes– arrastrando a la propia Farmacia, que entraba, entre las décadas de final y comienzos de siglo, en un proceso de drásticas transformaciones y reajustes. No se trataba ya del afianzamiento *atómico* o aislamiento de nuevos elementos químicos –que llevarían a la fijación de un *sistema periódico*: una de las conquistas significativas del entendimiento humano, respecto al mundo material y la base de una nueva *filosofía* química–; sino que lo que apareció, desde los años 60 del s. XIX, fue el afianzamiento de asequibles fórmulas estructurales orgánicas, capaces de representar propiedades de sustancias y de sugerir la *síntesis* –la fabricación artificial– de muchas de ellas y de otras por completo nuevas. En lo que es conocido en Química como la «época de la síntesis» (desde 1828: época de la que data la sintetización, por el químico alemán Wöeler, de urea en el laboratorio), la explosión de nuevas *síntesis* (en especial, desde 1858: época en la que el también alemán Kekulé inició el despliegue iluminador de su teoría, sobre el problema, fascinante y esquivo, de la estructura molecular orgánica) fueron facilitadas por las fórmulas desarrolladas, que traducían la composición molecular y anticipaban la aparición de verdaderos *regimientos* –naturales o, más a menudo, *sintetizados* en el laboratorio– de compuestos orgánicos. Desde los primeros en dar cuenta, mediante las nuevas formulaciones orgánicas *aciclicas* (compuestos sin formar elementos en círculo o sustancias ali-

fáticas, de estructura molecular en cadena abierta: el importante grupo de grasas e hidrocarburos no saturados), hasta las formulaciones *cíclicas* (desde 1866 identificados por las mismas fórmulas de Kekulé, como *anillos* de átomos: formando sustancias o compuestos moleculares, enlazados en círculos de elementos en *cadena* –como serpientes que se muerden la cola– tal como aparecían los hidrocarburos saturados o compuestos *aromáticos*, originalmente en aceites esenciales), todo un conjunto de perpetuos cambios atomísticos –implicados en la vida– podían ser anticipados en el laboratorio y en la fábrica. Con solo seguir, en la infinita variedad de moléculas que forman el mundo orgánico, el *hilo de Ariadna* de sus fórmulas estructurales (las que la Química avanzada, desde el imaginativo Kekulé –junto al escocés Couper– podían proporcionar) al traducir la composición orgánica de las sustancias o –más sugestiva aún– anticipar su versión espacial, del dispositivo en tres dimensiones de átomos y moléculas en el espacio (con las formas de la “Estereoquímica”: desde el *prometeico* esfuerzo de Pasteur, entre 1848 y 1858, dando la representación espacial de los cuerpos químicos y su simetría, y el posible desglose de compuestos orgánicos en grupos *simétricos* y no *simétricos*, con orientaciones, acción fisiológica y propiedades diversas)¹³. El desencadenamiento de una especie de *carrera* química por

¹² Cfr. en Ricardo MONTEQUI DÍAZ DE PLAZA: *Médicos y farmacéuticos en la creación de la Química*. Discurso de recepción de académico en la Real Academia de Farmacia; Madrid, Imp. Cosano, 1962, pp. 33.

¹³ Vid. de F. ARAGÓN: «Evolución histórica de la clasificación de los elementos», en AA. VV.: *Historia de la Química*. Curso de conferencias desarrolladas durante los meses de oct. a dic. de 1981, Madrid, Real Acad. de Ciencias EE. FF. y NN. 1981. También *Ibid.*, Benito RODRÍGUEZ RÍOS: «Evolución de la simbología química», así como, de Félix SERRATOSA: «Evolución histórica de los conceptos químicos». Una buena divulgación histórica, en John READ: *Por la alquimia a la Química*. Procesión de ideas y de personalidades, Madrid, Aguilar, 1960, pp. 167-174.



Louis Pasteur en su laboratorio de la École Normale, París.

la *síntesis* puede ilustrarse en el hecho de que, los productos orgánicos sintéticos, que eran alrededor de 3.000 en 1865, en 1880 pasaban de 15.000, y se situaban en torno a 150.000 en 1910.

En términos de reajustes e incorporación de conocimientos, como de reelaboración científica o definición profesional e investigadora, tanto la Química como la Bioquímica –la verdadera nacería en aquellas décadas– sufrieron una mutación ante semejante revolución, mientras se vieron afectadas –o fueron progresivamente involucradas– por sus impactos crecientes, tanto la Medicina como la Farmacia. Esta última experimentó cambios sin precedentes en el giro finisecular, como los que ilustraron las respectivas farmacopeas: a modo de ejemplo, en 1866 en Francia, sin que fueran anunciados cambios –se iniciaban, apenas, las *formulas* de estructura– las farmacias dejaban para las fábricas algunas preparacio-

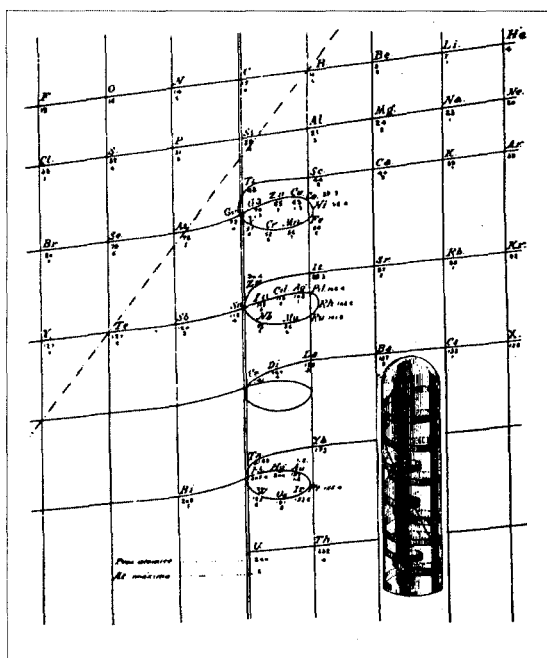
nes; en 1884, sobre 307 medicamentos químicos inscritos, solo 148 eran preparaciones en la farmacias; en 1895 –ahora hace un siglo– comenzaron a incluirse en aquella farmacopea productos de la *síntesis* orgánica; lo que hacía que, en su edición de 1908, solo contuviera 28 preparaciones (con exigencias analíticas muy detalladas, cualquiera que fuera el modo de preparación) sobre 305 medicamentos inscritos¹⁴. Las farmacias comenzaron a vivir una especie de “*revolución farmacéutica*”¹⁵, en el curso de la cual cambiaba –a ojos vistas– su misión de oficinas de preparación, para convertirse –cada vez más– en expendedurías de especialidades con receta –o *específicos*–; y la época dorada de la Farmacia del s. XIX, alentando a la fábrica, a fin del siglo fue suplantada por esta, mientras el Farmacéutico pasaba, de ser un *preparador* a convertirse en *analista*. Precisamente, el Análisis químico se convertía en un campo de intensa aportación farmacéutica en las décadas del cambio de siglo, mientras las propias enseñanzas farmacéuticas apenas iniciaban su modernización en España.

Algo estaba cambiando, no obstante en la Química –especialmente, en la Química analítica e inorgánica, así como en Bioquímica– en la España del cambio de siglo. Desde fines de 1889-90 y el curso sobre la «Creación Natural» en la Sección de CC. Naturales del Ateneo de Madrid (dirigido por Laureano Calderón y con destacada participación de José R. Carracido, sobre «La evolución química del cosmos»), de hecho, tanto aquellos ateneistas, como otros especialistas –José Codina, Rodríguez Mourelo, Paulino Savirón o José Macpherson– desarrollaron una intensa labor de discusión



¹⁴ Cfr. en Ricardo MONTEQUI; op. cit. *Ibid.*, pp. 41-42.

¹⁵ Vid. Manuel JAUREGUI GONZÁLEZ: *La revolución farmacéutica. 1874-1974*. Discurso leído en la solemne sesión inaugural del curso 1973-74, Madrid, Inst. de España-Real Academia de Farmacia, 1974; pp. 8-10.



Cilindro del ateneista J. Macpherson.

científico-química en el Ateneo de la última década del siglo. De José Codina Castellví fue la *Memoria* de aquella Sección puesta a discusión el curso 1893-94, sobre el «Concepto de investigación experimental en España» y ese mismo curso la Sección se volcó, en marzo de 1894, en el homenaje a Laureano Calderón inmediato a su muerte. Durante el mismo año, al tiempo que la Sección naturalista del Ateneo iniciaba sus trabajos con el homenaje a Pasteur en noviembre, el presidente del Ateneo Segismundo Moret inauguraba el curso 1894-95 exponiendo el papel de «El Ateneo en la vida científica de España». Al año siguiente, en 1896, mientras la Sección era presidida por Santiago Ramón y Cajal y José R. Carracido desarrollaba sus «Reflexiones teóricas acerca de los bólicos» él mismo Segismundo Moret, como presidente del Ateneo daba cauce —e inauguraba, en 1896— la aclimatación en la institución de un medio científico-académico nuevo, de seminarios y estudios avanzados, mediante su Escuela de Estudios Superiores¹⁶. Implicado ya en la expan-

sión científica de su pleno modelo *transformista*, en el Ateneo podían darse cursos como los del geólogo y matemático Daniel Cortázar, sobre «Evolución general de los reinos orgánico e inorgánico», en los cursos 1896-97 y 1897-98; y el propio Ateneo del giro finisecular fue uno de los puntos fuertes en Madrid del gran interés que, en los últimos años del siglo, mostraron círculos científicos españoles por el *sistema periódico* de la Química. De hecho, junto a los trabajos —de 1892 a 1899— del maduro catedrático José Muñoz del Castillo, sobre la «*clasificación cíclica*» y «*natural*» en la «Química de los cuerpos simples» (su discurso de académico de las Ciencias en 1901), el geólogo y ateneista José Macpherson dejaría varios —igualmente precoces— trabajos inéditos, sobre la *clasificación periódica* de los elementos químicos, antes de su muerte en Madrid en 1902. Trabajos que publicaría, al año siguiente conjuntamente con su firma, el también ateneista, además de químico —miembro del Comité internacional para la edición de las Tablas fisico-químicas— José Rodríguez Mourelo, como «Nueva representación gráfica de la clasificación periódica de los elementos químicos»¹⁷. Y tanto los ateneistas José R. Carracido como José Rodríguez Mourelo simultaneaban sus cursos en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo con el impulso, a partir de 1903, de la Sociedad Española de Física y Química (destinada a fomentar estudios de Física y Química, tanto como a dar curso de difusión —mediante su mensual *Anales*— a los trabajos de aquellas ciencias dentro y fuera de España).

Tanto en Madrid como en Cataluña, las líneas de actualización y revisión químicas —abiertas para jó-

¹⁶ Vid., de Alejandro R. DIEZ TORRE, Tomás MALLO y Daniel PACHECO (coord.): *De la Ciencia ilustrada a la Ciencia Romántica*, Madrid, Ateneo de Madrid-Doce calles, 1995.

¹⁷ Vid. F. ARAGÓN DE LA CRUZ: «Evolución histórica de la clasificación de los elementos», *Historia de la Química*, op. cit. *Ibid.*, pp. 307-314.



Soporte de calendario con anuncio de la Margarina (c. 1890).

venes doctorandos o investigadores inquietos— en los años 90 del siglo XIX, comenzaron a dar frutos en trabajos finiseculares. Los casos, bien elocuentes desde 1896, de analistas químicos barceloneses, como Casares Gil y Fagés Virgili —pronto catedráticos en Madrid— sobre el flúor (un elemento químico solo descubierto en 1886 por Moissan: un caso que mostró el modelo acabado de madurez alcanzado por la Farmacia científica de la época) y las tesonerías revisiones de Fresenius por Casares, publicadas en revistas alemanas; o las investigaciones de cloratos y bromatos por Fagés, tanto como sus observaciones sobre la ley de combinaciones de gases de Gay-Lussac o sus publicaciones en revistas especializadas francesas y alemanas dejarían —desde antes

del fin de siglo— de ser casos aislados. Como no lo fueron tampoco, desde 1897, los trabajos de una tenaz labor experimental aparecidos en revistas químicas francesas e italianas, de analistas químicos como el catedrático madrileño de la Facultad de Ciencias, Piñerúa Álvarez sobre reactivos diversos (uno de ellos, desde 1897 en que lo publicó, llevaba su nombre en varios tratados extranjeros), o del profesor y químico inorgánico de la Escuela Industrial de Madrid, Rodríguez Mourelo sobre los sulfuros, los fenómenos de fosforescencia y —ya comenzado este siglo— sus estudios de *síntesis mineral*.

Todos ellos, entre otros químicos, hicieron realizables líneas de trabajo especializado e incluso novedosas que, al doblar el siglo, estaban quemando etapas del alineamiento científico, respecto a países europeos más avanzados (y mejor dotados en medios de investigación)¹⁸. El mismo Bonet y Bonet, ya en Madrid desde 1899 —incorporado a su cátedra de Química orgánica en la Facultad de Farmacia— contribuiría, desde su laboratorio de comienzos de siglo, a extender la labor experimental y la vitalidad científica que estaban adquiriendo otros laboratorios de creciente especialización química: como los de la Facultad de Ciencias (Piñerúa y Muñoz del Castillo); los de Química biológica y orgánica (R. Carracido y Bonet), de Química inorgánica de la Escuela Industrial (R. Mourelo); de la Escuela de Minas (Madariaga y Hauser) o de Ingenieros Militares (Marvá). Bonet y Bonet publicó, ya en 1902, un primer avance en 130 págs. de sus trabajos prácticos¹⁹ y —perfeccionando sus propias investigaciones anteriores de laboratorio— aún en 1913, presentaría en un Congreso científico en Madrid su in-

¹⁸ Vid. Manuel LORA TAMAYO; op. cit. *Ibid.* : op. cit. pp. 108-115.

¹⁹ Vid. Baldomero BONET Y BONET: *Laboratorio de Química orgánica. Relación de trabajos prácticos*, Madrid, Tipolit. de J. Corrales, 1902.



vención de un aparato para la obtención de cloruro de antimonio. Pero el conjunto de una enseñanza universitaria burocratizada, desatendida y con rémoras inenarrables –incluso casi irreparables *vías de agua* en su línea de *flotación*– frenaron o paralizaron, por décadas, los primeros y esforzados impulsos de la educación científica nacional.

4. ENTRE LA EDUCACIÓN ANCLADA Y LA MOVILIZADA: LA HORA REGENERATIVA UNIVERSITARIA

Desde el comienzo de nuestro siglo XX, la enseñanza estaba organizada según un modo tradicional, que hacía muy inviable, no ya la adaptación y puesta al día del sistema, sino hasta su misma conservación, para cometidos de renovación de cuadros o satisfacción de las demandas profesionales del Estado. En un momento significativo de impactos y reelaboración de diversas ciencias y enseñanzas finiseculares, con un crecimiento significativo de relaciones científico-culturales hacia el exterior –sobre todo, desde 1907 y la creación de la Junta para la Ampliación de Estudios– que permitieron, en la segunda década, la incorporación de científicos y profesores becados y científicamente entrenados, de hecho, el desperezamiento del somnoliento medio científico español no se trasladó hacia cambios substanciales, en los correspondientes niveles educativos (aún contando con una opinión pública sensible y una predisposición hasta *entusiasta*, de un sector determinado del profesorado). El movimiento de la educación científica renovada, dentro del sistema de enseñanzas, con no agotarse en sucesivas tentativas, sin embargo se vió abocado a replantear cometidos y demandas postergadas, que frenaron avances y retrasaron anormalmente un proceso de adaptación inicialmente acelerado. Con la aparición del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, en 1900 dió comienzo la primera administración educativa genuina en España, que dispuso así

de presupuesto y objetivos propios, no supeditados –como tradicionalmente lo estaban– a distintos catálogos de prioridades y gestión de intereses de “Fomento”. El Estado, no solo podría haberse dotado de un nuevo dispositivo o marco, sino incluso adaptarlo a las líneas corrientes en otras naciones europeas e incluso preparar nuevas bases de relanzamiento educativo, con atención especial al aprovechamiento máximo de recursos y apoyo en la creación y transformación científicas (dado el escaso nivel de eficacia y efectos retrógrados, demostrados por la preparación científica del s.XIX, que quedó más evidente en torno al *Desastre* de 1898). No obstante, las distintas autoridades educativas –desde el paradigmático Conde de Romanones, en realidad, los diferentes relevos de intereses políticos o partidistas, de *élites* restauracionistas– utilizaron reformas educativas como medios –o reactivos– y armas arrojadizas, más que como fines; y se desentendieron –o no pudieron– definir un programa completo o modelo acabado de educación contemporáneo, a todos los niveles, para diversos cometidos en la sociedad.

En diciembre de 1902, comentando reformas iniciales enfrentadas por Romanones, desde el Ministerio de Instrucción Pública los dos años anteriores –decretos de 1901: como los de previsión de un cupo restringido de “pensionados” al extranjero; incorporación al Estado de gastos de la enseñanza primaria; reforma de la segunda enseñanza y refundición de Normales de maestros; reforma de enseñanza “técnica” y de Medicina; decretos de inspección de 1902, etc– el catedrático ovetense Adolfo Posada señalaba la indigencia y esterilidad educativa a que estaban destinadas semejantes reformas. Ya entonces, ni siquiera el propio Conde había permanecido el tiempo suficiente para reforzarlas o dotarlas de continuidad suficiente, ni las propias reformas ejecutadas, como medidas administrativas, ape-



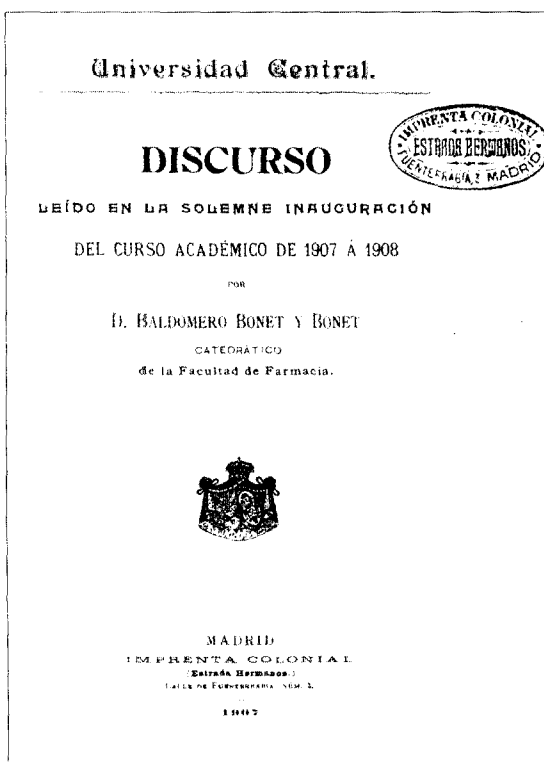
nas rozarían el núcleo constitutivo y disfuncional, arrastrado tiempo antes por el sistema de enseñanza oficial. En cuanto a perspectivas de reformas aisladas –desligadas de una reforma «interna» del profesorado español– el profesor ovetense podía valorar, no obstante, el principio simbólico –anunque burocrático y estrechamente trabado por toda clase de limitaciones– de un modesto decreto, como el de dotación de contadas pensiones para el aprendizaje profesoral y la preparación investigadora en centros exteriores, de intrépidos universitarios españoles (la previsión legal de una pensión por Facultad en España, quedó reducida a cinco personas, que en todo el país reunían los requisitos legales). Sin deprimirse por los alcances finales de tal medida –cinco pensionados «*serán otros tantos cables lanzados al mundo culto, otros tantos órganos de relación con la Universidades y con los Centros científicos, en donde se produce la luz, de que tan necesitados estamos*» Adolfo Posada veía allí un esbozo de lo que, más sistematizado y de acuerdo a un plan coherente de revisión e inserción en la enseñanza superior, podía representar todo un cambio de orientación univertitaria y de generación científica y docente futura. Pero mientras tanto, con la aleatoriedad y trabas de la medida y «*en este país donde la pereza intelectual y aun la otra, la física, la de moverse nos domina*», la falta de conexión de reformas necesarias no dejaba muchas esperanzas; quedando de nuevo en el panorama español –frente a contrastes desconsoladores externos– un país empobrecido y distante, con «*mil pesetas de subvención para una gran biblioteca provincial universitaria, maestros de escuela con menos de cien pesetas de sueldo al año, unos millones de...analfabetos como premio, amén de otras calamidades que tienen el mismo origen.*»²⁰

El problema por lo tanto para los inquietos profesores universitarios y científicos a toda prueba, de fines y comienzos de siglo, no era tanto el de una sociedad postrada o una nación desdeñosa para la en-

señanza o el saber, sino lo miope y hasta suspicaz del programa –mezquino y restrictivo– educativo, de un Estado inculto e inmóvilista. Un sector alarmado por las evidencias de deterioro, no solo planteaban con urgencia, desde 1902, que el Ministerio de Instrucción Pública cambiara su nombre por el de “Educación Nacional”, sino que desconfiaban en absoluto de que el propio problema de la educación ni se plantease: entre políticos caciquiles, que tenían mucho que temer de la promoción educativa y cultural del pueblo o confiado a «profesionales» hábiles, para reformas sin perseverancia ni convencimiento de aplicación. Y después de esperar –en vano– a partir de 1898 en educación líneas sólidas de reorganización educativa, plantearon su *turno* de «ministros de ocasión», en base a la independencia de palabra y de pluma, para concretar líneas de reforma urgente o demandas puntuales de desenvolvimiento educativo, que el gobernante acogió con parsimonia y a menudo aplazó. Sobre todo, después de que las protestas pusieran el acento en la *solidaridad* de intereses internos, entre la canalización del presupuesto educativo del Estado para gastos administrativos y de burocracia, en perfecto acuerdo con la conservación de una enseñanza de *mínimos* –mínimo esfuerzo, mínimas exigencias de enseñanzas mínimas, en dedicaciones mínimas con mínimas o inferiores retribuciones– y sin apenas gastos de material educativo, en un sistema donde la costumbre o el orden *funcionarial* podía representar casi todo.

No resulta extraño, que los sectores renovadores del profesorado universitario señalasen como elemento clave, las insuficiencias de material o su desproporción con otros gastos universitarios y de gestión educativa: como señalaban en diciembre de

²⁰ Cfr. en Adolfo POSADA: «Perspectivas universitarias», *La España Moderna*, Madrid, num. 169 (Enero, 1903); pp. 81-99 (85, 86 y 98).



Portada impresa del *Discurso* de Bonet, en 1907.

1905, el que en los presupuestos se consignasen créditos para material de oficina de las universidades que eran tres veces superiores a los de compras de libros y revistas para bibliotecas universitarias. O bien se criticase el que, en conjunto, todas estas tuviesen disponible para aquel concepto una cantidad -12.500 pts- menor de lo que gastaba el Ateneo de Madrid en suscripciones. Mientras que para material científico y de experimentación de las universidades se asignaban anualmente 181.550 pts. -y la enseñanza clínica disponía de un crédito de 272.500 pts., en buena parte, destinado al Hospital de san Carlos madrileño que sufragaba la Diputación- en el mismo presupuesto del Ministerio de Instrucción Pública, se recababa cerca de 1 millón de pesetas para la administración central, compuesta de 157 individuos (incluido el ministro). Las comparaciones eran más odiosas en

tre porcentajes de gastos de personal en todo el presupuesto (45,65 millones), que absorbían el 79,50 % (36,29 millones), frente al 21 % escaso destinado a material (8, 90 millones) ; o bien, las más desfavorables cifras del presupuesto, que sumaban los ingresos del Estado por Instrucción Pública (37, 42 mill.) y *restaban* los gastos correlativos (45,64 mill.), que dejaban una carga educativa de 8,32 mill. Como estaba consignado un gasto específico, en dicho Ministerio aquel año, de 8,22 mill. en conceptos tales como los burocráticos, de subvenciones y construcciones civiles, los profesores podían identificar la *carga neta* de gastos dedicados a fines propios y directos de la educación pública, tan solo cifrada en 740.000 pts.: algo que les parecía anormalmente ridícula, comparada con presupuestos como los del Ejército o Marina, absorbiendo entonces 35 mill. para "cruces pensionadas" o "retirados". Menos proporción podía guardar el presupuesto de Instrucción Pública de España con el de Francia (cinco veces mayor); o las comparaciones -igualmente en 1905- entre el gasto por habitante en enseñanza primaria, efectuado por Estados occidentales (un promedio de 6,88 pts.-oro por habitante) y lo que gastaba el español (1,38 pts.-oro por habitante), un índice poco superior entonces a Rusia o Finlandia, pero menor que el de Rumanía. En una disección tal del presupuesto educativo parecían pertinentes observaciones como las de E. André, que se interrogaba: «¿Se quiere enseñanza práctica, intuitiva, experimental, que haga innecesario el libro de texto? (...). Sin herramientas se fomentará el charlatanismo académico, pero no la enseñanza práctica y la investigación científica. Un hombre con el cerebro atiborrado de teorías, pero sin laboratorio, llega a hacerse esclavo de ellas, les presta toda su fé con toda su alma, se transforma de investigador en crédulo primero, y en dogmático después. Es natural que Estado tan reaccionario como el español fomenta el "memorismo", el



"dogmatismo" y la "pereza" en estos centros de la cultura y del saber nacional.»²¹

Sin embargo, desde hacía años –y décadas– los profesores universitarios –inclusive en carreras experimentales o técnicas– se encontraban anclados en tal sistema. «Desde el año 1887 hasta el 1901–escribía José R. Carracido, que en 1916 se convertía en rector de la Universidad madrileña, después de ser decano de su Facultad de Farmacia– ¡durante catorce años! se explicó la Química biológica como si fuese Metafísica, resistiendo unánimemente todos los ministros (en esto no hay diferencia de partidos) la demanda de los elementos indispensables para la constitución del imprescindible laboratorio». Y es bien conocida su anécdota, de su incorporación en 1899 a la cátedra de Química biológica –desde la de orgánica de aquella Facultad– con carencia absoluta de todo elemento de trabajo, a excepción de una silla para la exposición oral de pláticas magisteriales en aquella materia²². No obstante, gracias a la reiteración y tesonera persistencia en las demandas, Carracido comenzó a verlas atendidas desde 1901, con la compra –mínima y en precario– del material extranjero imprescindible –en España no existían tales medios, de acuerdo a inexistentes necesidades– y el futuro decano de Farmacia pudo montar su laboratorio bioquímico, con mejoras y dotación notablemente atendidas por la administración educativa en las siguientes décadas.

En el caso testimonial de Carracido, sus condiciones y desenvolvimiento científico-académicos incluso resultaban una especie de espejismo educativo: académico de ciencias antes que bioquímico, institucionalmente conocido antes que solicitante, polemista y publicista incluso antes de partir de cero en laboratorios y posibilidades instrumentales, hombre prestigioso y sabio, de ideas geniales, extensas y persistentes, al tiempo que dinamizador de sociedades científicas, como la de Física y Química desde 1903; miembro de sociedades cien-

tíficas extranjeras, además de integrar el Consejo de Instrucción Pública, desde 1900, o la Junta para Ampliación de estudios, desde 1907, no solo podía presentar en congresos científicos una producción científica avanzada, sino incluso ser invitado por la Sorbona de París y dictar allí, en 1910, una conferencia sobre la clasificación bioquímica de los albuminoides²³. Pero incluso en su misma Facultad de Farmacia madrileña, donde se daban cursos de especialización bioquímica para doctorandos en Medicina o Ciencias –con el reencuentro entre médicos y farmacéuticos en la encrucijada bioquímica: robustecida esta ciencia por químicos autónomos, donde llegaban los farmacéuticos por el camino de la Química y los médicos por el de la Fisiología– las promociones universitarias, todavía en 1923, no se formaban con planes actualizados. Peor era la situación de las facultades de Ciencias: donde no disponían de medios para una enseñanza experimental eficiente, comenzando a ser una situación más desfavorable para laboratorios de Química, hasta el punto de comparar Angel del Campo las situaciones de 1878 y 1923, en un congreso científico en el que pedía al mismo rey, «que os dignéis recordar a vuestros ministros de Instrucción Pública la imperiosa necesidad de poner remedio a un mal por el que la enseñanza de la Química en varias Facultades de Ciencias de España, y muy particularmente en la de la capital de la nación, corre el riesgo de ser, si no lo es ya, la peor atendida por un Gobierno de todo el orbe civilizado.»²⁴

²¹ Vid. Eloy L. ANDRÉ: «El presupuesto de la Educación Nacional», *La España Moderna*, Madrid, num. 204 (Diciembre, 1905); pp. 26-50.

²² Cfr en José R. CARRACIDO: *Estudios histórico-críticos de la Ciencia española*, Madrid, Imp. de Alrededor del Mundo, 1917; pp. 389 y 400.

²³ Vid. entre otras posibles referencias, su perfil científico bioquímico, en Manuel LORA TAMAYO; op. cit. *Ibid.*, pp. 115-116.



No faltaron precisamente demandas, seriamente razonadas, ni ideas de reformas o dotaciones educativas, hechas por movimientos de profesores desde hacía dos décadas. Con ser bastante consistentes movimientos de universidades enteras –como las de Oviedo o Zaragoza– en los comienzos de siglo, desde 1902 en Valencia y , de nuevo en 1903 en Barcelona, se reunieron sucesivas “Asambleas universitarias” que significaron todo un *giro* modernizador en movimiento. La primera de Valencia, pese al número aun limitado de profesores (106) allí concentrados, suscitó en sus *conclusiones* expectativas de convertir a las Universidades –sin autonomía ni personalidad definida– en «*fuerzas vivas del país*» y protagonistas de su propia modernización o actualización científica, para prestar –como centros activos de la sociedad– servicios de «*elevación del nivel moral e intelectual del país por medio de la educación.*»²⁵ La de Barcelona, tres años después sumó un número mayor de representantes (más de 200) y adhesiones de corporaciones enteras, planteándose desde distintas vertientes –no era para menos– «*el problema de la enseñanza*», a través de tres *ponencias* generales y ocho especiales (por otras tantas enseñanzas universitarias). Además de la participación de Azcárate y Unamuno (con sendas *ponencias* sobre «Autonomía universitaria» y «Enseñanza universitaria»), la propuesta del prestigioso catedrático de la Facultad de Farmacia de Madrid, Blas Lázaro e Ibiza (con la tercera *ponencia* sobre «El profesorado») supuso allí todo un plan de reorganización y modernización universitaria, a través de 23 conclusiones. Las cuales preveían: una reorganización del profesorado universitario, ligada a una reforma de los procedimientos de enseñanza y una diversificación de los niveles de enseñanza (estudios generales, de licenciatura; estudios especiales, en facultades; estudios de profesorado y estudios superiores). Dentro de aquel sistema moderno universitario, la selección del pro-

fesorado pasaba por una preparación específica –a cargo de catedráticos de las distintas facultades– y se preveían aspectos relacionados, como un sistema de “pensiones” para centros extranjeros, reforma del doctorado, absorciones de cargas docentes o incompatibilidades; además de otras orientaciones de racionalización de gastos, delimitación de enseñanzas y procedimientos experimentales, observativos, expositivos y de difusión de enseñanzas de cada Universidad en sus entornos sociales. Una *ponencia* de tales características pasó a una detenida discusión y, finalmente, a las *conclusiones* de la Asamblea, que se mostró conforme con la tesis de Lázaro e Ibiza; mientras aquella adoptaba también propuestas especiales, de reorganización de distintas facultades, entre las cuales, las de Farmacia fue redactada por el catedrático de Química analítica Casares Gil²⁶. La propia Asamblea universitaria tomó el acuerdo allí de convocarse a una tercera en Madrid, dos años después –en 1907– en la que se enmarcaron, tanto el comienzo de reformas científicas significativas, como el discurso de apertura de curso en la Universidad madrileña por el catedrático Bonet y Bonet citado al comienzo, sobre «Organización de la enseñanza».

El catedrático y químico de la Facultad de Farmacia madrileña, Baldomero Bonet, en 1907 con su *discurso* institucional de amplio eco en la opinión pública –que fue recogido por la prensa y reseñado en revistas²⁷– planteó todo un alegato sobre la inefi-

²⁴ Cfr. en *Ibíd.*, p. 90.

²⁵ Cfr. en Conclusiones de la Asamblea universitaria de Valencia, a propuesta del representante de la Universidad de Oviedo, Dr. Sela, en Adolfo POSADA : « Perspectivas universitarias », en *La España Moderna*, núm. 169 (Enero, 1903); pp. 92-93.

²⁶ Cfr. en «Asamblea Universitaria de Barcelona», en *La España Moderna*, núm. 194 (Febrero, 1905); pp. 113-129.

²⁷ Vid., por ejemplo la reseña aparecida en la revista madrileña *Vida intelectual*, núm. 6 (octubre, 1907); p. 104.



cacia de la enseñanza oficial en general (y de la universitaria en particular). Bonet incidía allí sobre la evacuación –casi consustancial– en aquella de la forma *práctica*, además del mantenimiento de la precariedad por sistema: en el desastre persistente de la segunda enseñanza; en los exámenes sin garantías de enseñanza *práctica*; en la escasez de material o deficiencias de instalaciones; en la falta de preparación especial del profesorado o en la mezquindaz de su trato económico por el Estado. Centrando bastante de la crítica en las ausencias *prácticas* para la formación universitaria, Bonet pudo subrayar en su *discurso* la imprevisión o indiferencia oficial por aspectos como los de locales o instalaciones para *prácticas*, en un plan vigente de Farmacia de 1886. Como vías alternativas de modernización, no solo proponía la introducción del modelo *práctico* hasta en los exámenes –para lo que propugnaba su desaparición, salvo para ingreso y de grado– sino la creación de Escuelas de altos Estudios y Superiores, para la formación del profesorado, así como la utilización de la vía de los “pensionados” en el extranjero para completar aquella. Por lo demás, Bonet se mantuvo también encuadrado en el modelo de “Universidad abierta”, predominante entre los catedráticos más inquietos de su facultad de Farmacia madrileña: con incorporación a la acción social y elevación intelectual de la sociedad, siguiendo el modelo de las en aquel tiempo novedosas orientaciones de las universidades inglesas; las que en Oviedo estaban concretando sus inquietos claustros y en Madrid comenzaron a difundirse desde el Ateneo con la “extensión universitaria”, a través de los “Cursos de ampliación”, para clases populares extrauniversitarias²⁸. Bonet participó en dos de aquellos cursos, elaborados por un equipo de su Facultad encabezado por Carracido y desarrollados en el Ateneo de Madrid: el 28 de marzo de 1909 sobre «Influencia de la

Química orgánica en el progreso social » y de nuevo al año siguiente, el 17 de abril de 1910 sobre la «Síntesis química». Dichos cursos pretendían extender y poner al alcance de la sociedad los avances y los retos de la ciencia en el mundo contemporáneo y, en el caso de los de Farmacia, sopesar temas y vertientes de sus saberes especializados con incidencia en la vida cotidiana y social: como los mostrarían catedráticos participantes, tales como el propio R. Carracido, Casares Gil, Rivas Mateos, Olmedilla y Puig, Gómez Pamo, etc.²⁹

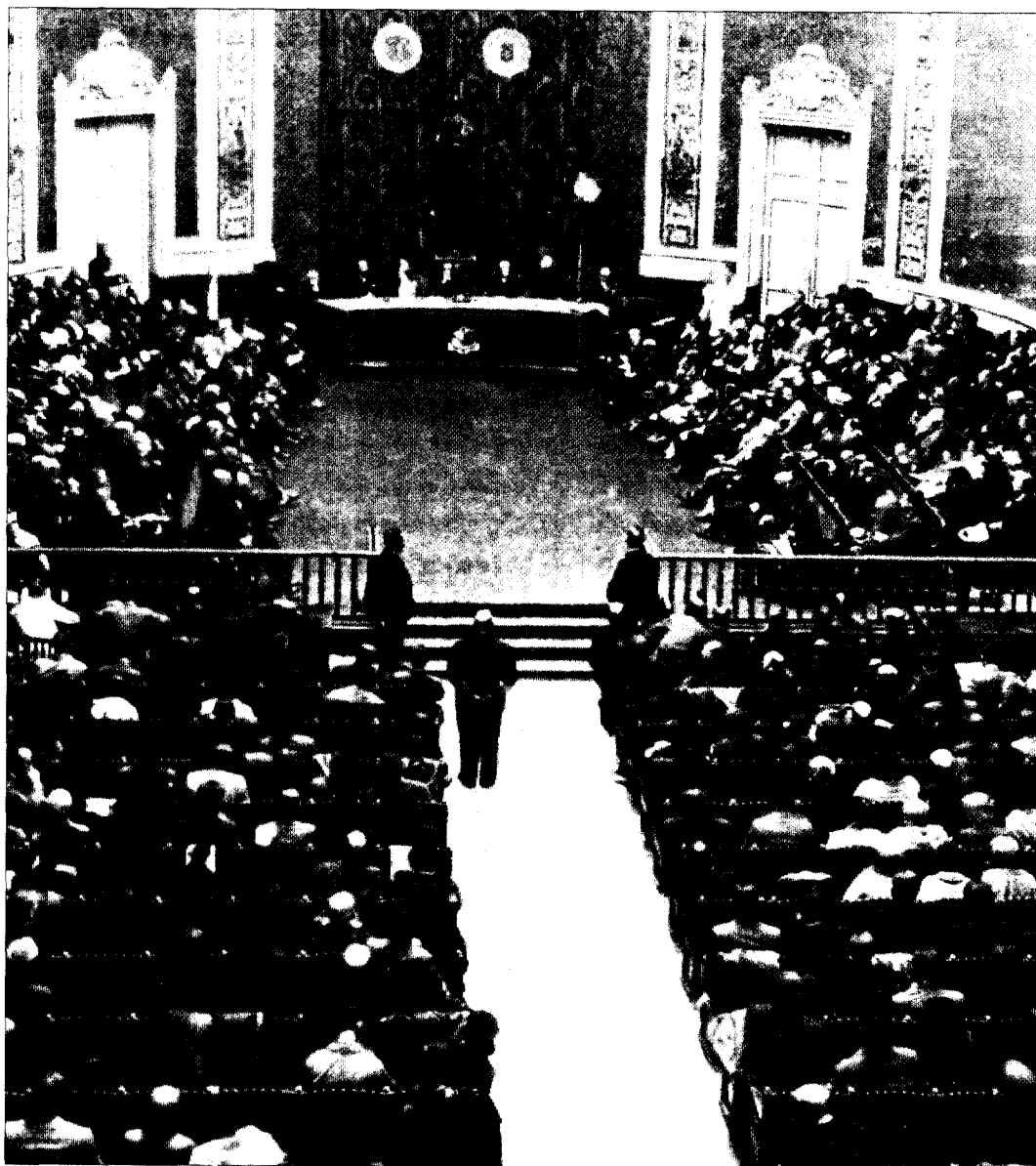
Baldomero Bonet desarrollaría su labor docente en su Facultad de farmacia por tres lustros más, hasta 1925, en que su salud comenzó a derrumbarse de repente: pese a padecer una bronquitis crónica bilateral desde 1918, fue entonces cuando le impidió impartir enseñanzas regulares y en 1925 pidió la jubilación, que le concedieron en febrero de aquel año, para morir tres meses después. En la caracterización personal que de él hizo el farmacéutico barcelonés Casimiro Brugués aparecía como «un hombre enérgico, de noble independencia, de carácter y de acrisolada horadez, sin tolerancias para los culpables. Fué un hombre recto y amigo leal, que se desvelaba para ayudar a los que sufrían contrariedades en sus justas demandas. Fué un hombre de ciencia y un buen farmacéutico. No le arredraba el estudio ni el trabajo, pudiendo así adquirir grandes conocimientos en las más diversas disciplinas. Fué un hombre honrado, un buen ciudadano y un excelente maestro.»³⁰ ■



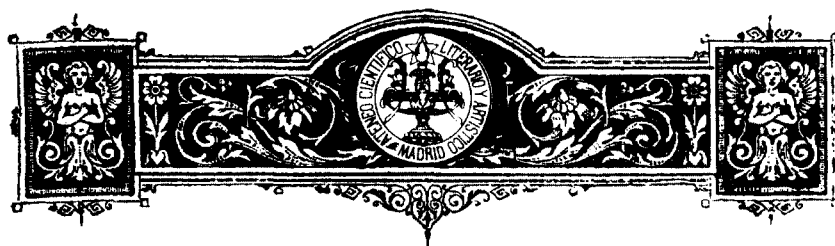
²⁸ Vid., para diferentes modelos y proyección en la época, Leopoldo PALACIOS: «Las Universidades Populares», en *La España Moderna*, núm. 173 (Mayo, 1903) ;pp. 55-77.

²⁹ Vid. informaciones de temas y participantes, en *El Imparcial*, 1 de Marzo y semanas sucesivas, de 1909.

³⁰ Vid. Rafael ROLDÁN GUERRERO : *Diccionario biográfico y bibliográfico*; op. cit. *Ibid.*, p. 399.



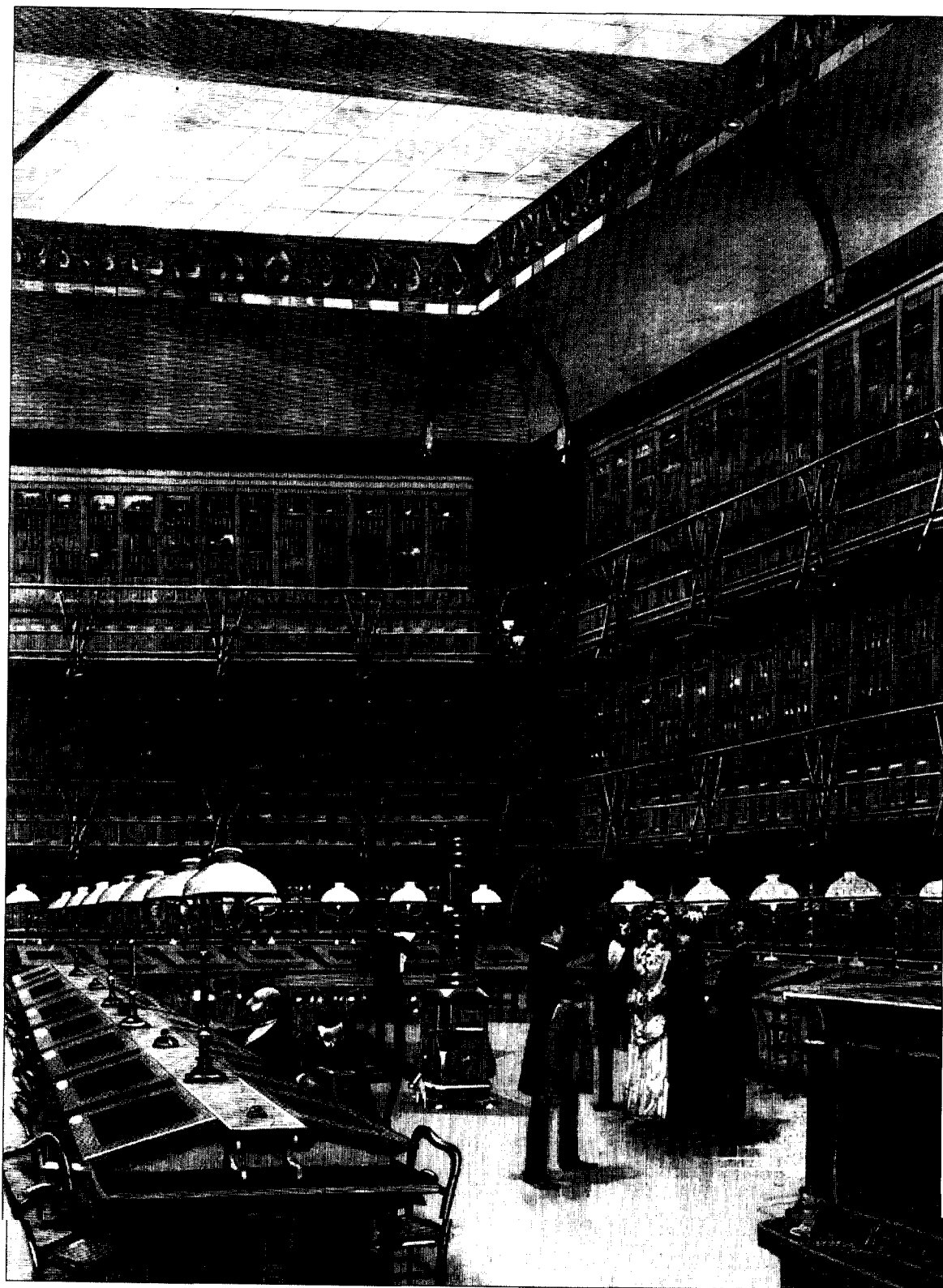
Vista general del Paraninfo de la Universidad Central durante una sesión inaugural



El Ateneista

◆ El Ateneista

José Luis ABELLÁN



Biblioteca del Ateneo de Madrid. Sala «La Pecera»

El Ateneísta

José Luis ABELLÁN

El Ateneo de Madrid es una creación típica del siglo XIX y su vuelo romántico. Como es lógico, no tenía más remedio que dar lugar a un tipo humano característico: el ateneísta. Es curioso que los repertorios habituales de esos tipos conocidos como «los españoles pintados por sí mismos» no nos hablan de este curioso personaje. Costumbristas como Mesonero Romanos o Estebáñez Calderón nos hablan del «aguador», del «alguacil», de la «castañera», del «cesante», del «torero»,... Y, sin embargo, no nos hablan del «ateneísta», un tipo humano característico de la época, cuya vigencia continúa hoy.

Antes de remitirnos a esa vigencia establezcamos sus rasgos distintivos. El «ateneísta» es ante todo un hombre que cree en la bondad de la naturaleza humana, que cree en el debate y en libertad de expresión, pues, teniendo un fondo liberal –sean cuáles sean sus ideas– está convencido de que de la discusión sale la luz. Es, por lo tanto, un hombre de tertulia, pero de tertulia ordenada y civilizada; de aquí que no elija para sus discusiones un café cualquiera, sino la docta casa. Sólo en el ambiente sacro donde los libros le iluminan y los retratos de los ancestros le protegen, cree que el debate puede ser enriquecedor y fecundo.

Hay, por supuesto, muchas clases de «ateneístas», desde los que visitan diariamente la casa hasta los que sólo acuden a ella con irregular asuidad, pero todos necesitan pisar su suelo de vez en cuando para recibir la savia que emana del laico templo, remozar el espíritu entre sus sabias paredes, pues no en balde «savia» y «sabio» sólo difieren en el género. Una clasificación de esas distintas clases de ateneístas podría ser uno de los cometidos de la nueva sec-

ción que abrimos con este número y donde el Ateneo de Madrid pretende dar razón de su propia vida, sea rememorando viejos tiempos u ocupándose de temas de actualidad en las que es protagonista.

El ateneísta del siglo XIX fue siempre algo misógino, pues posiblemente pensaba –de acuerdo con las coordenadas de la época– que la presencia de las mujeres no favorecía la libre discusión; de aquí que su acceso al Ateneo estuviese restringido a los actos públicos y que ellas tuviesen que arbitrar los famosos Ateneos de Señores. Hoy, afortunadamente, esos tiempos han pasado y hay tantas socias como socios, participando libremente en la vida ateneísta y en todas sus manifestaciones. El Ateneo de Madrid se ha enriquecido con la presencia de la mujer y habrá que ir pensando que en la futura Galería de Retratos figuren algunas representantes del otro sexo, hasta ahora desgraciadamente ausentes (el caso de doña Emilia no es más que la excepción que confirma la regla).

A potenciar y a estimular la vida del Ateneo madrileño pretendemos con nuestra revista y muy especialmente con esta sección, pues –como decíamos antes– creemos en la vigencia del mismo. En estos tiempos que se han calificado como los de la «cultura de la imagen», mantener la presencia de la palabra, puede ser la principal tarea de cualquier intelectual. No hay film, video, fax, ordenador ni correo electrónico, sin palabras. No hay hombre que merezca el calificativo de tal sin palabras; la palabra define al hombre, y el «ateneísta» –ayer y hoy– es siempre un inquebrantable creyente en la palabra, como elemento de humana dignificación. Creer y defender la palabra y la fe en la palabra: he aquí nuestra misión como «ateneístas», a la que contribuiremos desde aquí. ■



La Ilustración Española y Americana. nº 7 (22/II/1884) p. 125.



Crónica del Ateneo

❖ Homenaje a Lázaro Cárdenas en Madrid, España

Luis ALAMILLO GUTÉRREZ



Crónica del Ateneo

Homenaje a Lázaro Cárdenas en Madrid, España



Luis ALAMILLO GUTIÉRREZ

General, senador y diputado de las Cámaras Legislativas de México

El pasado 18 de mayo, a las 20.00 horas, en el Ateneo de Madrid se llevó a cabo un homenaje en conmemoración del centenario del general Lázaro Cárdenas del Río, patrocinado por la embajada de México, la Asociación Cultural de Amistad Hispano-Mexicana y la Fundación Españoles en el mundo.

Esa noche con la presencia del licenciado Rodolfo Echeverría, embajador de México en España, D. Enrique Moral, vicepresidente de la Fundación Españoles en el Mundo; D. Paulino García Partida, presidente del Ateneo de Madrid, se efectuó una mesa redonda moderada por D. José Luis Abellán, presidente de la Asociación Cultural de Amistad Hispano-Mexicana. Intervinieron: María Luisa Capella, catedrática de Literatura Española de México; Javier Elola, ex secretario general del Instituto de Derecho Comparado de la Universidad Autónoma de México; general Luis Garfias Magada, diputado mexicano. D. Juan Maestre Alfonso, director del Departamento de Sociología de la Universidad de Sevilla, y Pedro Pérez Herrero, catedrático de Historia de la Universidad Complutense de Madrid.

Ante un entusiasmado auditorio que llenaba el recinto del Ateneo los participantes expusieron muy diversos aspectos de la vida y obra del gene-

ral Lázaro Cárdenas del Río, particularmente en el apoyo que el gobierno mexicano dio en aquellos años al exilio español.

En efecto, debemos recordar que en 1938 un grupo de intelectuales mexicanos entre los que se encontraban Martín Luis Guzmán, Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, entre otros, propusieron al presidente Cárdenas que se recibiera en México a un grupo de distinguidos intelectuales españoles que se encontraban en Valencia y que debido a la guerra no podían trabajar eficazmente. El general Cárdenas dio su aprobación a la idea y aquel grupo de españoles viajó a México donde fundó la Casa de España que con el tiempo se convertiría en el Colegio de México y que es hoy una de las más importantes instituciones de investigación de nuestro país y que aquel grupo de españoles iba a ser el pie veterano de tan ilustre organismo. Vinieron personas como José Gaos, Luis Recasens, Felipe Sánchez Román, Manuel Pedrosa y muchos otros que después llegarían a enriquecer la vida intelectual de México.

Se habló también del apoyo irrestricto que el general Cárdenas como Presidente de México prestó a la República Española. Recordemos las palabras del diputado Erro: «Estoy seguro de interpretar los sentimientos de la Representación Nacional que ha juzgado con serenidad y con altura la política exterior del régimen cuando afirmo que en todos los casos pero muy especialmente en el de la República Española, el Ejecutivo ha obrado de modo irrefutable, determinando su



Lázaro Cárdenas

actitud en perfecta concordancia con los imperativos de su deber.»

«Vender pertrechos de guerra y prestar ayuda moral -incluso material- a un gobierno amigo, legítimamente constituido, está perfectamente ajustado a las normas de ética que presiden la vida de relación internacional. Obrar de otro modo equivaldría a conceder implícita beligerancia a una insurrección militar a todas luces contraria al sentir del pueblo de México» En efecto, el general Cárdenas de inmediato atendió a los requerimientos del embajador español acreditado, D. Felix Gordon Ordás y de inmediato se «autorizó a la Secretaría de Guerra y Marina para que pusiera a disposición en el puerto de Veracruz veinte mil fusiles 7 mm y veinte millones de cartuchos del mismo calibre, todo esto de fabricación nacional». Este material de guerra fue embarcado en el va-

por español «Magallanes» con rumbo a España. En efecto esos fusiles y los cartuchos llegan oportunamente a Madrid a contribuir al «no pasaran» y así la capital de España no cayó gracias al valor de sus habitantes, a los soldados republicanos, a la 11/a Brigada Internacional y aquellos fusiles mexicanos que envió el general Cárdenas en momentos aciagos de la historia de España. En igual forma «habiendo solicitado el gobierno de España que México adquiriera en Francia armamento y aviones para integrar dos regimientos que están necesitando con urgencia y que el gobierno de Francia está de acuerdo en vender, se autorizó a nuestro ministro en París, señor coronel Adalberto Tejeda para que compre por cuenta del gobierno de España el armamento que solicite.

«El gobierno de México está obligado moral y políticamente a dar su apoyo al gobierno republicano de España, constituido legalmente y presidido por el señor D. Manuel Azaña. Continúa el presidente Cárdenas en sus obras: «La responsabilidad interior y exterior está a salvo. México proporciona elementos de guerra a un gobierno institucional, con el que mantiene relaciones. Además, el gobierno republicano de España tiene la simpatía del gobierno y sectores revolucionarios de México.» El presidente Cárdenas no escatimó ningún esfuerzo, ningún apoyo tanto de orden moral como material en su apoyo a la República Española, un gesto que honra al presidente Cárdenas y a los mexicanos fue el de haber recibido un grupo importante de huérfanos españoles, los «nidos de Morelia», que después se convirtieron en hombres y mujeres adultos y formaron nuevos hogares en su nueva patria que es México.

Al término de la Guerra Civil Española en 1939, México abrió sus puertas a cerca de



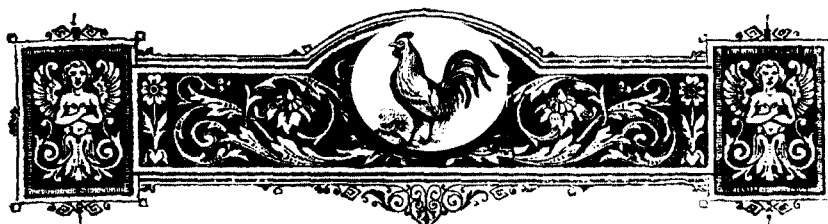
Calles y Cárdenas en un banquete michoacano

30,000 españoles, entre ellos vinieron escritores, poetas, científicos, deportistas, toreros, artistas y gente común que halló en este país una nueva patria. Por todo esto el homenaje rendido al general Lázaro Cárdenas del Río, Presidente de México, fue justísimo y totalmente merecido. En esa ocasión un grupo de españoles comentó que sería muy justo que en Madrid una avenida o una glorieta llevara el nombre del General Cárdenas, igualmente a una avenida que lleva el nombre del general argentino Juan D. Perón. El autor de este artículo comentó que si bien el general Franco debió mucho en su momento al general Perón, en el caso del general Cárdenas era España quien le debía este homenaje y ojalá esa idea se haga una realidad y en un futuro no muy lejano alguna avenida de la bella capi-

tal española lleve el nombre de este ilustre mexicano.

Para terminar esta breve nota, queremos hacer patente nuestro agradecimiento al señor embajador de México en España, licenciado Rodolfo Echeverría Ruiz, a la señora Luz del Amo, directora del Instituto de México en España, y al señor Jorge Valdez Díaz-Velez, consejero cultural, por su apoyo y entusiasmo para el realce y brillantez de este acto.

Fue sin duda alguna, un acto por todos conceptos importante el realzar la vida de un mexicano muy ilustre y que apoyó en épocas muy amargas a la República y al pueblo español. Sin duda alguna el nombre de Lázaro Cárdenas irá para siempre unido a la grandiosa epopeya del pueblo español en aquellos aciagos días. ■



Humor

◆ Perversiones y petulancias en el homo sapiens

KALIKRATES

Humor

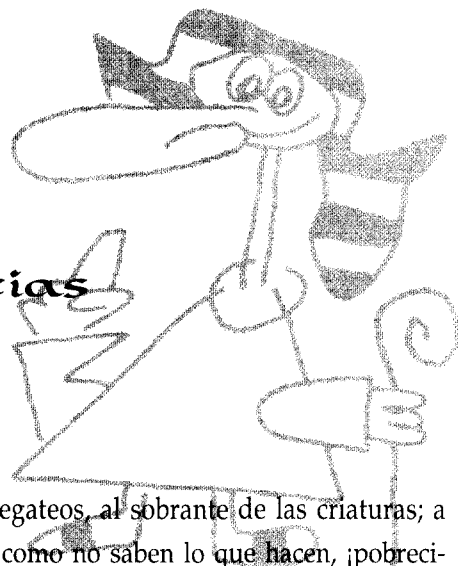
Perversiones y petulancias en el homo sapiens

KALIKRATES

El hombre, desde que fue inventado por Dios, según el Génesis; o desde que se lo sacó de la manga, como por arte de birlibirloque, la selección de las especies, según Darwin; o desde que una Eva, en mitad del Africa, parió unos mutantes, según los más modernos genetistas; pues eso, se ha mostrado cual un petulante incorregible. Su Ego le ha homologado a guisa de ombligo único del universo todo enterito; y, cuanto hay más, ¡hale!, a girar en torno suyo a lo borrego, desde el insignificante infusorio hasta el descomunal astro.

Para ir empezando, así por las buenas y nada menos –¡modestito que es el nene!– se tiene hecho a imagen y semejanza de Dios, que lo fabricó de artesanía y en exclusiva el día 23 de octubre del año 4004 antes de J.C., según afirmación sabia del doctor John Lightfood, vicescanciller de la Universidad de Cambridge. En cambio, al resto de los seres vivientes, ¡venga, de mogollón!, todos juntos y a la vez, de un solo manotazo. Y claro, al servicio del hombre –¡faltaría más!–, para que éste disponga de ellos a su antojo, tal y como le salga de sus gloriosas narices o de algo un poco más perdulario.

Se apandó de la inteligencia en privilegio y, generosamente, concedió el instinto, aunque con



ciertos regateos, al sobrante de las criaturas; a las que, como no saben lo que hacen, ¡pobrecitas! , pues hay que perdonar sus torpes ocurrencias; aunque no sus chichas, ni sus pieles, ni sus cuernos, ni su sangre ni, sobre todo, lo de trabajar a lo bestia.

En su tacañería, no les suele conceder el alma y, si alguna vez algún santo y, despistado varón va y se la concede, es pequeñita y como de tercera división; desde luego, no apta para subir al cielo.

El hombre, con el alma, se queda para su uso reservado, intrasferible y sin fecha de caducidad; al parecer, no se aja ni por muchos evos que se la echen.

“ El hombre y el gorila, en el tálamo, se lo pasan lo mismo de bien “

Todo ésto tiene sus ventajas; aunque, también, sus inconvenientes.

Ventajas, por ejemplo: el uso de las tres virtudes teologales y de las cuatro cardinales: siete en total, siete: las que, a los pobres bichos, no les está permitido ni olerlas; menos aún, rumiarlas; y no se diga digerirlas.

Inconvenientes, los hay; y uno, bien grande, una barbaridad de grande: el pecado; un inconveniente que puede servir de pasaporte, sin vi-



Copérnico, que, con su «De revolutionibus orbium coelestium», chafó al «homo sapiens» lo de ser el ombligo del universo



Inocentes pajarillos preguntando a una señorita peripatética si es cierto que el hombre, para hacer algo tan sencillo y natural como es el amor, tiene que caer en pecado mortal e irse al infierno

sado ni nada, para los infiernos. Y no tiene repajolera gracia, ¡a ver!

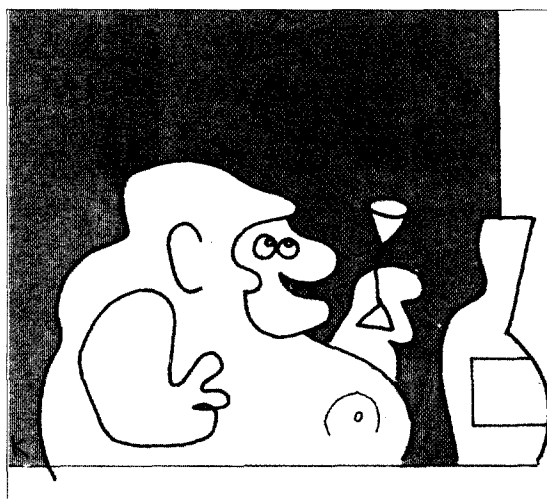
Y el hombre, lo mismito que está orgulloso, tanto que no cabe más, de sus virtudes; así mismo lo está, y a lo mejor más todavía, de ser el único en toda la creación de caer en el pecado. De ésto, casi está más –¡bueno, sin el casi! –, más ufano aún que de sus virtudes; y, de cuantos pecados le pueden atribular, siente ufanía especial por aquellos que más tienen que ver con los trampantojos del sexto mandamiento.

“ La especie humana, en cuanto a determinación sexual, pertenece al tipo insecto “

De caer en éstos –y cuanto más, mejor que mejor–, se siente lleno de viento, de faroleo y de

exultación; considerándose único en materia de ajos, tinglados e inventos sexuales. Mucho desprecio se gasta hacia el resto de los bichos vivos y coleantes; pues que éstos, ¡pobrecillas bestias, cuando practican sexo, lo hacen por instinto; y eso, claro, no es más que cubrirse; no «faire l’amour», que es lo bueno, lo bonito y lo superfirolítico; en lo que los humanos, a juzgar por lo que largan en la barra de cualquier bar mientras están de aperitivos, indubitadamente son de una mirífica perfección.

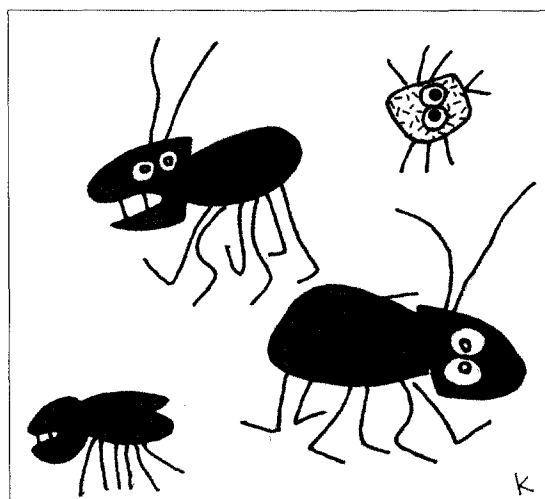
Empero, y bien presto, llega el tío Paco con la rebaja. Verbi gratia; Elaine Morgan –bueno, la tía–, con su «Eva al desnudo», dispuesta a echar un buen jarro de agua fría que mesure petulancias: *Pese a millones de años de desilusión, el hombre no ha perdido del todo la convicción de que, como el mandril, es dueño de un apéndice sexual irresistiblemente bello, por más que no tenga colores primarios. Personalmente, lo admira; y si es bastante grande, se*



Gorila macho celebrando que, con una gorila hembra, se lo pueda pasar tan ricamente con Don Juan Tenorio con cualquiera de sus setenta y dos mujeres burladas.

lo admiran sus camaradas en los vestuarios. A lo que se puede añadir, para el menester redondeo de la cuestión, esta otra parrafada sita en otra de sus páginas: *No hay razón para creer que en términos puramente fisiológicos, la gratificación que obtiene un hombre en el acto sexual sea biológicamente diferente en género de la que obtiene un gorila; y exactamente lo mismo vale para las consortes femeninas de ambos.* Y Jean Rostand, en «Los cromosomas», acaba de chafar al hombre sus glorias, ínfulas y pavoneos: *La especie humana, en cuanto a determinación sexual, pertenece al tipo insecto.*

Por fortuna para la mayor parte de los humanos, de leer a Jean Rostand, nada. Ni tan siquiera el gusto de conocerle. Muy de provecho, pues así pueden permitirse el lujo de seguir encaramados en su pedestal y harto hinchados, más que un «montgolfier», para seguir en su creencia y su presunción sobre que, en cuanto a aberraciones sexuales, las acaparan todas. Esto les sirve la mar de bien para afirmar su personalidad, para tenerse aun más por únicos, señe-



Manifestación de insectos indignados y en protesta por cierta afirmación -harto injuriosa para ellos- proferida por Jean Rostand.

ros, dispares, genuinos, inigualados y diferentes. Todo diferentes, diferentísimos, de los pobres bichos, que no saben lo que van y se pierden; pero, ¡menos lobos! Y, otra vez, de rebajas. Esta vez, a cargo del doctor Marañón, que, en su «Ensayo sobre la vida sexual», como aperitivo, cita a Caufeynon: *Encontramos -dice éste- en los animales las mismas diversas perversiones del apetito sexual que se observan en el hombre; para remachar y dar bien en la cabeza del petulante, con este definitivo párrafo: La expresión precisa sería, sin duda, la inversa. Las perversiones humanas no son sino una copia de las de las bestias, y sería más exacto decir que el hombre ha perpetrado las mismas modalidades aberrantes del amor que los animales.*

En verdad de la buena, abundando mucho en todas estas filosofías, podemos resumir así: no hay, en el hombre, ni una sola aberración sexual que no se dé, también, entre los bichos; excepto una, tan solo una: el matrimonio por la iglesia. ■



Miscelánea

★ Precariedad de la metáfora

Arnoldo LIBERMAN

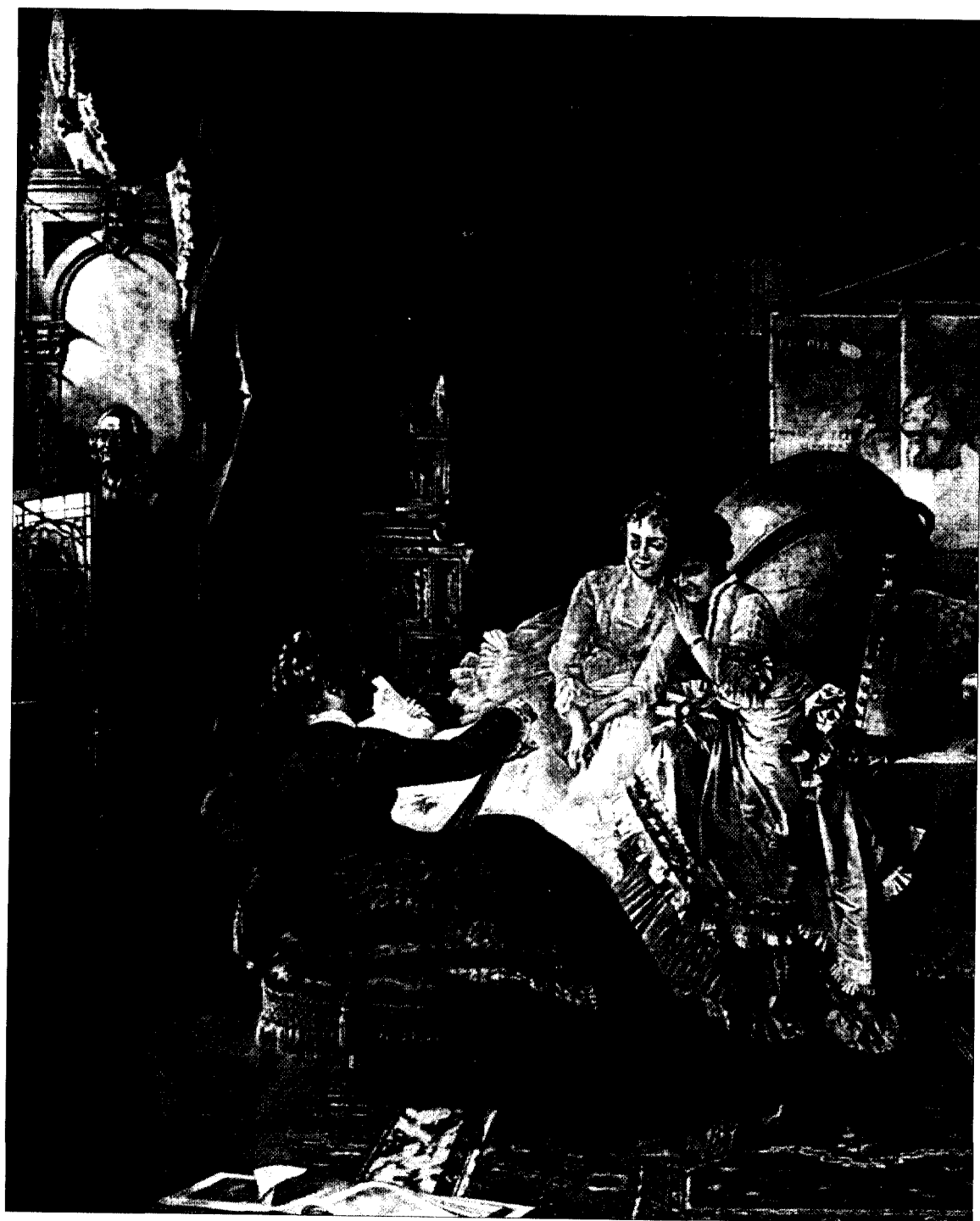
★ En el centenario de la muerte de José Martí

Paul ESTRADA

★ El lenguaje y la identidad

Antonio DROVE





En la biblioteca. Grabado del cuadro de M.C. Kiesel

Precariedad de la metáfora

a Juan Angel Vela del Campo



Arnoldo LIBERMAN

Escribir sobre la música es, todos lo sabemos bien, especular, entregarnos a las resonancias de nuestra piel, indagar significados ocultos y personales, buscarle nombre a aquello que no lo tiene, pasar del temblor a la polisemia y de ésta a la conjetura. Porque, ¿qué es el goce de la música? ¿Qué es el disfrute de sentirse penetrado mágicamente por todos los poros de la piel? ¿Qué significa ese estremecimiento hecho de exaltación y nostalgia? ¿Qué es esa liturgia: placer, padecimiento, ambos? ¿Aquello que se evapora o aquello que se cree poseer? ¿Aquello que da una soñada identidad momentánea al cuerpo y sus sensaciones? ¿Aquello que descifra una clave definitiva? ¿Aquello que asoma como un orden oculto? ¿Aquello que desencadena un flujo misterioso en el que podríamos dejarnos morir? ¿Qué es dicho deleite: un jeroglífico dibujado en el idioma del absoluto? ¿Un discurso que se fragmenta en cada estremecimiento nuevo?

Andrés Ruiz Tarazona, en su *Breve y completa historia de la música* cita, entre muchas de las definiciones posibles, la del autor de estas reflexiones: «La música es el deseo por antonomasia, el deseo de Absoluto, es decir, la búsqueda de la obtención efímera de un instante profundo». Es una de tantas, claro pero instala en el oleaje tumultuoso de la inquietud de saber al mismo Wagner, es decir el deseo mismo: «A la búsqueda del límite de la música pura, el músico se embarca sobre el océano del deseo infinito», escribió alguna vez el autor de la

Tetralogía. Todo es, pues, hablando de música, imagería especulativa, pero en esa especulación, en ese viaje múltiple y grávido, está su sentido mismo, su lectura posible, su luz más honda. Escribir sobre música implica un poderoso desafío: ponerse en los límites del lenguaje, en los intersticios entre la conceptualización de tipo lógico-racional y otros espacios y avatares de la experiencia interna, entre lo que puede ser comprendido y lo que puede ser pensado y vivido en categorías que trascienden la sola respuesta. Escribir sobre música es intentar el develamiento de lo imposible, así de hermosa la empresa, así de frustrante. Además, y por contrario imperio, ninguna epistemología o filosofía del arte, como lo dice George Steiner, puede pretender un alcance global si no tiene nada que enseñarnos acerca de la naturaleza y los significados de la música. Para estudiosos e investigadores la afirmación de Claude Lévi-Strauss de que «la invención de la melodía es el supremo misterio del hombre» es de una evidencia meridiana. «Cuando se habla de música el lenguaje cojea», finaliza Steiner. Pierre Jean Jouve, el ensayista francés, sitúa en la música la «promesa», es decir, el universal concreto de la fascinante y consoladora experiencia de lo irrealizado. Todos coincidimos, pues, en que la metáfora es impotente ante la presencia del pentagrama pero no tenemos otra cosa para decir que no sean nuestras propias palabras, así de inexpressivas, así de precarias. Quizá sea posible argumentar que es justamente su multiplicidad equívoca, la ausencia de un adjetivo único que la dibu-



je, la riqueza políglota de sus corcheas, la que hace de la música un ser metafísico y a la vez infinitamente concreto.

Y es esta doble pertenencia la que le permite llegar más hondo en la «noche iluminada de la psique» y ser también el más carnal, el más somáticamente rastreable de los actos significantes. La música es cuerpo, se hace piel y esternón, se transforma en latido, se inaugura en el estremecimiento, conforma la superficie de inscripción de los sucesos. Es como si albergáramos en nuestro mundo inconsciente, y quizá en espacios impenetrables al conocimiento o la razón, intimidades, secretos, resonancias, fantasmas, *incisiones en las sinapsis de la sensibilidad* (las llama Steiner), que signan una estrecha relación entre cuerpo y música.

Gustav Mahler escribía a Alma el 3 de diciembre de 1901: «Es el principio demoníaco del arte el que impulsa a quien es poseído por él a renunciar

a su propia personalidad, y en este caso penetra de tal modo en una naturaleza peculiarmente dispuesta a entregar el alma, que la lleva fuera de la vida. Se diría que no es el alma lo que entrega sino el cuerpo». La instintiva lucidez de Mahler nos arroja, pues, a la entrega del cuerpo. Sólo así (demoníaca o divina) puede entenderse la música: como un enigma cantado, como un «trozo de sol hecho prisionero» (palabras del mismo Mahler), como un espacio iluminado por la frágil certidumbre de la eternidad, como una religión hecha a la medida del ansia de los hombres, como cuerpo que repercute ante la incitación del misterio, como celebración mística. Igualmente como veladas, como nieblas, como «abstractos arabescos» que nos hablan, en un lenguaje prelógico, de las desgarradas pulsaciones que signan los interrogantes últimos de los seres humanos: amor a la belleza, necesidad de absoluto, significación de la muerte, miedo a sí mismo, sentido del amor.

Se trata de esas emociones nebulosas que se abren «al otro mundo», al mundo en que las cosas ya no están separadas por el tiempo y el lugar, a ese mundo mítico que se adueña de nuestra inteligencia y que nos empuja hacia atrás, hacia los instantes mismos del frenesí inicial, hacia esa ceremonia fundacional y genésica a la que sólo la música o el mito pueden acceder.

El mito y la música comparten, pues, el denominador común de que pueden ser abismales hasta la irracionalidad, que pueden hacer vibrar de violencia, consolar, exaltar, despertar a Lear de su loca oscuridad, impedir que Wittgenstein se pegue un tiro, hacer que Mathilde Wesendok se entregue a Wagner en el sofá de un crepúsculo o guiar a Siegfried en su búsqueda definitiva a través de los trinos de un pajarillo. Todos sabemos que hay cadencias, coros o modulaciones que abruman o alivian el pecho, que nos reconcilian hondamente con



la armonía de la creación o con la serenidad última o que nos precipitan inconsultamente en la pasión o en el éxtasis. Otras veces hay pentagramas que hacen surgir en nosotros una *gioconda* instantánea, una sonrisa enigmática que es al fin una última y metafísica nostalgia. El hombre, animal de lenguaje, es, antes que nada, animal de acordes. Y es esta esencia la que pone la arrogancia del positivismo en estado deliberativo, consciente de que la exigencia de una explicación de las cosas, por lo menos en el caso de la música, está amenazada de ingravidez.

No descartamos que haya una lógica de la música pero nada tiene que ver con la lógica de la razón. En ciertos momentos será una teología no escrita, en otros el murmullo de la ciudadela de Dios o un rumor de la naturaleza o el ritmo mismo del

universo (como la definía Schelling) o la sensación inexpresable de regreso al paraíso perdido o al cuerpo de la mujer ansiada o el sentido último de la libertad, pero siempre será la resonancia de ese espacio entre el cielo que está sembrado de violines (como lo deseaba Mahler) y la tierra expectante ante el magno acontecimiento de esa luz nueva y sobrecogedora. Esa es la posible lógica de la música: en todo caso el alter ego, el doble, el Doppelgänger, ese niño que se me parece como un hermano, que los románticos albergaban en su mundo interno, es decir, la otra cara de una ambivalencia donde la razón lógica es el pariente pobre y necesario para que aquella abundancia, para que aquella maravilla, sea válida.

Cuenta la leyenda que cuando Beethoven acababa de interpretar una de sus sonatas, una baro-



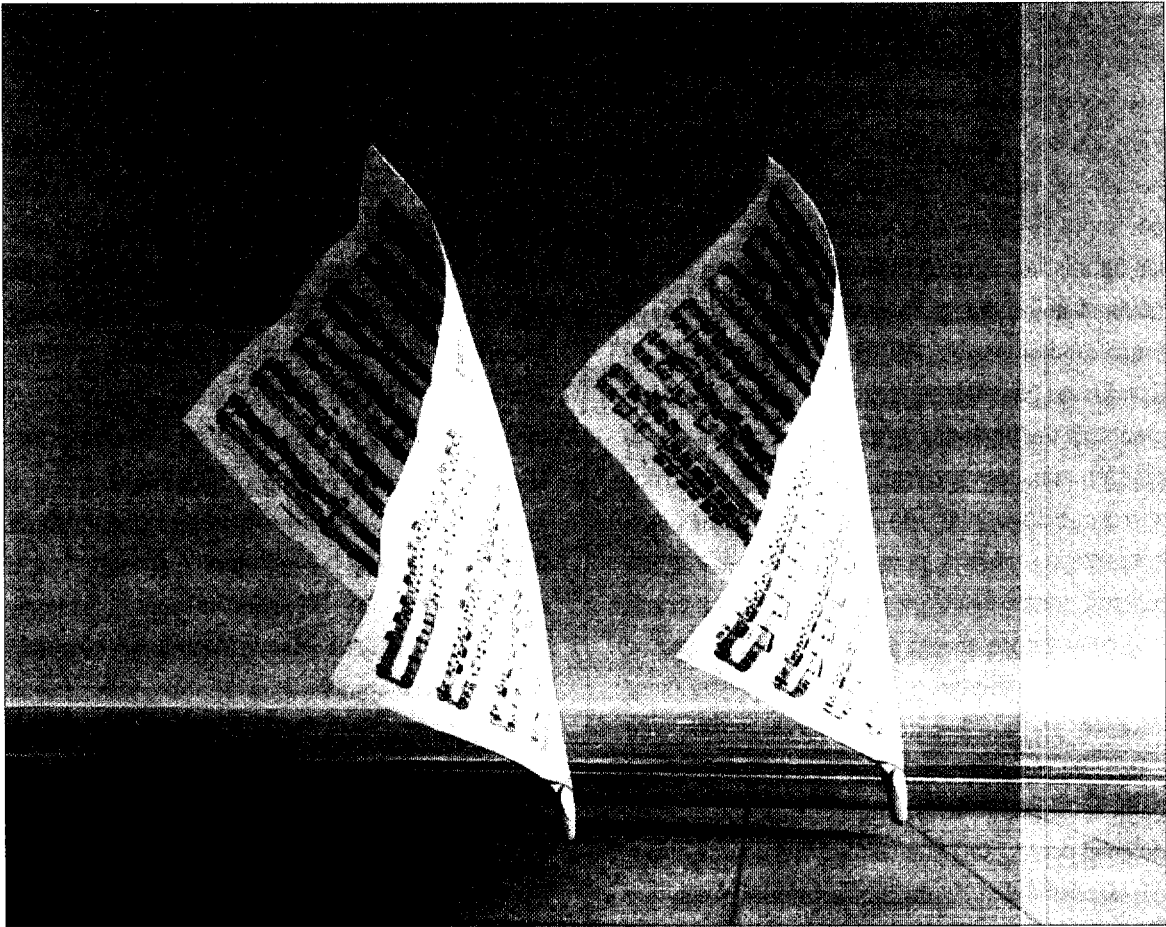
nesa se le acercó con la siguiente exigencia: «Maestro, ¿qué ha querido decir con esta música?». A lo que el genial sordo respondió: «Exactamente esto, baronesa». Y puso las manos sobre el piano y la volvió a interpretar. No hay otro lenguaje para la música que la música misma. Se trata de la más auténtica de las tautologías. Es ella la que penetra en nuestra sensibilidad o en la inteligencia de nuestro corazón para despertarnos a aquellas vivencias que nos acogen, nos conmueven y nos trascienden y a las que sólo podemos atinar a sentir en el mismo instante en que levantan vuelo. Quizá sea en esta particular evanescencia donde la música se hace mito.

El melómano es, en este caso, un tejedor de humo, es decir alguien que sabe que encontrar es cancelar una búsqueda y que perderse cada vez que encuentra es abrir puertas a la percepción del asombro. La música es un llamado que vuelve a hacer oír su voz en el mismo instante en que enmudece: ésa es su grandeza mítica. Su inmortalidad.

Es en razón de estas reflexiones que podemos hablar del mito de la música y la música del mito. Un verdugo sutil y puntual nos ha privado de los medios de llegar a ser dioses instalados en la eternidad. Para los seres humanos esa eternidad es incontestable porque en su dinámica diaria, en su «melodía infinita», viene y va, entrega y despoja, fatiga y otorga, frustra y despierta ilusiones siempre penúltimas. Nuestra eternidad es apenas un instante y lo es todo en ese instante, porque sólo poseemos lo que perdemos y en ese movimiento permanente y múltiple somos deseo, deseo del deseo y fuego que se quema a sí mismo. Quizá, cósmicamente, somos nada más que los neutros elementos de una energía abstracta y anónima, los evanescentes portadores de un instante pleno convocados a proponernos algo más que lo humano para no reducirnos a lo simplemente humano. Miguel Morey escribe:

«Si es aún posible dialogar con La Iliada es tal vez porque no somos enteramente y sólo sujetos de nuestro tiempo, sino también hombres llegados de un largo sueño de siglos». Justamente ese largo sueño, tan milenario, alimenta nuestro deseo y muchas veces lo arroja, imperioso y desafiante, hacia los cielos. Frente a la obscena verdad de la muerte ese sueño, decimos, es el sentido mismo de nuestra búsqueda.

Todos, seguramente, recordamos al profesor Gustav Aschenbach de *Muerte en Venecia* de Thomas Mann. ¿Qué busca el profesor Aschenbach en aquel hermoso muchacho al que persigue melancólicamente por las calles de una Venecia habitada por la muerte? Quizá el antídoto más poderoso que el hombre pueda crear ante las vicisitudes de su existencia: la belleza. Pero detrás y dentro de ese ánimo está la búsqueda del amor hecho espejismo, la mirada del alma hacia las cosas imposibles. Cuando Aschenbach muere es válido pensar que se deja morir -todo Narciso enamorado esconde un Narciso suicida, habría escrito Freud- pero también es posible alegar que en aquella final mirada al hermoso muchacho está la apropiación última de una eternidad deseada, aquel largo sueño de siglos que menciona Morey. Esa frontera que nos detiene y nos exalta es la que sostiene nuestra embriaguez, la que nos remite al inicio, la que nos otorga, súbita y fugazmente, nuestro carnet de identidad. Por eso el mito (y el de la música es el más fascinante) configura, a través de su enigma, de su saber oculto y sensual, un rito de iniciación, ese ritual vivo que inducen ciertos secretos pentagramas de redescubrir la realidad. Y por ser pentagrama, por estar habitado de inquietante temporalidad, se trata de un ritual efímero que sólo permite, en ese límite entre el instante que llega y el que se evapora, ciertos vislumbres incanjeables que nos adentran en el huido centro del misterio. Basta tocar un cuerpo para



que de pronto se desvanezca y basta que de pronto se desvanezca para que readquiera su prodigioso encanto. Son estos acontecimientos los que señalan nuestra desafiante presunción de aspirar a dioses. Son ellos los que nos transforman en criaturas de privilegio, en «espías de Dios», en los seres capaces de atisbar la convocatoria de un ordenamiento desconocido. En este aspecto un melómano se sabe el elegido de una aventura trascendente.

Wagner -la música del mito- tenía perfecta conciencia de esta aventura. Sólo con la música se puede dar la múltiple respuesta que el mito convoca, la presencia definitiva de lo singular. Es lo que Denis de Rougemont llama acceder al plano de la con-

ciencia lírica. Wagner reinscribe, desde sus corcheas demiúrgicas, la plenitud de los primarios interrogantes humanos otorgándoles su vigencia excepcional, porque sólo la música puede decir lo indecible. Sólo la música puede decir de esa vigilia misteriosa, de esa divina languidez, de esa noche nupcial, de esa entonación metafísica que arrastra a los seres humanos al centro mismo de su propia perplejidad.

Cuando se oye hablar de Wagner algunos señalan el carácter inhumano de sus personajes, ese mundo mitológico habitado de seres que nunca se acatarran, según la expresión de Paul Henry Lang. Es cierto. Estos demiurgos, estos dioses o semidioses, vestidos de amazonas que cabalgan sobre cor-



celes con cadáveres suspendidos sobre las grupas y mujeres que duermen con la armadura puesta, muchas veces pendencieros y la más de las veces increíbles, son casi inalcanzables. Y digo casi porque es justamente la magia de este viejo león que coloca, por sobre el estereotipo inaccesible de los héroes, las figuras humanas verosímiles que hacen del corazón el único dios y de su búsqueda obstinada el único camino posible. Allí nos sentimos identificados. En ese movimiento pendular somos auténticamente los destinatarios de un mensaje y de una palpitación que nos concierne. Conscientes, claro, que al tratarse de una historia de amor y muerte, en el goce está la sentencia, porque ambas, amor y muerte, son el anverso y reverso de una epifanía inexorable. Justamente en ese presente que siempre se transforma en instante que huye está nuestra única alternativa válida: transformarlo en acontecimiento puro. ¿Qué es, entonces, lo que nos cautiva tan hondamente? Justamente ésa, nuestra ansiedad buscando en el pentagrama el inventivo venero que lo signa, la posibilidad de un espejo propio, el sentirse depositario de un estremecimiento específico, el carnet de identidad donde figura «especie única». Madame de Staël lo dijo ejemplarmente: «Sólo la música alcanza la fuerza íntima de la existencia y muda radicalmente nuestra disposición interior. Parece que al escuchar sonidos puros y deliciosos estamos a punto de captar el secreto del Creador, de penetrar en el misterio de la vida. Ninguna palabra puede expresar esta impresión porque la indeterminación de la música se presta a todos los movimientos del alma, y cada cual cree encontrar en una melodía la imagen de lo que desea en este mundo». Cierto. Nuestra disposición interior se muda radicalmente. Los sonidos se depositan en esa zona indiscernible de fronteras móviles que pertenece a la vez tanto al mundo de lo real como al mundo de los fantasmas. Poco a poco esa música se

hace nuestra porque interiorizamos ese devenir que nos llama desde un «más allá». Esa voz extraña y conocida pide lugar en mi mundo interno pero no para disolverse en mis propios sucesos ni para quedarse relegada solamente al mundo de las sonoridades que la alimenta, sino como un Otro inestable, movilizador, casi autónomo, que condiciona su entrega a esa ración de libertad que debo otorgarle. Mientras ella me hace, yo me la apropio. Es precisamente en ese sentido que escuchar música es un acto de amor erótico. Y en ese mismo aspecto próximo al mito.

En los veinte minutos de un movimiento sinfónico, en las siempre breves horas de una gran ópera, en el minuto en que Papageno se despide del mundo o en el otro minuto en que Siegmund y Sieglinde descubren ser hermanos incestuosos, todo sucede en el fugitivo relumbrón de la eternidad, en el momento mismo en que podemos convocar el universo porque nos sentimos habitantes de una teofanía. Allí el mito se transforma en algo personal, en significante íntimo, como el color de los ojos o las huellas digitales. Tiene, claro, algo de convincente y algo de ficticio, como todo mito, y muchas veces no sabemos bien si lo que importa es el grado en que el relato mítico responde a la realidad o si lo que realmente significa es aquello que no ha ocurrido, aquello que es siempre deseo, aquello que desborda nuestra frágil presencia humana. Cuando los compases de la Tetralogía nos invaden gozosamente, hay un lugar de nuestra piel que recibe dicho temblor con la certidumbre de un absoluto. Allí no hay sólo interrogantes sino evidencias, no sólo perplejidad sino estremecimientos, no sólo sombras equívocas sino acentos definitivos. Esa mitología -tan intransmisible, tan de cada uno no es necesariamente real porque sea verdad histórica sino porque se trata de nuestra intensa travesía por nuestra propia humanidad. ■

En el centenario de la muerte de José Martí

Matan al Martí vivo quienes lo hacen suicida



Paul ESTRADA

Catedrático de la Universidad de París VIII.

Director del centro de investigaciones sobre «Histoire des Antilles Hispaniques».

Sorprendentemente, el centenario de la desaparición física del Héroe Nacional de Cuba y excepcional creador literario de habla hispana, José Martí, ocurrida el 19 de mayo de 1895 al inicio de la guerra que concluyera en 1898, no ha sido acompañado por la publicación de una nueva biografía, como suele acontecer con motivo de tales efemérides y como era de esperar ante una figura universal de tamaño talla a la que el mundo entero, al ejemplo de la UNESCO, le está rindiendo homenaje.¹

Tendremos que contentarnos con la reedición, en Cuba en 1990, de la primera biografía importante que le fuera dedicada por Jorge Mañach en 1933, y que él mismo revisara antes de morir en su exilio puertorriqueño en 1961.² En la opinión casi general, la obra de Mañach -*Martí, el Apóstol*- es una joya literaria. Ahora tanto en la interpretación propuesta de la trayectoria del Maestro como en la información documental de apoyo, la investigación martiana, en portentoso auge desde aquellas fechas, ha aportado en el intervalo nuevas perspectivas y nuevos elementos antes ignorados. Por preciosa y alada que sea la biografía de Martí de Mañach, no está a la altura de los conocimientos y las exigencias del presente. Esto es también una opinión muy extendida entre los estudiosos de Martí, independientemente de lo que piensen de los postulados ideológicos del biógrafo.

No obstante, cabe precisar que dos aspectos de la

biografía de José Martí han motivado escritos recientes y revivido viejas polémicas. Se trata por un lado de sus amores («sus» mujeres y sus «niñas») que han sido objeto de la atención de José Miguel Oviedo (en 1989) y de Carlos Ripoll (en 1995). Y por otro lado se trata de un tema no menos polémico pero sí de mayor alcance: el de su muerte en combate contra el ejército español en Dos Ríos, en el Oriente cubano. Sobre el fatal lance, acaban de salir en los Estados Unidos los libros de Daniel Román (en 1993) -que comentaremos en particular- y el de Florentino García Cisneros (en 1995), como si su trágico fin fuera lo más significativo, fecundo y vigente de su vida y de su legado.³ Pero no todos los autores abrigan las mismas intenciones ni parten de las mismas premisas.

Hay quienes lo pretenden, escudándose en la originalísima lectura que propuso José Lezama Lima de la obra de Martí a partir y en función de su muerte. La opción es aceptable desde el punto de vista metodológico, con tal que previamente queden aclaradas las circunstancias de su muerte. Porque huelga seña-

¹ Sobre la ausencia y necesidad de una nueva biografía de José Martí, pedida a porfía aunque sin éxito hasta hoy, véase, si se quiere, el artículo que hemos consagrado al tema en la *Revista de Indias*, en un número de próxima aparición: «Martí, ¿una biografía imposible?».

² Jorge Mañach. *Martí el Apóstol*. La Habana, Vivencias Sociales, 1990, 140 p. Con prólogo de Luis Toledo Sande: «Para una nueva lectura de Martí, el Apóstol».

Existe desde luego, el libro en la misma edición revisada por el autor, en la colección Austral de la Editorial Espasa/ Calpe que lo volvió a reeditar en 1975 (sexta edición).

³ Daniel Román: *Los seis grandes errores de Martí*. Miami. Ediciones Universal, 1993. 182 p.

Florentino García Cisneros. *La muerte de José Martí (versiones y discrepancias de Máximo Gómez)*. USQA, Not. Arte. 145 p.



José Martí en traje de presidiario. 1903 (documento único)

lar que su obra no puede ser leída ni su corta existencia juzgada del mismo modo si cayó frente al enemigo gloriosamente, o fue casualmente, o si lo descuidaron los suyos, o si se suicidó. En la línea abierta por el autor de *Paradiso*, María Poumier es quien, creemos, ha renovado más sutilmente la interpretación de la muerte de Martí como texto no escrito revelador sin embargo de la obra íntima del escritor. Para ella, Martí había decidido que se dejaría matar, pero añade la investigadora gala: «no se suicidó deliberadamente en una situación que no tuviera otra salida honrosa, ni se suicidó por pérdida de fe.⁴»

Pero los hay que, frente al hecho de la muerte en combate del Héroe de Dos Ríos, esgrimen otra evidencia -según ellos-: la de su suicidio. Esta especie no es nueva aunque no haya tenido muchos propaladores ni espectacular acogida hasta los últimos años. A reserva de futuros rastreos más amplios, no parece

que esta tesis surgiese públicamente antes de la conmemoración del cincuentenario de la muerte de Martí.⁵ No parece que tampoco en Cuba se le diera luego especial énfasis, aunque el asunto fuera debatido con calor en 1965 dentro del Seminario Martiniano de la Universidad de La Habana⁶. La realidad bibliográfica es que a Martí ningún biógrafo (de los que sobresalen por su grado de seriedad en lo que toca al manejo de las fuentes) lo hace suicida, cualquiera que sea la parte de misterio que envuelve su caída y los interrogantes que suscita. Todos han descartado la hipótesis del suicidio infundada e ilógica: Mañach, Méndez, Rodríguez-Embil, Carbonell, Castellanos, Quesada y Miranda, etc. Los que como Luis García Pascual o Ibrahím Hidalgo Paz, han revisado y cotejado toda la documentación sobre su vida y muerte antes de redactar sobrias y seguras cronologías⁷, tampoco le dan crédito a la hipótesis, sino como verdad cierta e incontrastable que en Cuba no se admitió, ni se admite, hoy menos que nunca.

Dos debilidades intrínsecas afectan el propósito revisionista, por legítimo que sea querer discrepar a todo trance. Una es la ausencia total de nuevos datos que permitan dudar de lo establecido por los testimonios y la crítica. Otra es la tendencia, ya no a usar a José Martí contra Fidel Castro (como durante tres decenios se intentó, hasta lanzar desde Florida la llamada con toda intención Radio-Martí), sino a desacreditar a Martí para desautorizar a Castro.

⁴ María Poumier. «Lezama Lima, méthode et cubanité». Síntesis de sus investigaciones y perspectivas (Habilitation à Diriger des Recherches, Université de Paris VIII, 1995), Manuscrito aún sin publicar.

⁵ Cf. el artículo de Antonio Martínez Bello, «El suicidio de Martí», *Carteles*, La Habana, 23 de mayo de 1945.

⁶ Cf. el planteamiento de Luis M. Coloma Delgado en aquel recinto: «¿Fue Martí deliberadamente a la muerte en Dos Ríos?». Su respuesta es rotundamente negativa.

⁷ García Pascual, «Por la senda del Apóstol», *Anuario Martiano*, La Habana, n° 3, 1971, pp.249-307. Ibrahím Hidalgo Paz. *José Martí. Cronología (1853-1895)*. La Habana, Ciencias Sociales, 1992, 173 p.



Desde luego, ni la íntima convicción -que hace caso omiso de la necesidad de presentar pruebas-, ni la demostración analógica -que confunde la obra de Martí con la recepción posterior de la misma-, confieren valor científico alguno a las aseveraciones.

Escribir por ejemplo, como Guillermo Cabrera Infante lo ha hecho en *El País* de Madrid, que a la Cuba revolucionaria le conviene la representación de un Martí revolucionario y heroico, que Martí resulta ser para ella un «muerto útil»⁸ de la misma manera que para Daniel Ortega y la Nicaragua sandinista Sandino fue un muerto útil, es una opinión personal que en nada ayuda a entender el cómo ni el por qué de la muerte del Héroe (en rigor para tumbar al poste que contribuye el eje fuerte del régimen), se escribe que su «suicidio fue negado, es negado todavía, en Cuba», quedará asentada la idea del suicidio de Martí, aunque no quede demostrada en absoluto. La única «autoridad» que el afamado novelista invoca a favor de su afirmación implícita es la del escritor argentino Ezequiel Martínez-Estrada, un apasionado martiniano cuya dedicación a Martí es admirable pero cuyo rigor científico no es ejemplar, quien, por lo demás, respecto a lo que Cabrera Infante expone, no dice ni la mitad de una palabra (ni entre líneas) en su *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*.⁹

No quisiera que el lector de *El Ateneo* creyese que con estas observaciones críticas me lance ciegamente a una polémica azarosa con un príncipe de las letras de probado virtuosismo lingüístico. Más allá de lo que podría moverle a examinar las relaciones entre Fidel Castro y José Martí - aunque esto no es mero asunto doméstico de la política interna-, lo que importa es que, tras otros exiliados, él dé por evidente y disimulado el suicidio de Martí. Como en el centenario de la «muerte en combate» de Martí (expresión oficial puesta en tela de juicio), es impensable que en páginas que no son precisamente de ficción una personalidad responsable ponga el entrecomilla-

do para hablar de ella sin más pruebas que las inventadas por la fantasía o la saña, lo que importa es pues buscar y analizar las bases, que no podrán faltar, que hayan podido dar pie a semejante versión de su muerte, y no polemizar por gusto o para lucir.

Al buscar en la bibliografía martiniana internacional, que con diligencia y acierto Araceli García Carranza se esfuerza por mantener al día en el Anuario del Centro de Estudios Martinianos de La Habana, no hemos encontrado artículo o libro alguno que, en lo que se refiere a la muerte o suicidio de Martí, haya manejado nuevas fuentes o relacionado de manera nueva hechos conocidos, salvo la obra de Daniel Román (1993) arriba mencionada. Ignoramos si esta es la revelación y constituye la base documental que autoriza a los periodistas y cronistas a afirmar que Martí se suicidó. No la citan. Puede ser entonces que no la sea porque además el libro de Román no parece haber gozado, fuera de Miami, de gran publicidad y difusión. Pero por ser el único trabajo, que sepamos, que le concede tanta importancia al asunto, conviene que sigamos con atención su argumentación.¹⁰

Al autor de *Los seis grandes errores de Martí* (¡nada menos!), quien es un cubano de Miami (del exilio, de la diáspora, de la comunidad, llámenle como quieran), la editorial Universal de Miami lo presenta en la contraportada como «psicólogo clínico, sociólogo, teólogo, periodista e historiador». Aceptémoslo, aunque como se verá en su momento, lo de «historiador»

⁸ Guillermo Cabrera Infante, «Martí, muerto útil», *El País*, Madrid, 22 de mayo de 1995. pp. 9-10.

⁹ Ezequiel Martínez Estrada, *Martí, el héroe y su acción revolucionaria*. México, Siglo XXI, 1996. 266 p.

¹⁰ Un estudio más complejo del libro de Román podrá leerse en las futuras Actas del Coloquio internacional sobre «José Martí y los desafíos del siglo XXI» (Santiago de Cuba, mayo 15-19, 1995) al consultar nuestra ponencia en dicho evento: «De la discrepancia en la investigación martiniana; a propósito de un libro de Daniel Román», de la cual se han extraído la sustancia y no pocas líneas vertidas en este artículo.



José Martí.

no queda comprobado en esta obra. Dejemos la palabra en seguida a Daniel Román para que exponga él mismo las potentes razones que tuvo de publicarla. Desde el principio, sin tergiversar lo que quiere demostrar, nuestro polémico autor aclara su propósito:

«Nuestro héroe convocó a la lucha del pueblo cubano y sin embargo, a los 38 días de su desembarco en Playitas, provincia de Oriente, decidió abandonarla por la vía del suicidio, un acto gravísimo e incomprensible en un hombre de su estatura por cuanto entraña una franca deserción de sus deberes y responsabilidades».

«Si Martí no se suicidó, entonces no tendríamos necesidad de escribir un libro como el presente.»[...]

«Nos proponemos demostrar varias cosas que no están aclaradas -o lo están mal- como si Martí se suicidó o no y, si lo hizo, ¿cuáles son las causas que lo condujeron a este infausto suceso? Debemos des-



José Martí y María Mantilla (1890). Long Island, N.Y.

tacar también un hecho trascendental ignorado por la mayoría de los historiadores, excepto por el escritor mexicano Mauricio Magdaleno y, en parte, por Jorge Mañach. Se trata de una conjura que contribuyó decisivamente a la muerte del futuro Apóstol, pues en los años siguientes le consumió la mayor parte de sus reservas espirituales».

«Dentro del tema principal, María García Granados emerge como la figura que habría marcado la diferencia de los hechos impidiendo la futura tragedia de Boca de Dos Ríos, y muy posiblemente, muchísimas desgracias que le acaecieron a Cuba republicana, cuyos males nos alcanzan a casi cien años de distancia de la desaparición física del grande hombre de la patria cubana y de América». ¹¹

Con estos párrafos liminares de Román, tenemos expuestos por él los dos errores irremediables en que incurrió Martí. El error inicial de 1876-77 en

su vida afectiva: haberse casado con Carmen, la camagüeyana, en lugar de casarse con María, la Niña de Guatemala. El error final de su vida política, «acto gravísimo»: haberse suicidado el 19 de mayo de 1895 al ofrecer su pecho a las balas españolas en lugar de regresar a Nueva York a proseguir la lucha, como se lo aconsejaban su prudentes compañeros de la alta dirigencia militar. Lo que, según el autor, relaciona el error inicial con el último error, es cierta debilidad de carácter que tuviera Martí diagnosticada a distancia por el «psicólogo clínico»: inmadurez sentimental y estado anímico depresivo que lo llevaron a equivocarse del todo unas cuantas veces.

En la óptica de Román, el postrer error de Martí - criminal falta más que error lamentable - no es sólo consecuencia catastrófica de su mala suerte matrimonial; resulta también de las tensas relaciones que el Delegado del Partido Revolucionario Cubano mantenía con los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo. En las reuniones y enfrentamientos que tuvieron estos tres jefes de la revolución de Independencia, entre 1884 y 1895, o sea entre la renuncia de Martí a seguir cooperando con Gómez y Maceo (octubre de 1884) y la agitada «cumbre» que tuvo lugar en La Moraleja (5 de mayo de 1895, cuyo contenido sólo se adivina mediante deducciones), Daniel Román, quien no teme ir a contrasentido, da la razón, no a Martí, sino a Gómez, y sobre todo a Maceo.

Como lo que cuenta a los ojos de Román es la conducción acertada de la guerra - sin preocuparle excesivamente el contenido democrático del proceso en gestación en la guerra ni el espíritu de justicia de la república democrática en preparación - es natural que escriba casi al final del libro:

«Todas las realidades daban la razón a Maceo en el ingenio de La Moraleja, ¿por qué pretenden algunos “historiadores” fabricarle razones a Martí y negárselas a Maceo que es quien las tenía? ¿Por qué hacer prevalecer el pensamiento de Martí sobre el

proceso revolucionario si él no conocía nada de él? ¿Por qué sospechar del republicanismo de Gómez y Maceo, si ambos eran los ejemplos a seguir por sus vidas que garantizaban la credibilidad que despertaron en la mayoría de los cubanos? (...) Aunque duela reconocerlo, si nos atenemos a la verdad histórica, sin Gómez y Maceo era muy difícil realizar aquella Invasión notable que asombró a toda América e hizo triunfar la revolución. Sin Martí podía llevarse a cabo; sin Gómez y Maceo, no».¹²

No ironicemos sobre el supuesto «triunfo» de la Revolución en 1898, ni entremos a discutir el rango que deben ocupar en la memoria colectiva cubana Martí, Gómez y Maceo. Tan sólo observemos que con los frases precedentes Román acaba por justificar a la vez el rechazo de la solución de gobierno civil de Martí, la obligación en que éste estuvo de someterse a la estrategia de los militares, la conciencia que tuvo de su fracaso, la certidumbre que tuvo de su próxima expulsión de Cuba y de su regreso ineludible a Nueva York a cumplir las órdenes de la jefatura de la guerra, la desilusión, la tristeza y la depresión que le invaden la mente, y la decisión de desaparecer en la primera oportunidad.

«Frustrado por todo lo anterior -concluye Román- su vanidad no resiste haber sido jefe en la emigración y subalterno en la manigua, por eso decide no enfrentar las nuevas realidades y terminar con su vida. Estaba cansado de vivir. Y se olvidó de sus responsabilidades, de que había incorporado el proceso a muchas personas, de que se erigió en líder con la obligación de seguir hasta la conclusión de la guerra y ayudar a organizar la República, y no sacó fuerzas de la vida, de donde la obtienen no sólo las grandes, sino el ciudadano común, y desertó de sus deberes, pensando más en sus propios problemas

¹¹ Daniel Román. Op. cit., p. 9.

¹² Daniel Román. Op. cit., p. 173.

personales que en los del país, y decide dejar a los demás «con la carabina al hombro», para dejarse vencer por su «cansancio y sus frustraciones, y cabalgar irresponsablemente hacia la muerte, para desaparecer, como él mismo se lo había pronosticado».¹³

Estas consideraciones muy duras para con el Héroe Nacional de Cuba son gratuitas, como lo vamos a ver, y por consiguiente profundamente injustas. ¿Cuáles son en efecto los nuevos elementos que aporta Román para volver sobre el asunto e interpretarlo así? Leído y releído el libro, cabe decir que ninguno. Respecto a lo acordado en La Moraleja, por supuesto, como no hay acta alguna ni indicación de parte de los tres protagonistas (se arrancaron misteriosamente las páginas correspondientes del Diario de Martí...), se las inventa. De toda forma poco le importa lo que allí pasara realmente. «Si no hubiera existido - añade Román - una reunión en el ingenio de La Moraleja, de todas maneras se suicidaría porque estaba en sus planes el hacerlo. Sobreabundan las pruebas administrativas por él mismo, así es negar su suicidio es una pretensión caprichosa y falsa, destinada a hacerlo morir peleando heroicamente para fabricarle una gloria que encaje en planes de endiosamiento, lo que es buen argumento para una novela, pero no para un libro de historia».¹⁴

¿Por qué en ese libro, no tan voluminoso ni cargado de notas (pues no lleva ninguna), el presumido «historiador» no rellenó algunas páginas - que en adelante lo harían famoso - con aquellas pruebas sobreabundantes por Martí administradas de que estaba en su intención suicidarse de cualquier forma? ¿Cómo un notorio «psicólogo clínico» puede ignorar que todo «suicida potencial» (como Román califica a Martí en otro lugar) no se suicida forzosamente? Habrá que torcer mucho las cartas de Martí para vislumbrar en ellas el anuncio de tal propósito, la anticipación de tal acto. Idéntico resultado proporciona la relectura de sus poemas. «Que si caigo...», escribe a

Federico Henríquez y Carvajal al despedirse de él, y no «cuando caiga» o «caeré»¹⁵. En todas las cartas llamadas «testamentos», la anterior inclusive, expresa las posibilidades de que muera en la guerra, de que siga en la Isla o de que vuelva a la emigración: estas alternativas no traducen la obsesión de un suicida potencial todo hombre consciente sabe que la muerte lo puede arrebatar en medio del combate. Pero entre este pronóstico lúcido y el anhelo mórbido de caer combatiendo hay un paso enorme. Y cuando uno recuerda la virtud que cobra para Martí el cumplir con el deber y el ser útil a la Patria, dondequiera que sea; y cuando uno medita una frase como ésta de 1889: «haremos para vivir hasta que Silveyra tenga el cable, y los que padecen de hambre de justicia no necesitan de nosotros»¹⁶; no hay motivo para interpretar el «sé desaparecer»¹⁷ como lo hace Román. «Desaparecer» no significa suprimirse, sino apartarse, retirarse para no estorbar el movimiento, trasladarse a otro sitio para seguir sirviendo vivo, y no sacrificarse para beneficio de nadie. Tengamos presente también que ya en tierras de Cuba y en contacto directo con la naturaleza americana virgen, después de más de quince años de ausencia y la guerra en ascenso y la revolución vitoreada, Martí se sintió feliz como nunca - a diario lo confesó a sus amigos y familiares -, y que en esta misma carta inconclusa a Manuel Mercado del 18 de mayo de 1895 donde le reitera que sabrá desaparecer si hace falta, le informa, en futuro de indicativo, sobre sus intenciones y proyectos («cuanto hice hasta hoy, y haré...», «seguimos camino, al centro de la isla, a deponer yo...»¹⁸). ¿Será ésa la confesión de quien desesperado acecha el momento propicio para renunciar e inmolarse?

¹³ Daniel Román. Op. cit., p. 156.

¹⁴ Daniel Román. Op. cit., p. 157.

¹⁵ José Martí. *Obras completas*. La Habana, Editora Nacional de Cuba, 1963-73. Tomo IV, p. 112.

¹⁶ José Martí. Op. cit., VII, 396.

¹⁷ José Martí. Op. cit., IV, 170.

Tampoco hay información nueva en el libro, ni en éste ni en otro, que pceda de algún testigo antes llamado o de alguna pieza perdida, sobre los últimos momentos de Martí en Dos Ríos. El suicidio es, pues, pura hipótesis, sin la más mínima prueba documental. Aceptarla hoy, porque la aconsejaría la intuición, sería volver a lo tiempos infantiles de la investigación imaginaria confundida con la adivinación. Además, ¿qué lector se contentaría hoy con esa afirmación de Román de que Martí «lo acometió (el suicidio, P.E.) como lo prueban todas las evidencias»?¹⁹. Precisamente, no hay ninguna evidencia, ninguna prueba. Debemos repetir las advertencias mismas del autor olvidadizo: «No podemos confiar en las opiniones de cualquier persona que opine sobre Martí o cualquier otra personalidad histórica sin verificar lo que afirma (...)»²⁰. Verificamos. Y mientras no aparezcan nuevos datos, debemos atenernos a la versión más probable de la muerte de Martí en Dos Ríos - su caída fortuita en combate - que es la analizada y desarrollada por Gonzalo de Quesada en 1976.²¹

Nada cierto el suicidio, nada comprobado, cae entonces por sí mismo cuanto Román le achaca a Martí. ¿Qué queda entonces del incumplimiento de los deberes patrióticos que le reprocha de la acusación de desertión que formula contra él, de la carga que le hace de haber dejado al enemigo imperialista el campo libre para que intervenga a sus anchas?. Esto es el colmo. Cargarle a Martí la responsabilidad de la intervención estadounidense de 1898, la ocupación militar, la enmienda Platt, los acuerdos comerciales neocoloniales, las reiteradas intervenciones, la dominación imperialista, etc.; a él, Martí, quien tanto peleó para impedir a tiempo ese proceso que era de los contados en prever, es una amputación tan arbitraria como malintencionada. En el fondo tiende a disculpar a los responsables verdaderos de esa evolución. Con parecido invento se les atenúa sospechosamente la responsabilidad a los que prepararon solapada-

mente esa sombría historia en Cuba o en la emigración, y a los que en los Estados Unidos trabajaban para que el «destino manifiesto» se realizase por fin.

No endiosamos a Martí los que señalamos la grandeza que tuvo de enfrentar hasta el último día el peligro imperialista, y no tenemos por invento de falsificadores la carta inconclusa del 18 de Mayo de 1895 donde reafirma su voluntad de acción antimperialista. No vemos a quienes se les brinda apoyo sino a los mismos imperialistas de hoy el regatearle a Martí, sin fundamentos, sus méritos.

Lo que no ha podido un bloqueo de más de treinta años, ¿lo podrá el pernicioso desmoronamiento de la columna moral de la nación cubana?. Muerto desde hace un siglo, Martí sigue siendo en vísperas del siglo XXI el libertador y el pensador más vivo y vigente de América Latina, por sus enseñanzas y su ejemplo. Indudablemente, sus exigencias éticas de igualdad racial, justicia social y dignidad nacional, de liberación plena del hombre y de democratización efectiva de la sociedad, de creación cultural autóctona, son palancas que le ayudan al individuo, tanto en Europa como en América, tanto en Cuba como en los demás países latinoamericanos, a actuar en esas direcciones, aunque fuera transitoriamente a contracorriente. Radica su fuerza contagiosa en la adecuación permanente que demostró entre lo que predicó y lo que hizo. ¿Será peligrosa?. Pintarlo suicida, por meros motivos políticos cuando no hay bases científicas para intentarlo, obedecerá al deseo de querer romper aquella unidad y a la voluntad de resquebrajar la imagen fiel y legítima de sinceridad, integridad, entrega y responsabilidad, que la posteridad ha recogido y de la que se vale hoy Cuba para reencontrar su identidad. Matan al Martí vivo quienes lo hacen suicida. ■

¹⁸ José Martí. Op. cit., IV, 167 y 169.

¹⁹ Daniel Román. Op. cit., p 165.

²⁰ Daniel Román. Op. cit., p 171.

²¹ Gonzalo de Quesada y Miranda, «La interrogante de Dos Ríos», Anuario Martiano, La Habana, nº 6, 1976. pp. 39-54.

El lenguaje y la identidad

En el Centenario del Cine

Antonio DROVE
Director de Cine

Desde las pantallas de cine y televisión cien años de cine nos contemplan o los contemplamos. El lenguaje, la comunicación y la distribución del audiovisual se ha convertido en una parte muy importante de nuestras vidas. Soy de la opinión de que el lenguaje es el principal signo de identidad y sin identidad uno no es nadie y todos un pueblo oprimido. Para meditar sobre los medios de comunicación audiovisuales elegiré «Ciudadano Kane», la primera película de Orson Welles rodada en 1941, que trata sobre la identidad de un magnate de los medios de comunicación.

Pero empecemos por el principio. Hace cien años en el Bulevar de los Capuchinos de París tuvo lugar la primera proyección de cine de la historia. Habían abierto un local donde anunciaban un espectáculo llamado «cinematógrafo» por sus inventores, los hermanos Lumière. La gente pasaba por la taquilla, pagaba y entraba. Por dentro era como un teatro, con filas de asientos, pero en vez de un telón había una gran tela blanca, estirada y lisa. De repente, la luz se apagó totalmente, no como en los teatros que siempre se ve algo. Los espectadores se quedaron completamente a oscuras. Muchos sintieron miedo. Y, en ese momento, vieron que donde antes estaba la pantalla blanca, ahora había un tren, un tren de verdad, con la locomotora que avanzaba hacia ellos echando humo. Los espectadores estaban asustados y perplejos. ¿Dónde estaban? ¿En la sala

del Bulevar de los Capuchinos donde habían entrado o en una estación donde el tren avanzaba amenazadoramente hacia ellos? No lo sabían. Pero el tren seguía avanzando. ¿Y si no frenaba? Muchos espectadores se tiraron al suelo, debajo del asiento, para que el tren pasara por encima de ellos. Hoy ya sabemos dónde estamos cuando entramos en un cine. Pero, ¿sabemos dónde estamos cuando enchufamos la televisión?

Ahora voy a establecer una cosa obvia: los actores del cine mudo no eran mudos. Hablaban pero no se les oía. De vez en cuando había un cartel o un rótulo para leer una frase necesaria para seguir el argumento. El discurso del cine mudo era fundamentalmente visual. Pero no hay que olvidar que también había música. Luego con el sonoro llegó la voz, el discurso verbal. En el cine clásico se aceptó el discurso verbal, pero quedó supeditado al discurso de las imágenes en movimiento. En el teatro el drama, la acción, era la palabra. En el cine era el movimiento (de los actores o de la cámara, bien porque la cámara se mueve o bien porque cambia el plano por el montaje) y, desde que se inventó el primer plano, la acción fue la mirada. Ahora bien, la percepción verbal es básicamente lineal. Una palabra va detrás de otra. Por el contrario, la percepción de lo visual inunda como muchos torrentes que vienen de todos lados. En cuanto mueves los ojos o giras la cabeza, se ve una multiplicidad de cosas moviéndose al mismo tiempo y en todas direcciones.

Y, sin embargo, paradójicamente, el espacio se puede limitar, es decir, encuadrar. Ese límite presu-



Fotograma de El acorazado Potemkin.



pone humildad pero no es una limitación. Es la gran fuerza del cine, lo que le convierte en un lenguaje humano. Ese límite, ese encuadre, divide el espacio. Y, así, puedes enseñar las cosas eligiendo las que te parecen significativas (y además diriges la mirada del espectador en el orden que quieres); o bien puedes dar todas las cosas que pasan simultáneamente de una en una, pero, de tal forma, que el espectador conserva la sensación de que son simultáneas. Es el montaje paralelo que permite al director dominar el tiempo. Así, si disparamos contra una multitud en las escalinatas de Odessa y lo vemos en plano general, es decir, a toda la multitud, el plano dura como en la realidad: visto y no visto. Los que han tenido suerte han escapado, y sólo quedan los cadáveres inmóviles. Pero si encuadramos lo que le pasa a cada uno, y de cada uno, su cara o sus pies que bajan por las escalinatas, o tropiezan con uno que ha caí-

do, y el cochecito del bebé, y la madre que lo pierde..., y después montamos todos esos planos en el orden que determinemos, resulta que la escena (que en la realidad o en plano general, dura unos segundos) acaba durando diez minutos. Y el espectador tiene la sensación de que todo ha sido simultáneo, paralelo y no lineal. También acotando el espacio se puede hacer lo contrario: abreviar el tiempo sin que el espectador tenga la sensación de que se ha roto la continuidad.

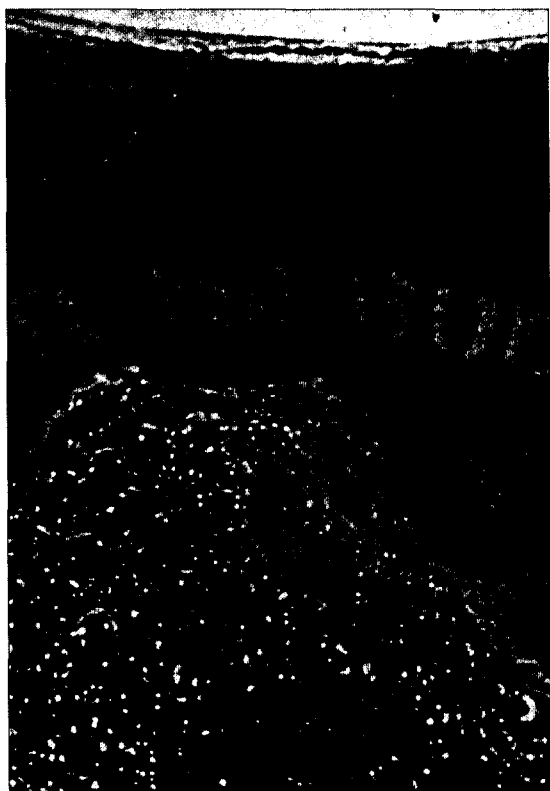
En cambio, al sonido no hay quien le ponga límites. El sonido es como el Espíritu Santo: «Sopla por donde quiere», como nos recuerda Bresson. Estás rodando y, si haces una película de época, quitas del encuadre las antenas de televisión (a veces no es fácil conseguirlo, sobre todo cuando hay mundiales de fútbol). Pero por mucho micrófono direccional que tengas, el grito de «¡Gol!», que se escucha



Foto del rodaje de Ciudadano Kane.

por la radio en una casa que ni siquiera está al alcance de la vista, se te mete en la película. La voz es como la radio: se expande por el aire en todas direcciones. Y donde haya una oreja o una antena, por allí se mete. Creo que la televisión es hija más de la radio que del cine. Y en cuanto la distribuyan por cable, será hija del teléfono y entonces, ¿quién controlará la circulación por la autopista del cable?, ¿y los peajes? ¿y quién decidirá cual es el código de esa circulación? ¿y a quién darán el carnet? y, sobre todo, ¿habrá autobús para los que no tengamos coche?

Y ahora pasemos a Orson Welles y «Ciudadano Kane». Orson Welles fue un niño prodigio que nació en 1915 el año en el que Griffith rodó «El nacimiento de una nación» que supuso el nacimiento del cine mudo como lenguaje. En 1938 Welles se convierte en «la voz que conmovió a América» en un célebre y mítico programa de radio. Se produce un equívoco histórico: muchos norteamericanos toman la ficción por realidad. Una ola de pánico sacude América. Todos conocen la historia. Pero la resumiré ya que es muy importante para demostrar mi principio de



Fotograma de Ciudadano Kane

que el medio televisión no tiene principio o principios. Welles emitió por radio una adaptación de la novela «La guerra de los mundos» del inglés H.G. Wells, que narraba la invasión de la tierra por los marcianos. El programa de radio empieza diciendo que «CBS presenta a Orson Welles y el Mercury Theatre en una adaptación de la novela *La guerra de los mundos* de H. G. Wells, etc. etc.». Welles empieza a hablar. Luego un locutor nos saluda desde el Park Plaza de Nueva York y nos invita a escuchar «La Comparsita» por la orquesta de Ramón Raquello. Pero, de repente, otro locutor interrumpe: algo raro está pasando en Marte. Entrevistan al profesor Pierson, del observatorio de Princeton y así llegamos hasta Grovers Mill en New Jersey y escuchamos «en directo» a la gente aterrorizada que ve a los marcianos que llegan. Hubo una ola de pánico entre

los oyentes que se creyeron que el programa de radio era un informativo porque la adaptación de la novela estaba construida con la forma de un informativo. Pero lo importante es recordar que el programa, la ficción, era interrumpido de vez en cuando para recordar a los oyentes que: «Están ustedes escuchando un programa de CBS con Orson Welles y el Mercury en una adaptación de la novela...» Pero, ¿qué pasaba con la gente que enchufaba la radio y empezaba a recibir el discurso ficticio, en el medio, entre dos intermedios del discurso «real»? Aquello fue la confusión y después el pánico.

Cuando vas al cine y entras, sabes dónde te metes. Y aunque llegues tarde, por el medio, sabes donde estás. Pero enchufas la tele y no sabes donde estás: ¿Es un dramático? ¿Publicidad? ¿Documental? ¿Informativo? ¿Cine? Ves a un tipo que se levanta la tapa de los sesos con una pistola y cuando tiras por la calle de enmedio y te vas a protestar al Ministerio de los Medios por emitir series tan violentas mientras tus hijos cenar te enteras de que el de la pistola era el Ministro que se ha suicidado en directo. Enchufas la tele y la ceremonia de la confusión de «La guerra de los mundos» -que ahora no provoca pánico aunque su título es más amenazador: «El Imperio contraataca»- se multiplica vertiginosamente, porque la televisión, no sólo no tiene un principio sino que carece de principio alguno, es algo salvaje, pues al zapping portar la percepción visual en una forma torrencial, inundatoria, diluvial, primitiva, «en bruto», incivilizada, prehistórica al cine, sin límites, sin humildad y sin respeto ni contemplaciones, invierte los principios del cine convirtiendo una película en radio con ilustraciones. Aunque esto no tiene por qué ser así. Depende de la actitud con la que cada cual ve la televisión. Cada uno ve la televisión que se merece. Al día siguiente de la retransmisión de «La guerra de los mundos» cuando el sol se levanta, Orson Welles se ha conver-



Fotograma de Ciudadano Kane

tido en una estrella. Así es América. Hollywood le reclama. Firma con la R.K.O el contrato más fabuloso de la historia del cine: en un titánico esfuerzo este joven de veintiseis años interpretará, dirigirá, escribirá y producirá una película. Esta resultará ser «Ciudadano Kane». Para Orson el cine es «el mejor tren eléctrico» con el que jamás ha jugado. La película no arraiga en un público deformado por un sistema narrativo que le trata como a un niño tonto. Los mercaderes se sienten defraudados, pero la crítica de todo el mundo, año tras año, generación tras generación, aclama la película como una de las diez mejores de la historia del cine. Sólo tiene tres detractores notables: Eric Von Stroheim, Sartre y Borges quien dictamina lapidariamente: «La película no es inteligente. Es nocturna y genial en el sentido más alemán de esta mala palabra».

«Ciudadano Kane» comienza con el final de una vida. Los labios de un moribundo musitan: «Rosebud». Después un noticiario informa que el magnate de la prensa, las finanzas y la política, Charles Foster Kane, ha muerto en su palacio de Florida: Xanadú. En un cartel leemos el principio del poema de Coleridge donde se dice que en Xanadú mandó edificar Kubla Khan su legendario palacio... El origen de la fortuna de Kane es una mina que heredó siendo niño y le convirtió en millonario; aquel invierno, el pequeño Kane, fue separado de su madre y de su hogar para ser educado como correspondía a su nueva situación. Al terminar el noticiario, un redactor-jefe se siente defraudado: «¿Quién era realmente Kane? Lo único que sabemos es lo que ha hecho. Quizás en su lecho de muerte, con su última palabra, nos explicó toda su vida. Si pudiéramos sa-



ber qué quiere decir «Rosebud» sabríamos quién fue Kane, cuál era su verdadera identidad». Encarga a un periodista que averigüe el significado de la palabra. Este va recorriendo el curso de la vida de Kane, siguiendo los meandros de la memoria de las personas que le han conocido. La empresa es vana: nadie sabe nada de «Rosebud». Kane, como dijera Ibsen de Peer Gynt es como una cebolla: se la pela buscando el corazón pero dentro no hay nada. Al final de la película en un gigantesco horno se queman trastos que Kane ha acumulado durante su vida: un trineo es arrojado al fuego, la cámara se acerca, en el trineo leemos «Rosebud», hasta que las letras desaparecen burbujeando entre las llamas. «Rosebud» es la palabra escrita en aquel trineo con el que el niño Kane jugaba en la nieve aquel invierno cuando el destino le convirtió en millonario: en el Ciudadano Kane, no en el niño que podría haber sido. De alguna forma «Rosebud» es la infancia perdida.

Esta explicación metafórica es convincente, pero hay una historia que nos dará la clave para calar más hondo en el significado de «Rosebud»: se sabe que antes de escribir «Ciudadano Kane» Orson Welles preparó la adaptación al cine de la novela *Heart of Darkness* (*El corazón de las tinieblas*) de Josef Conrad. Resumo su argumento. en Londres se le encarga una misión a Marlow. Kurtz, el mejor traficante de marfil del Congo, hace meses que no da señales de vida. Marlow debe encontrarlo, emprende su búsqueda. A lo largo del río, por los relatos de las distintas personas que lo conocieron, va reconstruyendo en diversos flashbacks la vida de Kurtz, igual que Welles a lo largo del río de la vida de Kane reconstruye su biografía. Esta similitud hubiera satisfecho anacrónicamente tanto a Heráclito, como a nuestro Jorge Manrique. Marlow encuentra a Kurtz sumergido en un salvajismo prehistórico, convertido en un dios jefe de una tribu bárbara que practica atroces rituales. Kurtz muere

en los brazos de Marlow. Sus últimas palabras son enigmáticas: «¡El horror, el horror!». Marlow, de vuelta en Londres, habla con la novia de Kurtz. Esta le dice que si supiera qué dijo Kurtz al morir podría saber cómo era el hombre que amó (se le ocurre la misma idea que al redactor-jefe de «Ciudadano Kane»). Marlow miente. En vez de responder: «El horror, el horror», replica: «Dijo su nombre, señorita». Las dos historias tienen la misma estructura dramática. Comparten también la misma hipótesis, según la cual una palabra desvelará el sentido de una vida. En «Kane», Welles invierte el orden poniendo la escena de la muerte y la palabra al principio. Comparando las dos estructuras se obtiene la respuesta al significado de «Rosebud». La última palabra de Kane es una metáfora de la infancia perdida, la de Kurtz es «El horror». Lo cual quiere decir que quizá para Welles el horror es la infancia perdida.

Por mi parte puedo añadir un dato más: en la ficción, Xanadú, el palacio de Kane, está en Florida; en la realidad, al otro lado del Caribe, en Varadero, cerca de La Habana, se encuentra la Casa de las Américas, que antes de la revolución fue palacio del multimillonario Dupont. En su comedor cuelgan tapices bordados con las palabras del poema «Kubla Khan»: la historia de Xanadú. Dupont llamó a su casa «Xanadú».

Según el discurso precedente, ¿cuál es la identidad del carácter, es decir, del personaje que construye el ciudadano-actor Orson Welles desde el final de su infancia hasta el final de sus días? ¿Quién era aquel personaje, persona o máscara, para quien la infancia perdida era el horror? Aventuro que es Peter Pan, el niño que no quería crecer. Y si esta hipótesis es cierta, deduzco que la última palabra que salió (o debió salir) de los labios del ciudadano Welles, que eligió España como patria para sus cenizas, fue: «Wendy». Así Marlow hubiera podido decir sin faltar a la verdad: «Dijo su nombre, señorita». ■



La Ilustración Española y Americana nº 3 (22/1/84) pp. 48-49